

Mitos y leyendas del agua en el Perú

Recopilado por escolares peruanos para las generaciones presentes y futuras



Public Disclosure Authorized

Public Disclosure Authorized

Public Disclosure Authorized

Mitos y leyendas del agua en el Perú

*Recopilado por escolares peruanos para
las generaciones presentes y futuras*



Lima, marzo de 2007.

© Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° XXXXXXXXXXXX

Diseño, diagramación y dibujos: Ana María Origone/Ricardo Sánchez.

Ilustraciones: Iconografía andina peruana.

Impresión: LEDEL S.A.C.

Índice

Agua bendita de Motupe	12
Agua para dar de comer a los pobres	14
Anita y el secreto del auqui.....	17
Cutiy (regresa).....	19
De las aguas de Churín	22
De por qué valoran tanto el agua en el caserío de Santiago.....	25
El agüita dulce	28
El espíritu de la madre selva y el espíritu del agua.....	30
El Huankarquychi	33
El Mishquiyacu y el pescador	35
El mito Unu Urko	39
El muky y el zorro	41
El origen del lago de Pomacochas.....	43
El poder del agua de la Muyuna.....	46
El río Cunas y el enigmático pussa	49
El tesoro de los Andes.....	52
Failoc y el mar caliente de Lambayaque	54
La ducha del diablo y el velo de la novia	57
La eternidad del lago sagrado.....	59
La familia del agua en el altiplano puneño.....	65
La generosa motela	67
La herencia del Tayta Sonaje.....	71
La laguna de Choclococha.....	74
La laguna de Suchiche y la catarata del Ahuashiyacu	76
La laguna Shururo	78

La leyenda de “La Huacachina”	80
La leyenda de Murrup	83
La leyenda de Pacucha, Paqu Qucha Unanchakusqanmanta.....	85
Paqu qucha unanchakusqanmanta.....	87
La leyenda del Coyllur	91
La leyenda del lago Titicaca	94
La leyenda del padrecito que oró por agua	96
La leyenda del Panraran Yacu	98
La leyenda del río Hablador	102
La maravilla del agua	104
La misión del colibrí.....	106
La Rayamama	109
La sagrada laguna de Mesa Pelada	112
Leyenda de “El Dorado”	115
Leyenda de la laguna de Akuán.....	120
Leyenda de los “Chorros de Agua”	123
Leyenda del río Mantaro.....	125
Leyenda del valle de Wiñay Marka (hoy lago Titicaca).....	127
Los chorros de Tía Pollo	129
Los ojos milagrosos de la vida.....	131
Ofrenda de amor a las aguas del río Pozuzo	134
Phaxcha Humalante.....	136
Sacrificio en el desierto	139
Tishu Ucha.....	142
Toroccocha (laguna de toros).....	145
Yacu Jorguy (mito)	147

“Soy el agua”

He nacido en las cumbres, por mandato del Dios de las alturas. Mi vida, es un sueño prodigioso, que me lleva de los mares a las nubes y de ahí me troca en nubes para engrandecer los ríos que llevan vida a los campos y calman la ansiedad de los sedientos.

Gracias al encanto de mi mensaje, la naturaleza se engalana de flores, las madres cocinan el alimento y la familia toda, se baña en alegría y salud del cuerpo y el alma.

A mi alrededor se tejen leyendas de encantos y epopeyas y los mitos de todas las culturas han nacido en mis fuentes.

Yo hago viajar las naves juguetonas de los niños, soy la razón de vivir de los labradores y acompaño con mi murmullo a los enamorados.

Soy esencia del vivir y bendición de los cielos.

Conmigo, la vida celebra su comunión de promesas y gracias a mí, al trabajo del hombre y la generosidad de la tierra, el pan llega a la mesa de todos.

Soy símbolo de la pureza y a través de mis cristales, –cuando me convierto en lluvia– el hombre puede ver a Dios en el milagro de la vida.

Soy, el AGUA y debes cuidarme, como a la existencia misma, manteniéndome limpia y sana, como el amor. Como la verdad. Como el sentimiento fraterno que debe unirnos a todos.

Soy el Agua y saludo a los niños que en estos trabajos, han querido soñar conmigo.

Agradecimientos

Al Dr. Alan García Pérez, Presidente de la República, por su interés y compromiso con los estudiantes en lograr que el agua llegue a sus hogares y puedan gozar de este derecho, además de fomentar el apoyo a la educación ambiental para la gestión y uso sostenible del agua en las instituciones educativas del Perú.

Al Dr. Hernán Garrido Lecca, Ministro de Vivienda, Construcción y Saneamiento, por su decidido y total apoyo a este trabajo que, con visión de futuro considera la enorme importancia de involucrar a los escolares peruanos en el aprendizaje del uso sostenible del AGUA, además de incentivarlos a desarrollar las capacidades de investigar, leer, escribir y analizar con claridad los legados de las generaciones pasadas para preservar lo mejor de ellas a las que están por venir.

Un especial agradecimiento al Programa de Agua y Saneamiento administrado por el Banco Mundial por lograr que esta valiosa recopilación realizada por nuestros escolares, vea la luz a través de esta publicación, la misma que quedará como una muestra viva para las generaciones futuras.

A Yunkawasi, por su apoyo en la organización, difusión y sistematización de este trabajo. Por su compromiso de trabajar con los escolares en la investigación del agua. A las ONGs y otras instituciones que nos apoyaron en la difusión del evento, principalmente a la SNMPE, Consorcio CEPEA, GSAAC, ACEER, entre otros.

A los escolares de las diferentes regiones, pueblos y caseríos que participaron en el concurso, y que hicieron realidad este sueño, a sus docentes y asesores, padres de familia y demás pobladores, que lograron demostrar que la Comunidad Educativa es un cúmulo de buenas voluntades que en acción genera sinergias valiosas en la educación peruana.

A las instituciones educativas Sor Ana de los Ángeles y Teresa Gonzáles de Fanning por el apoyo dado por parte de sus docentes y madres de familia en la organización y difusión del concurso. A los voluntarios del Foro Ecológico.

Un especial agradecimiento a César Lévano, Tulia Añaños, Luis Molina, Beatriz Schippner, Luciana Mendoza y Renato Zeballos.

Fanny Fernández Melo
Organizadora

Prólogo

Cuando el Presidente Alan García me confió el cargo de Ministro de Estado, en la cartera de Vivienda, pensé que tendría la oportunidad de hacer obras por el bien de mi país y darle mejores condiciones de vida a los que menos tienen. Es una gran oportunidad porque desde muy joven tuve la inquietud, como muchos otros adolescentes, de poder reinventar la realidad desde la política aunque, también, desde la literatura.

Pero, para la mayoría de los muchachos, la vocación de servir al país es sólo un deseo fugaz, en mi caso se convirtió en compromiso vital y hoy me encuentro ante esta gran responsabilidad política (y temporalmente alejado de la narrativa). Afortunadamente, hay ocasiones en las que esas dos formas en las que decidí reinventar la realidad se encuentran y el **Concurso Mitos y Leyendas del Agua en el Perú** ha sido una de esas felices coincidencias.

Gracias a este concurso, he podido asomarme a esos pequeños universos personales que salen a la luz a través de las distintas formas de narración de todos los jóvenes talentosos que, con entusiasmo, han participado. No sólo los que “ganaron” merecen aplausos; sino todo aquel niño o niña, joven, padre y madre de familia, tíos, abuelos o profesores que han formado parte de este concurso merecen sentirse ganadores.

Acercarse a nuestras tradiciones ancestrales nos enriquece, nos hace sentir parte de una cultura milenaria. Lo que han ganado todos y cada uno de los autores de los más de seiscientos textos que han participado, es invaluable: han ganado la experiencia de trabajar en equipo, de investigar y –sobre todo– han ganado conciencia de lo valioso que es el agua como recurso de todos y la necesidad apremiante de tomar medidas para conservar todo lo que la naturaleza nos brinda y que aún tenemos.

Conservar nuestra agua y nuestras tradiciones es proyectarnos como pueblo y como cultura en el tiempo. Conservando el agua, recreamos nuestra vida; conservando nuestras tradiciones, recreamos nuestra cultura. **El Concurso Mitos y Leyendas del Agua en el Perú** nos ha dado, a todos los involucrados, la oportunidad de colaborar con este doble propósito.

Desde mis tempranas inquietudes literarias he admirado, en particular, el seductor mundo de nuestras culturas andina y amazónica. Y no deja de asombrarme cómo un libro pequeño que salió a la luz en 1935, una publicación humilde, marcó el rumbo de la literatura peruana. *Agua* de José María Arguedas es un libro que no sólo nos maravilla por su revelación del mundo andino sino que, además, significó el rescate de tradiciones que indefectiblemente se hubieran perdido por la fragilidad del relato oral.

Agua despertó en nuestro país la conciencia por rescatar del olvido una serie de mitos y tradiciones que constituyen, hoy por hoy, una preciosa herencia para las generaciones por venir. *Cuentos mágico religiosos quechuas de Lucanamarca* o *Dioses y hombres de Huarochirí*, por sólo citar dos ejemplos del mismo Arguedas, reúnen en sus páginas la cosmovisión y creencias de un pueblo que lejos de desaparecer está cada vez más presente.

Es así que este libro está siguiendo la huella que dejaron escritores ilustres como el propio José María Arguedas, Eleodoro Vargas Vicuña, Manuel Scorza, Ciro Alegría y muchos otros que se entregaron a la tarea de colocar al hombre andino y amazónico y sus tradiciones en el escenario de la literatura nacional.

El Concurso Mitos y Leyendas del Agua en el Perú fue una iniciativa del Foro Ecológico, que a su vez forma parte de un movimiento a nivel mundial respaldado por la Asamblea General de las Naciones Unidas –el Día Mundial del Agua– y que este año ha encomendado a la FAO la coordinación de las celebraciones en homenaje al agua.

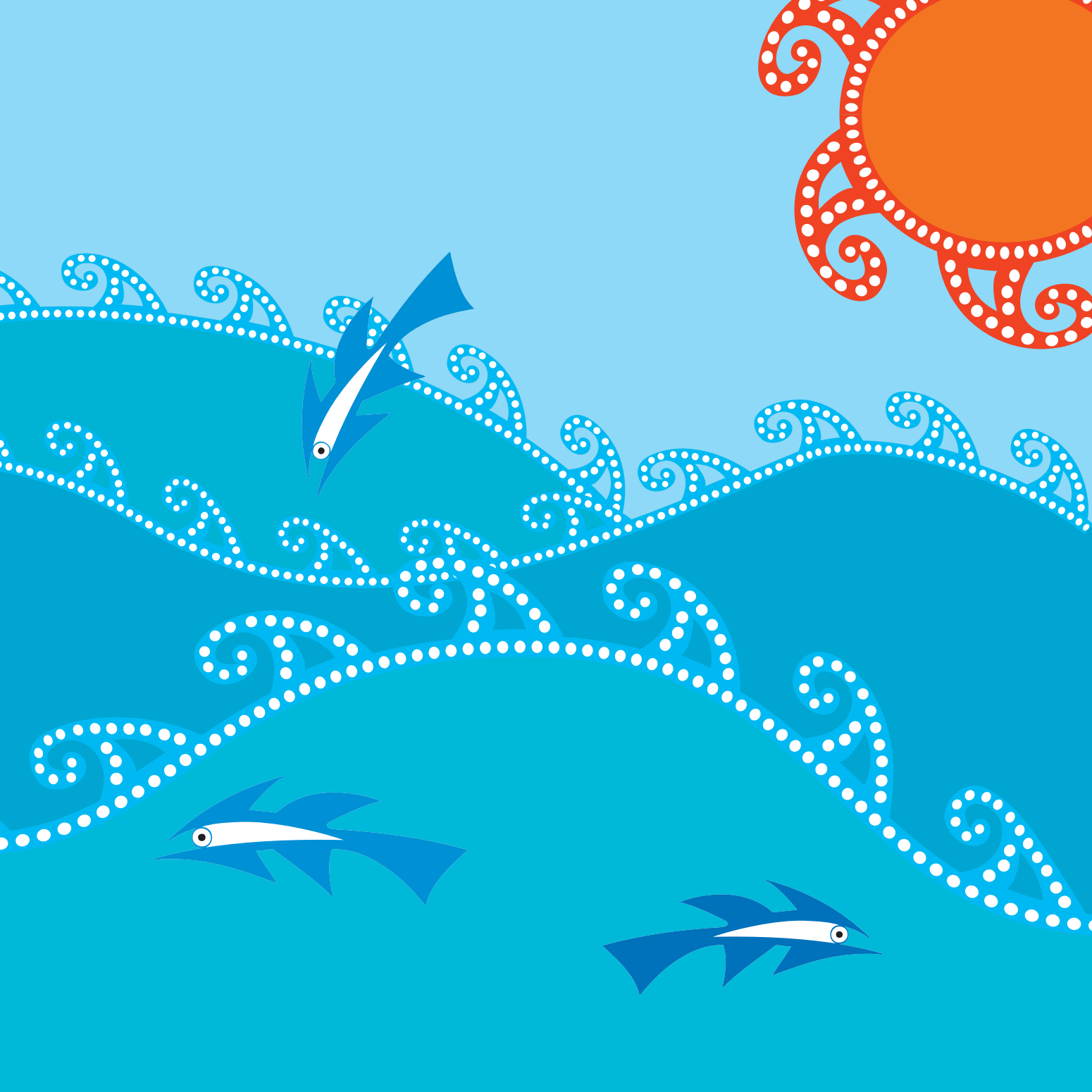
Me siento entusiasmado por la calidad de los trabajos que he leído y por la constatación de que a pesar del tiempo y de los distintos avances tecnológicos que rodean a los jóvenes de hoy, aún existe una médula de creatividad, de fantasía y de respeto por una forma especial de ver el mundo; una forma maravillosa y mágica de creer en ese mundo de portentos.

Agradezco a la Sra. Fanny Fernández, al Dr. César Lévano, la Srta. Tulia Añaños y al Sr. Luis Molina, quienes me acompañaron en el jurado del concurso, pues, sin su paciente trabajo, este libro no hubiera visto la luz, así como al Programa de Agua y Saneamiento del Banco Mundial por apoyar su publicación.

Quedo muy satisfecho con el resultado de este primer concurso escolar porque se han cumplido sus objetivos. Estoy seguro que hemos contribuido a formar una nueva generación de peruanos concientes de la importancia del agua y su preservación y concientes de la importancia de rescatar las tradiciones porque éstas constituyen la esencia de nuestra identidad.

Hernán Garrido Lecca
Ministro de Vivienda, Construcción y Saneamiento





Agua bendita de Motupe

Cuentan los pobladores que hace mucho tiempo, un joven fraile que se llamaba “Juan Abad” llegó a Motupe y que a él le gustaba peregrinar.

Entre sus peregrinaciones llegó a un pueblito muy cálido llamado “Chalpón”, en un sitio llamado “El Zapotal” en donde el fraile le gustaba caminar.

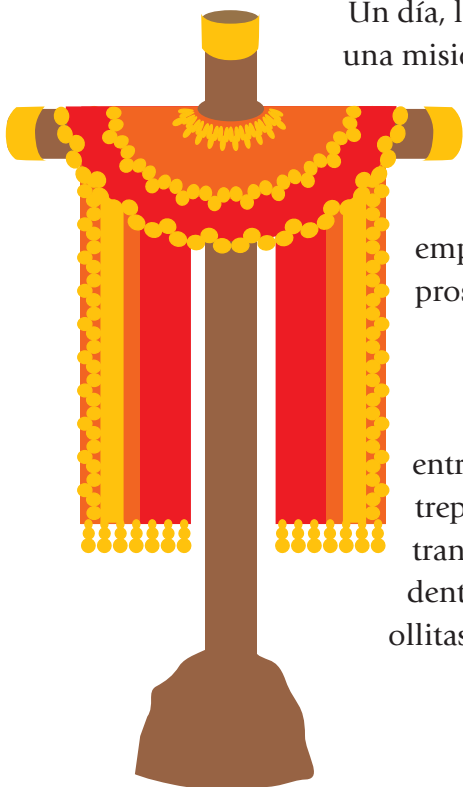
Se le veía subir y subir los montes muy empinados. Al comienzo nadie sabía por qué a veces se le veía por lo alto del monte y desaparecía por muchos días para luego regresar. Para subir a ese monte que era muy alto y pedregoso, usaba un bastoncito que él mismo hizo.

Un día, le dijo a la gente que él hacía ese sacrificio porque Dios le había dado una misión que tenía que cumplir.

Pasó mucho tiempo y el fraile antes de despedirse dijo a algunos de sus amigos que busquen un madero de guayacán con el que había construido una cruz, que había dejado en lo alto del empinado cerro, también dijo que allí encontrarían algo que iba a ser la prosperidad del pueblo.

Muchos intentos hubo hasta encontrar la cruz.

Cuentan que el día 5 de agosto de 1868, subieron varios hombres entre ellos un joven llamado José Mercedes Anteparra, de 22 años, quien trepando con sogas llegó hasta una piedra donde brotaba agua, que era transparente, pura y cristalina; esta agua se podía beber, pero lo sorprendente es que no se sabe de dónde podía venir. Al lado encontraron unas ollitas y se piensa que era ahí donde cocinaba el fraile.



Lo increíble es que no se encuentra ningún río por ahí, porque está en lo alto del cerro. La gente dice que allí debe existir un volcán de agua que brota de adentro de la tierra.

Después, encontraron más arriba una gruta, en un monte con pocos árboles y ahí encontraron la Cruz. Desde entonces el pueblo la venera en ese mismo lugar porque el fraile dijo que ahí debe permanecer.

Desde entonces la gente católica del Perú y hasta del extranjero la visitan y cuentan los milagros con los que han sido bendecidos.

Cuentan los pobladores que esa agua bendita nunca se ha secado, a pesar de que allí llueve muy poco, ha habido muchos años de sequía y los visitantes que llegan a diario beben, se refrescan y hasta la llevan en botellas para bendecir a sus familiares o a sus casas.

No encontramos bibliografía escrita referente a este manantial que se le ha llamado el agua “Bendita de Motupe”; todas las referencias hablan de la Cruz y la historia de cómo nace la devoción de los creyentes en la “Santísima Cruz de Motupe”, sin embargo esta agua ha sido una fuente importante para que tanto los pobladores como los visitantes se abastezcan con este líquido elemento, que inclusive sirve para beber.

Para poder llegar hasta el sitio donde se encuentra “El agua bendita de Motupe”, hay que ir desde Chiclayo hasta Motupe (capital del distrito), luego se toma otro carro para “El Zapotal”, que es un pequeño asentamiento donde viven algunas personas que tienen sus pequeños negocios de venta de recordatorios alusivos a la Cruz de Motupe y algunos restaurantes. De allí hay que subir caminando un cerro empinado donde permanece la “Santísima Cruz de Motupe”. El recorrido es de más o menos dos horas a pie.

Fuente oral: César Salazar Contreras; Motupe, Lambayeque.
Escolar: Erick Daniel Ricse Lara; 11 años; Chiclayo, Lambayeque.
Asesor: Deysy Lara Carretero.



Agua para dar de comer a los pobres

Desde tiempos inmemoriales los naturales aposentados en estos lugares aledaños al lago Titicaca, lado sureste contiguo a la línea limítrofe con Bolivia, en épocas de ausencia de precipitaciones pluviales practican, como sus ancestros, hacer que el medio ambiente o la atmósfera se llenen de nubes para llover y humedecer la pachamama o la santa tierra, para que dé fruto.

Por costumbre estas prácticas se realizaban en los ayllus del actual territorio del distrito aymará de Conima, provincia de Moho, a cargo de una autoridad llamado Marani (dueño del año). Eran elegidos en asamblea para cada ciclo agrícola, o sea, para el cuidado riguroso de todas las chacras del ayllu desde la siembra hasta la cosecha, personas de mayor edad que todos debían respeto.

Cuando ya existían indicios de sequía o no llovía para comenzar con los preparativos para la siembra, esta autoridad llamaba a una asamblea, en esta reunión se nombraba una comisión que se trasladaba hasta la cordillera llamada Callisani Kunka, ubicada en la cadena oriental de nevados perpetuos, en la misma cadena de montañas donde está situado el nevado Palomani, contiguo al río Suches, en el territorio de Bolivia.

La finalidad era acarrear agua en un cántaro entre quince a veinte litros; a esta porción de líquido los naturales la conocen con el nombre de Tullqha Uma (tullqha = yerno / uma = agua). La cordillera se encuentra a una distancia de dos jornadas y más desde Conima.

La caminata comenzaba al primer canto del gallo, más o menos a la una de la madrugada para llegar a la entrada del sol al día siguiente de la partida, en las proximidades de la cordillera Callinsani Kunka; en esta cordillera se encuentran situados varios pozos o cochas de agua diseminados indistintamente. Los principales eran tres juntos: en uno de ellos la masa de agua era de color verde-azul; en el otro de color blanco; y en el tercero de color negro.

Para sacar el agua de uno de los pozos la delegación en plena cordillera debe cumplir con una ceremonia ritual como pidiendo la autorización o licencia con mucho respeto y fe de los achachilas, auquis (abuelos o ancianos) y de la concha ahuicha o Mama Concha (abuela), dueños de esos lugares y del agua. Entregaban una ofrenda o mesada que era preparada por los yatires (yatires = sabedores). La mesada constaba de hojas de coca, cebo de llama, piel de gato montés, flores de clavel rojo envueltos en lana de llama, brindando con coca ahuicha y achachilas con chicha de quinua y maíz en dos queros grandes de madera de quinua. Toda esta ceremonia era pidiendo permiso para llevarse un cántaro de agua como yerno para regar sus tierras.

Cumplidos con cariño dichos menesteres, en el momento menos pensado los pozos de agua producían una emisión repentina y violenta con burbujas grandes y pequeñas de color azul, verde y blanco. Cuando era de color azul arrojaban el cántaro amarrado en un cordel de lana de llama, extraía el agua de inmediato. El comisionado más joven cargaba en su espalda el cántaro con agua yerno, y se regresaba a trote sin mirar o voltear hacia atrás hasta una distancia de una legua sin descansar, allí esperaba otro comisionado, así sucesivamente llegaba el agua yerno a Conima.

Para el acto de recepción del agua yerno todos los naturales del ayllu esperaban reunidos encabezados por la autoridad Marani. A la llegada, un grupo de mujeres adornaban el cántaro con flores de cantuta y claveles con cariño y fe; a la vez eran mojados totalmente con chicha los comisionados. No importaba la hora de llegada sea de día o de noche para hacer bailar al agua yerno que también era nominado. Uno de ellos cargaba el cántaro en su espalda en un aguayo de color negro; el baile lo realizaba al compás de la música de jacha pinquillos (quenas grandes) y cajas que generalmente eran para este acontecimiento.



Todos los concurrentes participaban haciendo bailar al agua yerno, vestidos de color negro, agarrados con las manos en hileras tanto varones como mujeres, libando abundante chicha conforme iban bailando. A cierta hora el cielo empezaba a nublarse, continuaba a no descansar, luego empezaba a llover; este acontecimiento duraba varios días hasta que lloviera. Cumplidos los propósitos se guardaba el agua yerno en un rincón oscuro dentro de una habitación. En este acto todos bebían chicha tanto mujeres como varones y niños, también mascaban coca.

Cumplían un papel importante las fases de la luna Nueva (huahua phajsi). Si en ésta no surtía, lo hacían en luna Llena (urtha). Para trasladarse hasta Callinsani Kunka tenían que empezar faltando varios días para la lunación. El yerno debe llegar justo el día de la luna Nueva o Llena, caso contrario no se cumplía el suceso.

Las autoridades llamadas Marani tenían como asistentes y/o ayudantes a varios yatiris (sabedores); ellos tenían como misión dialogar con las hojas de coca e interpretar y consultar los sueños de él y de otras personas para escoger y nominar a aquellos que poseían el don para traer el agua yerno. Cualquier persona no integraba la delegación.

Estas prácticas ancestrales están desapareciendo. En algunos ayllus reviven en épocas de prolongada ausencia de lluvias, ya no traen de la cordillera Callinsani Kunka, tampoco proceden como los antepasados. Los naturales de estas regiones conocían desde sus ancestros aquella cordillera.

Fuente oral: Raúl Olvea Pacoricona; Conima, Moho, Puno.
Escolar: Maryori Kalioppe Ramos Olvea, 15 años; Juliaca, Puno.



Anita y el secreto del auqui

Anita era una niña pobre que vivía con su abuelita, porque sus padres habían fallecido por causa de un rayo. Desde entonces, siendo una pastorcita, vivía muy triste extrañándolos.

Apenas los rayos dorados del sol alumbraron por la mañana, la pastorcita Anita tostaba su cancha que le serviría de alimento para todo el día, porque no tenía más cosas para alimentarse.

En el pueblo, donde vivía sola con su abuelita, no llovía desde hacía varios meses atrás y la gente había migrado hacia otros pueblos.

Un día Anita salió con sus ovejas hacia la puna, en busca de pasto, cuando de repente vio que algo brillaba a los lejos. Aquel brillo le llamó la atención, porque además, éste cambiaba de color, una vez era rojo, luego anaranjado, amarillo, verde, azul, celeste, morado; era maravilloso ver cómo los colores se hacían uno a uno y luego todos juntos a la vez.

Pero cuando Anita se acercaba cada vez más, los colores ya no se veían; solamente pudo observar el agua que se filtraba por un cerro, formando un riachuelo que avanzaba por un camino que se hacía angosto.

Anita, dejando sus animales por un momento, siguió el curso del riachuelo y encontró una lagunita. No podía creer lo que veían sus ojos: innumerables veces había pasado cerca de allí, pero nunca se había atrevido a cruzar una entrada tan angosta.



Mitos y leyendas del agua en el Perú

Cuando tocó con sus manos la lagunita, el agua comenzó a moverse haciendo ondas y fueron apareciendo imágenes en ella. Vio a la gente de su pueblo sembrando maíz y a los niños jugando alrededor y ayudando a sus padres en la siembra.

Cansada por la caminata, Anita se recostó al pie de la lagunita y muy pronto se quedó dormida; entonces en sus sueños escuchó una voz que salía del cerro, diciéndole: “La sequía va a durar unos meses más, pero si tú quieres que llueva, coge el agua de esta lagunita en un mate y donde tú lo pongas atraerá a las nubes y lloverá”. Anita al momento se despertó y, pensativa, sacó de su mantita el mate donde guardaba la cancha y vaciándolo lo lavó y llenó con el agua de la lagunita.

Luego de pastar a sus animales, bajó contenta hacia el pueblo con sus ovejas. Le contó a su abuelita lo sucedido y ella le explicó, diciéndole: “Anita, hijita, seguro uno de los auquis tutelares vio en ti a la persona a quien podía confiarle un secreto. El auqui nos anuncia que las imágenes que viste en la lagunita se cumplirán, cuando comiencen las lluvias, renazcan las plantas y retorne la gente al pueblo para sembrar, ¡así será!”.

¡Y así fue! Desde ese momento, el pueblo de Salvio ya no sufrió más por falta de lluvias.

Fuente oral: Justiniano Aquino Rojas, San Francisco de Salvio, Concepción, Junín.
Escolar: Elvia Aquino Bruno, 15 años, San Francisco de Salvio, Concepción, Junín.



Cutiy (regresa)

Allá por el año 1,400 d.C., en tiempos que reinaban en el Tahuantinsuyo los Incas Pachacútec y Túpac Yupanqui, en la cultura del dios del Agua Wari, hoy departamento de Ayacucho, en la región de Lucanas (Puquio), había un pueblo próspero, muy aguerrido, difícil de subyugar al reino del Cusco llamado Hatun Soras (Gran Soras), hoy distrito San Bartolomé de Hatun Soras, fundado como tal hace 150 años.

Aquí surge una fascinante, linda y romántica leyenda-historia-mítica, ligada directamente al dios del Agua Wari. En Hatun Soras gobernaba un noble sabio y guerrero. Éste tenía una hija, con las cualidades del padre y, sobre todo, era extraordinariamente bella.

Hatun Soras se dividía en dos “barrios”: Hurín Soras y Hanan Soras. Al segundo barrio lo gobernaba un cacique, quien tenía un hijo que a la vez se enamora perdidamente de la hija del noble, y le ofrece matrimonio. El noble sorprendido ante tal osadía consulta con sus consejeros, y le dice: “Si logras traer las aguas del río Huancané (afluente del Pampas y Apurímac) hasta la plaza, te concederé por esposa a mi muy amada hija”. El hijo del cacique aceptó el reto. Para sí, se dijo: “Moveré cielos y tierra, con la ayuda del dios Wiracocha y el dios del Agua Wari cumpliré el desafío”.

Reunió cientos de hombres tanto del lugar como de los pueblos cercanos. La misión era hacer un canal de dos y medio metros de ancho a lo largo de quince kilómetros de longitud.

Cuentan que fue una obra titánica: los hombres luchaban contra el tiempo y la naturaleza; las mujeres y los niños también se sumaban a la gran tarea. Ellas con la merienda y la chicha de jora, los niños alcanzaban piedras pequeñas y champas que servían de cuña.

Luego de un año de arduo trabajo, obra que solamente nuestros antepasados supieron hacer con cada atardecer, después de cada faena cantaban, bailaban y bebían chicha; al día siguiente de nuevo y acomodarse a otra faena más, en un día lleno de esperanzas.



Por fin llegó el agua del río Huancané a la plaza principal de Hatun Soras, a los pies del noble, de la doncella y de toda su corte. Al frente, el mancebo y sus cientos de trabajadores, con los rostros desencajados, las ropas raídas, la mayoría sin ojotas, unos con los chullos a la pedrada, otros con una bola de coca en una de sus mejillas, todos los hombres y mujeres con los bordes de sus labios con un verdor petrificado por el zumo de la coca. El mozo dice: “Mi noble señor he cumplido con vuestro deseo y espero que usted cumpla conmigo”.

Todos esperaban con ansiedad la aceptación del noble, para irrumpir en hurras y llenar ese orgullo Inca. Con las pocas fuerzas que les quedaban sucedió lo inesperado. El noble, tomando aire profundamente, respondió con un rotundo ¡No!, ¡No! y ¡No!: “No te daré a mi hija por esposa y el agua ya está aquí, ya no puedes hacer nada”. El mozo se quedó petrificado, su gente se miraba entre sí con lágrimas en los ojos ante tremenda tragedia.

Entonces aconteció un hecho increíble: el mozo, el mancebo, el príncipe hijo del cacique de Hanan Soras, invocando al dios Wiracocha y al dios del Agua Wari, al tiempo que daba latigazos al agua, lanzó gritos tan fuertes que retumbaron en los cuatro lados de la plaza: ¡Cutiy! ¡Cutiy! ¡Cutiy! (¡regresa! ¡regresa!, ¡regresa!), y sucedió lo increíble... El agua regresó por el mismo cauce, cual gigante anaconda pero humillada ¡Oiga!; castigada hasta la bocatoma del río Huancané.

Cuenta la tradición de boca en boca, que durante el recorrido el mozo y su numerosa gente iban junto al agua a Hatun Soras bailando y cantando los alegres Harawis; pero, después del triste desenlace, todo era soledad. Por las noches se oía el aullido de perros y melancólicos

aya takis (canto de muertos). Sobre el destino de la doncella y del hijo del cacique, no se sabe nada, se pierde en el tiempo.

Pasaron los años, pasaron los siglos, murieron muchas generaciones; pasó también el Virreinato, llegó la era republicana ya en 1821, y es en 1962 cuando era Presidente del Perú, el arquitecto Fernando Belaunde Terry, que la comunidad de San Bartolomé de Hatun Soras gestiona un canal de irrigación para aprovechar las extensas tierras que no produce más que pasto natural por falta de agua.

Para alegría de los soreños, el gobierno acepta la petición, pero parece que la maldición del mancebo estaba instalada en “su” canal, porque apenas los contratistas hacen sonar la comba, el pico y la lampa, sucede lo jamás pensado: el cielo se cubrió de una nube densa y oscura, y cayó lluvia como nunca había pasado porque era en fecha y hora desacostumbrada. En ese cielo tétrico ven subir al Amaru, los pastores de Putaja dicen: “¡Oh Dios! ahorita va a caer granizo”, y así fue, en poco tiempo se cubrió el campo de una capa espesa y blanca.

Se aconsejó a los ingenieros del proyecto que debían cumplir con un rito ancestral: “Pagar a los apus”, con la coca, la chicha y otros elementos dirigidos a los cerros tutelares. Hecho esto inician el trabajo, casi paralelo al incaico, porque cuando quisieron usar el incaico jamás pudieron, en ciertas zonas se empozaba el agua y tenía un olor desagradable o bien se filtraba. Razón tuvieron cuando dijeron que estaba “embrujaado” o “encantado”.

De lejos se ven los canales como dos cinchos grandes que partiendo de cerca de Putaja pasan por Huayllacha, por la base de dos bellos parajes cubiertos por ichu y terminan en punta. Se llaman: Warmi (mujer) y Hari Payaja (hombre); luego se desplaza para luego caer en forma de cascada y llegar a Soras.

Fuente oral: Pedro Crisólogo Jáuregui Meléndez; Soras, Sucre, Ayacucho.
Escolar: Gianella Angela Villegas Serrano; 7 años; Callao, Lima.



De las aguas de Churín

En el antiguo Perú, allá por la época en que dioses y diosas inferiores al dios Inti y a la diosa Quilla se paseaban por las tierras del que sería un gran Imperio, ya existía la diosa Ritti, que significa “nieve”.

La nieve no cae en la costa ni en la selva, sino en la sierra, cuando baja la temperatura, pero goza de gran simpatía entre los pobladores, pues hace que los niños jueguen con ella tirando sus copos o formando siluetas tan variadas como graciosas.

Lo malo de la nieve es que cuando sale el sol... desaparece lentamente, dejando tan solo una pequeña humedad. La nieve es delicada y casi tibia entre las manos que la reciben con cariño. El hielo del granizo, en cambio, cae con ruido y tarda más en transformarse en agua porque es más pesado y macizo que la nieve. De delicado el granizo no tiene nada porque cuando cae sobre las cabezas hace decir: “¡Alalau!”.

Pues bien, se cuenta que una noche había nevado mucho y que, observando esto, los niños de tres pueblos aledaños se reunieron en las tierras de la meseta de Oyón para jugar con la nieve. La algarabía de los pequeños era desbordante, ¡se les veía tan felices! Sí, tan felices que complacida con lo que estaba logrando, la diosa Ritti pidió a la diosa Quilla que le permitiera hablar a través de la distancia con el gran Inti.

- Déjame jugar con ellos por más tiempo, Señor. Llena el valle de nubes para que tus poderosos rayos no me destruyan y los niños puedan seguir jugando- le suplicó. Pero Inti le hizo ver:
- Tú eres de agua y tienes la suerte de ser múltiple para tus obras de bien. Como agua puedes calmar la sed y refrescar los cuerpos de los hombres y animales; hacer germinar todas las plantas del mundo y darles alimento. Igualmente, como nieve, puedes cubrir

los bosques y campos con tu bella blancura. ¿Me pides que cambie mis reglas porque quieres beneficiar a un grupo de niños?

- Es que en el fondo soy agua y tan noble como tú— dijo Ritti.
- Lo hecho, hecho está, pero para satisfacer tu espíritu bondadoso –sentenció el gran Inti– haré que emerjas muy caliente en algunos lugares que tu elijas. Tus aguas tendrán la virtud de curar enfermedades y tus chorros y pozas serán visitados por gente que verá que tú, como agua y en cualquier estado, realizas múltiples obras de bien. Sabes bien que sin ti no hubiera vida en la tierra ¿verdad?

La nieve agradeció la nueva cualidad que estaba recibiendo, pero tuvo que escuchar la voz enérgica del poderoso Dios:



- No me pidas otra vez que cambie nada de lo que está hecho. Tus niños gozarán ahora con tus formas y tu blancura y gozarán también cuando brotes de la tierra con agua tan caliente como para endurecer un huevo.

Y los rayos del sol iluminaron y calentaron la nieve del valle de Oyón, como tenía que ser, abandonando los niños el lugar con la tristeza de Ritti. Mas, cumpliéndose el nuevo designio, en un pueblo llamado Chinchín, el más alto de los pueblos de Oyón, de entre rocas salió un gran chorro de agua muy caliente que los pobladores admirados empezaron después.

El humeante líquido se filtró al poco tiempo por las entrañas de la tierra y bajó al pueblo de Churín, brotando en él manantiales de variados componentes que curan diversas enfermedades. Los habitantes de hoy los llaman “Baños de la Juventud”, “Baños de Fierro”, “Poza de los Novios”, “Baños La Meseta” y otros.

Las pozas de Churín reciben a turistas extranjeros y nacionales todos los meses del año. Su cielo diurno es de un azul intenso y el nocturno se aprecia con millares de grandes estrellas que parecen estar al alcance de la mano. Sus aguas son calientes, pero no tanto como las de Chinchín, donde sí se pueden endurecer huevos y hacen decir “¡Alalau!” a los que empiezan a bañarse.

Fuente oral: Señor Ferreyra narrado a Jorge Castillo Subiaga en 1957, Churín, Lima.
Escolar: Sofía Susana Castillo Subiaga, 15 años, Lima.



De por qué valoran tanto el agua en el caserío de Santiago

Eran los tiempos cercanos a la destrucción del Imperio Incaico con la llegada de los españoles, ya por esa época los conflictos, pleitos, luchas y traiciones entre señoríos, curacazgos y reinos que conformaban el imperio habían llegado a un punto máximo. La razón: ayer como hoy, la carestía de agua.

La historia de este amor desgraciado que es conocida por los habitantes de las cuencas de los ríos Chicama y Jequetepeque, sucedió en las alturas de lo que hoy es la provincia de Contumazá, en el departamento de Cajamarca.

Por estos lugares existieron dos señoríos: el señorío Kuan y el señorío Tantarica. El primero, favorecido por las aguas que vierten los deshielos de la cordillera y que forman ese espejo del cielo que es el legendario pozo Kuan, que en la época que trata esta historia aún era tributario del río Chicama, es decir, sus aguas se vertían en este río; mientras que en el otro, el señorío de Tantarica, extenso en terrenos pero carente de alguna fuente de agua, solo se limitaba a germinar con las lluvias estacionales. Ambos señoríos estaban separados por una gran distancia.

El príncipe Kuan se enteró de que muy distante a su comarca, en un cerro encantado, vivía la princesa Tantarica, hija del rey Cuismancu, con el cual había tenido algunos conflictos, pero a pesar de esto logró conquistar a la princesa, luego de lo cual prosperaron los lazos de sincero amor.

Cuismancu, el padre de la princesa, al tratar de sacar ventaja impuso al príncipe Kuan por condición para el matrimonio con su hija hacer llegar el agua desde el pozo Kuan hasta el cerro de Tantarica, para así bañar de fertilidad su seca comarca.

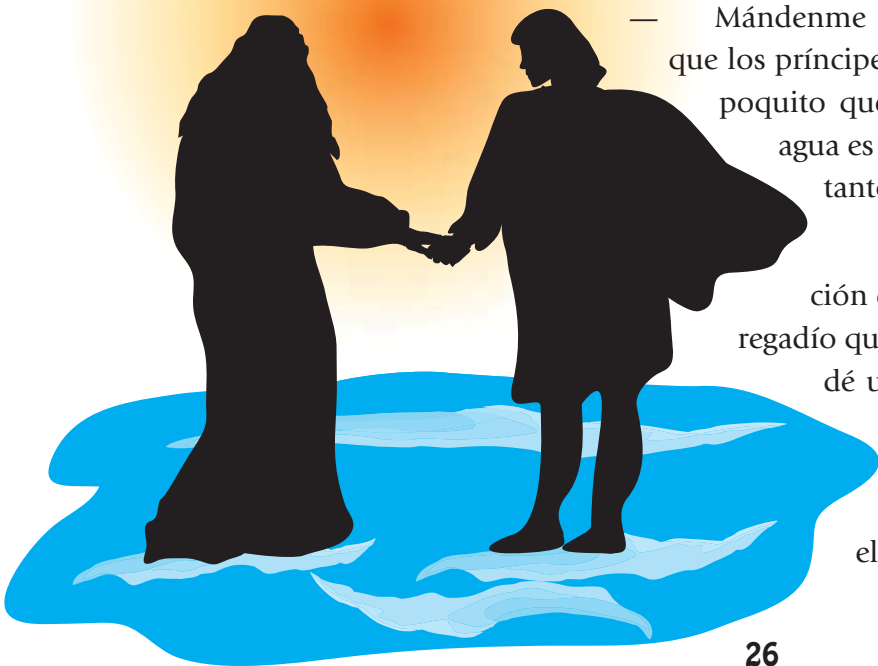
Kuan, después de muchos padecimientos (tuvo que canalizar por abismos, cerros, peñas y quebradas), materializó tal hazaña. Pero Cuismancu, traicionando su propia palabra, buscó por todos los medios impedir la unión de los jóvenes.

En son de venganza, el príncipe entierra el canal en el seno de las montañas, después de lo cual Kuan y Tantarica también se arrojan al agua, que va a brotar en Yonán, en la cuenca del río Jequetepeque, y desde esa fecha el pozo Kuan dejó de ser tributario del río Chicama y pasó a ser tributario del río Jequetepeque.

Una vez enterrados los canales y con ellos el príncipe Kuan y la princesa Tantarica, quisieron éstos disfrutar de su amor tratando de salir, por lo que iban gritando dentro del cerro. “¿Quién quiere agua?”. A lo que nadie le respondía, sólo al pasar por el caserío de Santiago, distrito de Guzmango, un poblador que les escuchó, les respondió:

— Mándenme un poquito para mis rocotitos- a lo que los príncipes respondieron mandando sólo aquel poquito que él pidió. Por eso en este caserío el agua es tan poca y también por ello la valoran tanto.

El caserío tiene un sistema de recolección de agua para consumo humano y para regadío que parte de un solo punto: un pozo que dé un desfogue inferior va para el consumo humano, y un desfogue en la parte superior sirve para regar las chacritas que tienen: por eso que cuando el único pilón que existe en su plaza está



abierto, el pozo nunca se va a llenar hasta el nivel del desfogue para regar las chacras, es por eso que no desperdician el agua, y su pilón sólo lo abren cuando es realmente necesario.

En el caserío de Santiago del distrito de Guzmango, todos los 25 de julio se celebra la fiesta patronal en honor al Patrón Santiago, donde asiste mucha gente de otros caseríos y distritos, como mi madre Irma Castillo Lozada, quien es natural del distrito de San Benito.

Hace cuatro años nos llevó, a mi hermano y a mí, y llevando malas prácticas de la ciudad, nos pusimos a jugar con el pilón de agua que existe en la plaza, desperdiándola. En esta circunstancia, se acercó un poblador del caserío (un señor mayor), quien nos llamó la atención y a la vez nos contó el por qué el agua era tan valiosa y necesitaba cuidarse y no desperdiciarse. Recuerdo que fue él quien nos graficó en el piso de tierra el diseño de su sistema de recolección y distribución del agua.

Su nombre era Isaac, su sobrenombre "cuy". En estos pueblos muchas veces el apodo se dice con tanto respeto que reemplaza al nombre o apellido, por eso diremos que nuestra fuente fue don Isaac Cuy de Santiago, que es como lo conocen mis familiares, los que a la distancia no pueden recordar su apellido.

Fuente oral: Don Isaac Cuy (sobrenombre) de Santiago; Caserío de Santiago, Distrito Guzmango.

Escolar: Josué Arturo Kevín Ramos Castillo; 15 años; Lima.

Asesor: Rosa Castillo Lozada.



El agüita dulce

Mi awicha le contó a mi mamá, que me contó a mí cuando era aún wawa, que hace muchísimos años atrás la costa era una inmensa pampa seca donde nada crecía, que las bestias y los hombres sufrían de hambre porque aunque había un gran mar, sus aguas eran saladas y no servían para tomar ni cultivar.

Mientras que en nuestros Andes, bajo la protección del dios Wiracocha Apu Kon Tiki y Mama Pacha, en el Cusco vivían los hatunrunas, quienes eran muy trabajadores. Entonces por orden del Intipchurip, quien los gobernaba, salieron unos chasquis que fueron mandados a explorar en zonas alejadas nuevas tierras para asentarse y cultivar.

Cuando bajaron los chasquis de los Andes con sus alforjas cargadas de maíz y chicha, llegaron a la costa; miraron con alegría el mar pues pensaron que con esa abundante agüita podrían sembrar, pero cuando la probaron ¡guácatela!, era salada y hacía doler la barriga; a uno se le cayó la chicha y vio sorprendido cómo la arena se la tragaba con mucha rapidez.

Ellos no sabían que habían llegado al dominio del Inti y Mama Cocha. Pero decidieron igual buscar por todos lados tierra con agüita dulce. Y así caminaron de sur a norte y oeste, encontrando lagos y otras fuentes de agua también saladas; sus corazones estaban tristes porque por más que buscaban, nada de encontrar por ningún sitio una buena tierra con agüita dulce.

Entonces chillaron de dolor, pues de donde venían todo era distinto. Wiracocha les dio aguas quietas, dulces y cristalinas, que usaban como bebida y volvían fértiles sus tierras para cultivar sus maizales, quinuales, papas, ocas, entre otros, lo que hacía que el paisaje rebozara de vida al verse todo verdecito.

Desesperados ya pensaban en volver al Cusco, cuando una huaca les habló y les dijo: “¡Acaso no saben que este es el dominio del Inti y Mama Cocha, que están celosos de Wiracocha y Mama Pacha!, ¡Vayan y díganle al Inca que clame para que Wiracocha mande a su hijo Pachacámac a traer de su mano a Mama Sara para dominarlos! ¡Que haga que Quichi lllore para que lleguen hasta acá sus lágrimas de dulce agüita!”.

Y así lo hicieron, el Inca clamó, Wiracocha tocó a Mama Pacha y formó grandes surcos sobre ella, luego Quichi lloró y lloró, tanto que las lagunas se desembalsaron y los surcos se comenzaron a llenar con la agüita dulce y comenzaron a correr hacia abajo para la costa, mientras seguían a Pachacámac y Mama Sara que bajaban también acompañados de muchos mitimaes.


Así es que el hombre se desarrolló en la costa, gracias a las aguas de los ríos que bajan de la sierra recorriendo grandes distancias y que nos dan vida.

Por eso es bueno apreciar el valor de estas agüitas dulces que nos dan vida, recordemos que sin ellas nada seríamos.

Fuente oral: Luis Abregú Hurtado; Puente Piedra, Lima.
Escolar: Vladimir Pavelt Galarza Abregú; 13 años; Puente Piedra, Lima.



El espíritu de la madre selva y el espíritu del agua



Cuentan que cuando recién se empezaba a conquistar la selva de Madre de Dios, los misioneros de las diferentes órdenes religiosas se aventuraban a transitar por los numerosos estrechos y tortuosos senderos, llegando a lugares y/o caseríos nunca antes visitados por personas foráneas. Es en uno de estos caseríos diseminados por la selva donde los nativos –una vez que se acostumbraron a sus extraños visitantes y a su extraña lengua– refirieron el siguiente relato: “Que en tiempos muy lejanos, guardados en la memoria de la gran madre selva, existió una tribu numerosa y muy importante dirigida por un poderoso curaca, que tenía en gran veneración a los habitantes de los bosques húmedos y a los elementos que le daban vida.

Estos antiguos pobladores conocían los secretos de las plantas, especialmente las consideradas sagradas y, entre ellas, se encontraba la sogá de los muertos, “Ayahuasca”. Con la ayuda de esta muy respetada liana, escudriñaban mágicamente los secretos de la selva y fue en esa tarea que el curaca se atrevió a visitar la morada de la gran madre selva porque quiso averiguar dónde se encontraban los cuerpos de tres niños ahogados en el río, cosa que realizó sin mucho esfuerzo.

También en este sueño sagrado se le reveló cómo nacieron los ríos y las grandes cochas, descubriendo que, en el principio de los tiempos, toda la selva era un gran pantano donde el agua de las lluvias se acumulaba en gran medida. Ese era el reino de la dueña del agua, el gran espíritu del agua, la gran boa madre, la cual tenía tres cabezas: con una de ellas se alimentaba, con la otra podía ver a sus antepasados que alguna vez habitaron este mundo, y con la tercera cabeza podía ver las estrellas en las noches silenciosas de esos tiempos; también pudo apreciar que los ríos y cochas fueron hechas por ella en su afán de alimentar a sus crías. Finalmente, luego de su largo viaje por el tiempo, se le dictó la siguiente sentencia: que todo ser vivo que se alimente y viva gracias al agua de los ríos y cochas creadas por el gran espíritu de la selva, debería ser respetado y protegido, de lo contrario, terribles consecuencias se desatarían, y que el hogar de la gran madre selva debería ser preservado utilizando solo aquello que era estrictamente necesario.

Dicha recomendación fue transmitida del curaca a sus congéneres, pero se dio el caso que los familiares de los niños ahogados vieron un día que una enorme boa de agua salía del río, justo en el lugar donde desaparecieron los niños. Pensando en desquitarse con algo, mas allá de sus respetables creencias, la persiguieron e hirieron mortalmente; la serpiente se arrastró como pudo barranco abajo hacia el río desapareciendo luego en sus aguas. Por el miedo que



les daban las boas, desde ese día siguieron matándolas cada vez que las veían. El curaca al enterarse del hecho presagió terribles consecuencias por la desobediencia de la Ley de la tribu de respetar a los seres que viven en la morada de la gran madre selva, ya que ella los eligió como los protectores de su reino.

Al poco tiempo, las quebradas que alimentaban al gran río se secaron y con ella los frutos de la selva, los peces y los animales que vivían en ella desaparecieron y, por ende, tuvieron que mudarse. Pero cada sitio que habitaban no les ofrecía el sustento necesario, por lo que en su gran mayoría murieron de hambre y desaparecieron. El curaca nunca más pudo hablar con la madre selva ni conocer más de sus secretos. Se dice que los descendientes de los nativos que mataron a dichas boas aún viven en la selva y siguen cometiendo el pecado original de sus padres.

Por todo ello, los misioneros tomaron muy en cuenta dichas palabras y tuvieron mucho más cuidado al visitar las demás aldeas vecinas.

Fuente oral: Elena Espirilla Sargento; comunidad de Sudadero, Tambopata, Madre de Dios.
Escolar: Gloria Polett Pompilla Quispe; 11 años; Tambopata, Puerto Maldonado, Madre de Dios.
Asesor: Maribel Yacira, Quispe Silva.



El Huankarquychi

En Tomaqaya existen muchas lagunillas y puquios que la gente agradece, porque sus aguas son de lo más puro y cristalino que pueda haber a cien kilómetros a la redonda.

Sucede que cuando hay lluvias, las lagunas y puquios parecen cobrar vida animal. Dicen que un gato inmenso del tipo angora comienza a danzar alrededor de los puquios y cuando se produce eso, toda persona que atine a pasar por el lugar es embrujado y aparece muerto.

En tiempos remotos, una campesina que experimentó por primera vez este tipo de sucesos misteriosos apareció con el estómago hinchado y oliendo a petróleo.

Era un día caluroso y nada hacía presagiar que lloviera, la campesina que se llamaba Valentina hacía sus faenas agrícolas, recogiendo la cosecha. Era el mes de abril y había que recoger las habas del campo.

Valentina caminó por el sendero de siempre, llevaba en su regazo las habas, cuando de pronto se desató una lluvia torrencial. Creyendo que iba a pasar, se cobijó debajo de un árbol de capulí.

El tiempo pasaba y la lluvia no cesaba de caer. Valentina estaba incómoda por el mal tiempo. Pero no se atrevía a regresar a su casa por la lluvia intensa que caía. De pronto, como por encanto se hizo noche.



Mitos y leyendas del agua en el Perú

Valentina temblaba de miedo porque su casa estaba muy lejos, recordó que su abuelita, la mamá grande había contado que de los puquios salía un gato gigante y comenzaba a dar vueltas alrededor del agua. Entonces quiso correr, pero un miedo terrible le impedía moverse.

Estaba desnuda, tiritando, la lluvia caía inmisericorde.

En eso, el gato la había visto. En sus ojos había deseo. Se acercó hasta donde estaba Valentina y la campesina no pudiendo soportar tan terrible visión, se desmayó.

Al día siguiente, los campesinos la encontraron ahogada en el puquio, completamente desnuda, y en sus ojos el espanto era patético.

Desde entonces, cuando llueve, la gente se retira de los puquios inmediatamente. No les importa si dejan sus cosechas o cualquier cosa. Saben que la leyenda del Huankarquychi puede producirse en cualquier momento.

Fuente escrita: Cusco Inmortal: Cuentos, Mitos, Leyendas; Víctor Abel del Castillo, Leonel Guzmán C.
Escolar: Adriana Chávez Tejada, 8 años; Wanchaq, Cusco.



El Mishquiyacu y el pescador

El río Mishquiyacu recorre la provincia de Picota, en su primer tramo, de norte a sur, hasta el segundo recodo; allí comienza su segundo y último tramo, al voltear de este a oeste, hasta su desembocadura en el gran y majestuoso río Huallaga.

Mishquiyacu significa “rica agua de sabor agradable”, sus aguas son limpias y sin contaminación, no existe ningún asiento minero cerca. En la crecida de cada año, el río riega y abona sus riberas, al depositar en la tierra el humus que arrastra en su recorrido.

Sus aguas son una bendición, hay gran variedad de peces como las lisas, los boquichicos, bujurquis o yulillas (semejantes a la lisa, pero de menor tamaño), las carachazas, uno que otro sungaro y las mojaras (peces en pequeños cardúmenes parecidos al boquichico).

En su recorrido hacia el Huallaga, después del segundo recodo, se encuentra el villorrio de Mishquiyacu, rodeado de grandes pastizales y de una próspera agricultura, que son los más apreciados de la región. Los habitantes mishquiyaquinos viven agradecidos de Dios por sus dos bendiciones, su tierra y su agua. Son celosos guardianes de ellas.

Cada mishqui sabe que sin tierra y sin agua se le va la vida. Cada año celebran la “yacufiesta”, en honor al agua del río. Siempre tratan de mantener sus aguas tranquilas, porque cuando encrespan o arriban con sus grandes crecientes y las inundaciones son despojados hasta de sus camisas. En el paroxismo de sus desgracias, con los ojos llenos de lágrimas levantan los brazos hacia el cielo, clamando con grito a todo pulmón: “Piedad, Diosito mío”.

Cuenta la leyenda que cuando se creó el pueblo de Mishquiyacu, apareció un pescador furtivo que pescaba con dinamita



y barbasco. Nunca nadie lo conoció, a muy altas horas de la noche y sobre todo en luna Llena sólo se escuchaban las explosiones de la dinamita.

Los moradores de ese entonces tenían mucho miedo al ver que sus tambos tan frágiles, confeccionados de hojas de palma y cañas muy finas se veían caer, el retumbar del sonido hacía temblar el suelo. Ayudado por la oscuridad de la noche, el pescador desconocido huía y se fundía en el matorral de la selva.

A la mañana siguiente, muy temprano todo el pueblo salía a recoger el agua y a realizar su aseo personal; sorprendidos y llenos de impotencia encontraron peces muertos, flotando sobre la dulzura y quietud del agua que aún dormía bajo el cielo azul y la mirada de manadas de golondrinas que le avisaban que sus hijuelos pececillos ya no serían abrigados más, ni harían piruetas en aquel río abrasador que los vio nacer y crecer.

La descomposición de los peces y la presencia de barbasco en el río hacían que los demás peces siguieran muriendo y el agua dulce se convirtiera en agua envenenada. La vida en el curso del río Mishquiyacu se teñía de dolor y angustia ante la pérdida de nuestros hermanos seres vivos que fueron despojados de su dulce morada.

Los moradores mishquiyaquinos, indignados por aquel acto cruel, realizaron un cabildo abierto y decidieron terminar con aquel pescador escurridizo, estaban decididos a acabar con su vida si fuese necesario. Hombres, niños y mujeres armados de machetes y palos salieron en su búsqueda, caminaron repartidos en diferentes direcciones. Al cabo de seis horas, se volvieron a encontrar tristes y cansados pues la búsqueda fue infructuosa.

Al día domingo, se prepararon y realizaron una minga, pero esta vez solicitaron la ayuda del travieso y pícaro hombrecito de muy baja estatura conocido como el famoso Chullachaqui,



quien vivía en el fondo de la espesa selva. Era muy temido por todos los pobladores, pues se aprovechaba de su pequeña estatura y de su rostro angelical para transformarse en cualquier persona conocida del incauto que caía en sus manos y, con gran habilidad para convencer, lograba distraer a su víctima, conduciéndola a su madriguera, donde desaparecían a causa del hechizo mágico que les hacía.

Hecho el pacto con el Chullachaqui, quien sólo pedía a cambio que no le temieran porque quería ser el guardabosque de Mishquiayacu, los pobladores aceptaron la condición que ponía el pequeño hechicero, pero a cambio de que en sólo dos días encontrara al pescador desconocido. El Chullachaqui se retiró y corrió rumbo hacia el extenso bosque.

Pasaron los dos días, y finalmente el Chullachaqui encontró al pescador, quien descansaba en la quietud de enmarañada selva, y le dijo:

— ¡Ah con que aquí vives!, el pescador que dormitaba se levantó muy sorprendido y le dijo:

— ¿Y cómo supiste que estaba acá?

— No olvides que yo soy el Rey del Bosque, le dijo el Chullachaqui, ¿y qué quieres de mí?, preguntó el pescador que ya estaba sin escapatoria.

Bueno, dijo el apacible Chullachaqui, he venido porque los mishquiaquinos me lo pidieron, y como yo soy el todo poderoso de la selva, se vanaglorió el pequeño hechicero, ¡te exijo que dejes de matar a tantos peces y contamines el agua del río!

— ¡Eso es imposible!, recalcó enérgicamente el pescador.

El Chullachaqui se llenó de ira porque no le gustaba que lo contradigan, le dijo:

— Bueno, señor pescador hasta acá he venido sólo para hacer un trato contigo.

Sus ojos se enrojecieron y clavaron una mirada espantosa sobre el acorralado pescador, quien sin escapatoria bajó la mirada y se rindió a sus órdenes. Exclamó: ¿Qué debo hacer a partir de ahora?, ¿qué cosa comeré? Si yo sólo sé pescar, dijo muy acongojado el pescador.

El Chullachaqui, le dijo:

— Puedes pescar, pero con anzuelo y tarrafa, más no con dinamita ni barbasco, y cogeras solo lo necesario para sobrevivir. ¿Escuchaste?, preguntó el Chullachaqui.

El pescador que no tenía ya otra salida, aceptó y prometió que nunca más realizaría pescas que hicieran daño a los peces y contaminara el agua del río.

Después de un mes, el pescador se olvidó de la promesa que hizo y volvió a sus andanzas, al verse engañado el Chullachaqui llegó a convencerse de que el pescador era una persona indigna, infame y cruel para vivir de la generosidad de la naturaleza.

Fue prisionero y juzgado por toda la comunidad viviente. En el recorrido del río Mishquiyacu fue sentenciado y pidieron al Chullachaqui que lo convirtiera en una roca con forma de hombre. El Chullachaqui que quería congraciarse con el pueblo, gustoso y sin decir más palabras echó toda su furia sobre el pobre pescador.

Finalmente, la roca fue colocada en el río, en el frontis del pueblo de Mishquiyacu; constituyendo una severa y eterna advertencia, para que se sepa que la naturaleza es tan noble y bondadosa que sólo se debe cazar, pescar y extraer lo necesario.

GLOSARIO

- 1.- *Barbasco*: Hierba selvática utilizada como infusión para realizar la pesca.
- 2.- *Tarrafa*: Red de hilos o instrumento que sirve para la pesca.
- 3.- *Minga*: Reunión de amigos y de vecinos para hacer algún trabajo gratuito en común.
- 4.- *Mishquiyaquino*: Poblador oriundo de Mishquiyacu.



El mito Unu Urko

Hace mucho tiempo, a media legua de Calca, en el ayllu real de Urko, vivía el poderoso, valiente e inteligente Inka Urko, junto con su esposa y sus dos bellas hijas. En esos tiempos, las tierras de Urko fueron azotadas por una gran sequía y la falta de agua hacía peligrar los cultivos y la vida de todo el pueblo.

Entonces, el gran Inka Urko llamó a los hombres más aguerridos de la zona diciéndoles que aquel que hiciera llegar agua a Urko tendría, a cambio, la mano de su hija Paukar Illa, quien tenía un romance secreto con el valeroso guerrero Uska Paukar.

Al llamado del gran Inka Urko, se presentaron Atoq Takuri, Rumi Maki y, por supuesto, Uska Paukar, con el propósito de ganar la mano de la bella Paukar Illa.

Los tres iniciaron la competencias, cada uno con sus hombres construyeron acueductos. Uno traía el agua desde Huaman Choque, el otro del río Qochoq y el último desde la laguna de Qan Qan, siendo el ganador Rumi Maki.

Inka Urko, al ver cumplido el reto y teniendo agua para sus cultivos y hombres, cumplió con su palabra entregando a su hija en matrimonio a Rumi Maki.

Uska Paukar, no contento con el resultado, enfrenta en una batalla a Rumi Maki, y también es derrotado.



Mitos y leyendas del agua en el Perú

Entonces, mientras se celebraba el matrimonio de Rumi Maki y Paukar Illa, Uska Paukar se aproxima al lugar de la ceremonia y en un descuido huye con su amada hacia la montaña de Pituseray. Muy molesto Rumi Maki, echa una maldición contra ellos y en lo alto de la montaña Paukar Illa y Uska Paukar se convierten en piedra para siempre.

Hasta hoy en Urko existen los tres acueductos construidos por estos valerosos hombres y en lo alto de la montaña de Pituseray, están los dos grandes monolitos de Paukar Illa y Uska Paukar.

Fuente oral: Óscar Casafranca Vásquez; Comunidad de Urko, Cusco.
Escolar: Leonidas Giuseppe Casafranca García, 11 años; Wanchaq, Cusco.
Asesor: Alí Oviedo Enríquez.

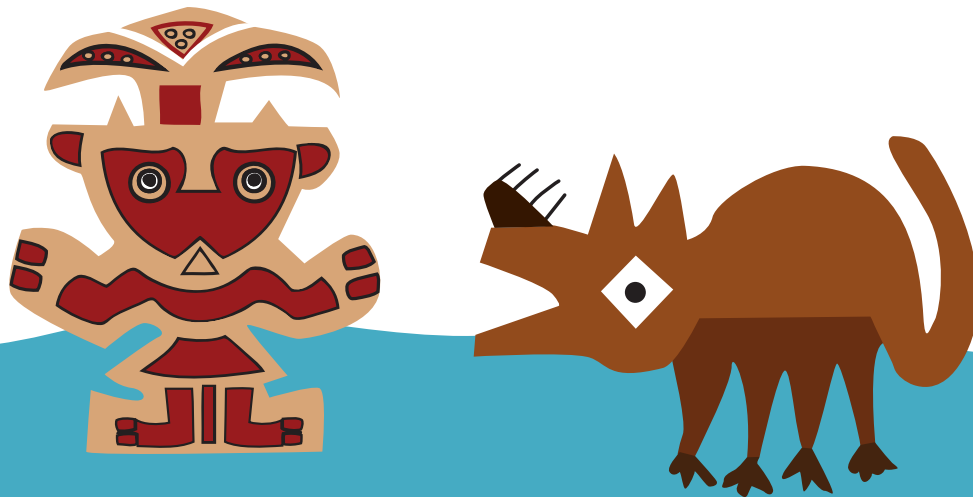


El muky y el zorro

Cierta vez vivía en el campo un muky (duende de las minas) muy hábil. Era un personaje que le gustaba tomar mucha agua del campo, hasta que un día comió tanto que le dio mucha sed.

Conversó con un señor que encontró en el campo del pueblo campesino Huacho Sin Pescado; le suplicó que si le podía invitar un poco de agua para calmar su sed. Muy sorprendido escuchó la respuesta negativa del señor campesino.

El muky, muy molesto, se fue a buscar a otros amigos por el campo, y encontró al zorro que aceptó serlo; ante él se quejó de la gente del pueblo de Huacho Sin Pescado, porque el señor no quiso invitarle un poco de agua y le mostró egoísmo; pero, luego, se encontró con otro señor del pueblo de Curay, vecino del pueblo de Huacho Sin Pescado, con quien anduvo por el campo y compartió buena amistad, sinceridad y respaldo amplio.



Mitos y leyendas del agua en el Perú

— Él me dio la mano –dijo el muky– me brindó agua, pero ahora que sabes el problema, tú y yo vamos a hacer un pacto de tomarnos toda el agua.

El muky y el zorro se tomaron toda el agua hasta dejar nada para Huacho Sin Pescado. Decidieron dejar el agua en la comunidad de Curay, porque la gente de ese pueblo era muy buena.

Los dos, llenos de agua en la barriga, se fueron a los campos de Curay para desparramarlo en diferentes lugares de la comunidad.

Se dice que desde ese momento la comunidad de Curay no ha dejado de tener agua en abundancia y muchos manantiales; y desde ese día Huacho Sin Pescado no tiene agua.

Curay comparte su agua con este pueblo vecino, pues Huacho no tiene ríos, quebradas que tengan agua propia, sólo tiene dos riachuelos como son Quepacocha y Cuturagra, los que mayormente paran secos en los meses de verano.

El muky se fue a vivir en un manglar de Curay (arbusto de Paty, árbol de la zona) y el zorro sigue viviendo libre en el campo haciendo sus travesuras.

Fuente oral: Pobladores de Antamarca, canal de irrigación de Huacho Sin Pescado.
Escolar: Gisela Soraya Julca Alejos; 10 años; Curay, distrito de Pachangaza, Oyón, Lima.



El origen del lago de Pomacochas

Mama Cocha (madre laguna) parió dos hijas: una muy mala y rebelde, la de “ochenta”, llamada así por tener ochenta huacos: y otra, menos mala, la del “Tapial”. La primera encontró su sitio en una jalca, situada entre San Carlos y Yurumarca; y la segunda se ubicó en la “Pampa de Tapial”, cerca de Chachapoyas.

En el valle de Pomacochas (laguna del puma) progresaba un pequeño pueblo, cuyos habitantes eran muy orgullosos, pues poseían grandes riquezas extraídas de las minas de Cullquiya-cu (cullqui=plata y yacu=agua). Jamás hacían obras de caridad ni daban posada a los transeúntes. Los ricos odiaban a los pobres y no adoraban al Dios verdadero, pues eran idólatras.

Dios quiso castigar a esta mala gente y convirtiéndose en un viejito harapiento, cubierto de sucias y asquerosas heridas, se presentó en el pueblo. Visitó varias casas, mas los dueños lo arrojaban puerta afuera, le tiraban piedras y fue víctima de las mordidas de los perros.

El anciano sufrió estos ultrajes en silencio y así, al atardecer, llegó a las puertas de una chocita muy pobre, donde vivía una mujer con muchos hijos. Ésta le recibió con mucho cariño y le ofreció algo de comer. El viejecito no aceptó alimento alguno y sólo pidió que lo dejaran descansar por un momento y le regalaran una flor azucena y otra de margarita. Luego, dijo a la buena mujer:

- “He caminado todo el día buscando a una persona caritativa, y la única que he encontrado eres tú. En premio a tu bondad te salvaré la vida, pero es preciso que dejes tu casa y vayas esta misma tarde con tus hijos al cerro Puma Urco (cerro del puma), porque estoy resuelto a castigar a esta gente. No vuelvas si no cuando veas el arco iris pintado en el cielo”. Dicho ésto, desapareció. Como la mujer era buena y generosa, contó a sus vecinas, pero no le hicieron caso.

A la medianoche, una hermosa música se dejó escuchar en la lejanía, la cual se hizo más clara al aproximarse al pueblo. Los habitantes, que además eran muy curiosos, dejaron sus lechos y salieron a observar.

Grande fue la sorpresa de éstos cuando vieron acercarse una nube blanca que parecía una sábana, la cual se extendía por toda la ciudad cubriéndola por completo.



Trataron de huir, pero las aguas sepultaron por completo a toda la población.

Arrastrándose por la corriente venía la madre de la laguna y el anciano, quien llevaba en sus manos un gran plato lleno de manteca con peces, plantas de totora, carricillo y cortadera, así como un huevo de pato. En el mismo instante lo arrojó al agua, cayó un rayo y partió el huevo, saliendo de éste patos y gaviotas; los peces se multiplicaron y las plantas bordearon la laguna.

Cuando amaneció, la señora y sus hijos vieron con asombro que el pueblo había desaparecido y que en su lugar estaba un hermoso lago de aguas azules y sobre ella se levantaba un deslumbrante arco iris, tal como anunciara el mendigo misterioso.

Ese día, habitantes de Chachapoyas notaron con asombro que la laguna el Tapial había desaparecido totalmente, quedando una extensa llanura cubierta de extensa hierva.

Es creencia general que, las almas de los habitantes que murieron a consecuencia de la inundación, se convirtieron en sirenas que tienen como costumbre robar criaturas para llevarlos a su ciudad, ubicada bajo las aguas.

Fuente oral: Pueblo de Pomacochas, transcrita en el diario Ahora, año: 29 de enero de 2007; Tarapoto, San Martín.

Escolar: Kendy Marina Vela Arbildo, 10 años; Tarapoto, San Martín.

Asesor: Raquel Vela Saavedra.



El poder del agua de la Muyuna

Cuenta el abuelo de mi mamá, que Moyobamba, ciudad capital de la antigua provincia de Maynas y hoy del departamento de San Martín, hace muchísimos años atrás era habitada por gente ingenua y muy sana en su actuar.

Habían personas que apenas conocían el entorno de su barrio, difícilmente otras ciudades aledañas, pues no habían vehículos motorizados y los pocos hombres que lograban movilizarse, tenían que tramontar cerros, quebradas, cruzar ríos nadando, como justamente eran los comerciantes de sombreros de bombonaje.

La población moyobambina estaba rodeada de inmensos árboles madereros. Si una avioneta cruzaba los aires por estos lares solamente divisaba un mar verde de vegetación, de tal manera que no se observaban las pocas viviendas que habían.

Moyobamba no tenía agua potable como hoy día, pues para su uso doméstico tenían que cargar en latas especiales desde los chorros naturales como la Muyuna, Caparina; o chupaderos que habían en el barrio de Lluillucucha, donde además las huambros se reunían a lavar las ropas de sus sheretes y llullitos.

Una mañana primaveral apareció por estos lugares un hombre muthisco, alto, de barba dorada, diríamos un pucacho de la alta alcornia española, y quedándose mangañahui miraba a un ramillete de huambrillas que lavaban ropa en unas bateas hechas de madera. Éste tenía mucha sed de beber y acercándose a las damas, expresó:

— ¡Qué pueblo tan atrasado! ¡No tiene ni agua potable!

María, quien era la chica más chuchusapa y bola siqui, le increpó rápidamente –¡Alaocito! ¡Alaocito! Joven, no tenemos agua potable, pero esta agüita del chorro de la Muyuna es la más pura, cristalina y limpia. ¡Ah!.... y persona que la bebe sea hombre o mujer, se queda en esta tierra para toda su vida.

El gringo reía a carcajadas y exclamó:

— ¡Qué ocurrencia la tuya, agüita de chorro! Ja, ja, ja, ja, ja, ja. Se queda en esta tierra, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Entonces sacó de su morral que llevaba colgado en sus hombros, un pocillo dorado y se acercó al chorro y llenándolo de agua, la ingirió. Tomó una, otra y otra pócima, y dijo: ¡Qué agradable agua! ¡Increíble! Ni en España he tomado agua tan exquisita como ésta.

Habían pasado cinco minutos, aproximadamente, de pronto empezó a oscurecer y a llover con gran intensidad, pero la lluvia fue tan rápida que al querer guarecerse debajo del tambo, hecho con techo de hojas de palmeras, calmó.

Luego apareció intempestivamente un hada cubierta con vestidos plateados y una corona de oro. Ellos, asustados, miraban la presencia de la ninfa de las aguas y, cuando quisieron esconderse, el hada los cogió de la mano, y les dijo: “Yo soy la madre de este antiquísimo chorro de agua, lo cuido y en su largo recorrido no permito que nadie corte los árboles que están a su alrededor, porque entonces se secarían las fuentes, y como tú la has bebido, te casarás con María, porque todo humano que toma el agua de mi chorro, se queda en este bello pueblo, y se casa.

Había terminado de hablar el hada y el joven se sintió pusangueado por María, diciéndole que la quería y deseaba contraer matrimonio, porque al ingerir la agüita del chorro, la huambrilla lo volvió huayra uma, sin saber qué hacer.

Mitos y leyendas del agua en el Perú

A solicitud del forastero, el ser misterioso procedió a realizar la ceremonia nupcial, formando a la nueva familia. Luego desapareció como un relámpago, perdiéndose en el enigmático chorro de agua. Por eso, todo forastero que llega a Moyobamba e ingiere esta agüita del chorro de la Muyuna, se queda para siempre. Yo soy uno de ellos, que llegué desde la ciudad de Cutervo a comprar sombreros hace muchísimos años y me casé con Anastasia Vásquez, dijo mi bisabuelo terminando de contarme esta lindísima leyenda.

GLOSARIO

- 1.- *Alaocito*: ¡Pobrecito! ¡Qué pena!
- 2.- *Bola siqui*: Que tiene nalgas abultadas.
- 3.- *Chuchusapa*: Mujer con senos grandes.
- 4.- *Chupadero*: Terreno pantanoso, cenegoso, atolladero.
- 5.- *Huambrilla*: Señorita. Mujer tierna.
- 6.- *Huayra uma*: Persona olvidadiza, medio loco.
- 7.- *Llullito*: Niño pequeño.
- 8.- *Minga ñahui*: Abrir los ojos con exageración. Admirarse.
- 9.- *Muthisco*: Persona de ojos zarcos.
- 10.- *Pucacho*: Persona de rostro colorado.
- 11.- *Pusanga*: Filtro de amor. Brujos, curanderos y curiosos que preparan la pusanga para atraer al hombre o mujer con fines amorosos (pusangueados).
- 12.- *Sherete*: Enamorado, marido.

Fuente oral: Bartolomé Gómez López; Provincia de Rioja.

Escolar: Lorena Milagros Vivas Gómez; 11 años; Moyobamba, San Martín.

Asesor: Bernardo Vivas Tantaleán.



El río Cunas y el enigmático pussha

En la parte baja del pueblo de Huarisca, bañado por el río Cunas, encontramos un enorme pozo de aguas dormidas, que deslumbra a lugareños y extraños por su mal genio.

Cansado ya de tantos ruegos al pussha, don Gregorio, un señor ya entrado en canas, conocedor del misterio del enorme pozo de agua, se sentó en la colina para observar las aguas verdosas y amarillentas que daban vueltas y vueltas en el inmenso pozo.

El pescador sacó su quena y se puso a tocar una hermosa melodía, pensando que el pussha pueda conmovirse de él; tanto fue el presentimiento de aquel viejo pescador de corazón noble, sincero y limpio, que deseaba llevar unos peces para su casa, donde le esperaban sus seres queridos para preparar un succulento caldo de ranas.

Al anoecer, llegó don Gregorio a su casa y vio las pestañas húmedas de su viejecita y el llanto de sus hijos. La anciana no soportaba ver sufrir a sus hijos, en eso le vino a la memoria un antiguo bastón mágico que había heredado de sus antepasados, que le serviría para ofrendar como regalo al pussha, para que les dejara pescar en sus aguas cristalinas.

Al día siguiente, don Gregorio se despertó con los primeros rayos del sol, ahora tenía un corazón optimista, los pies ligeros y un solo deseo: pescar. Su esposa, ya ancianita, al verlo se le llenaron los ojos de lágrimas,



trató de disimular su tristeza, entonces don Gregorio se dirigió a ella que le miraba atentamente, y le dijo:

- “Buena ancianita, ¡todo en ti es hermoso!, jamás he visto parecido al que lleva sus piedras preciosas, nada tienen que envidiar a los campos de flores, brilla como la luna Llena”.
- Viejo lindo, le contestó la anciana, tus ojos saben apreciar las cosas. Te regalo el bastón, sé que lo dejas en buenas manos.

Don Gregorio dijo:

- “Gracias princesa adorada” –y recibió el bastón.
- ¡Adiós! –se despidió–, pero antes dame una bendición divina para llevarle el regalo al pussha.

Así salió por el portón, en la mano derecha llevaba el bastón, con la cabeza erguida, pasos firmes, rumbo a conquistar al pussha. Se fue por el camino escuchando la melodía de los pajarillos.

Aprovecharé la única oportunidad, se decía en lo profundo de su corazón. Don Gregorio de lejos divisó al pussha, levantó el bastón hacia arriba y hacia la derecha y de arriba a la izquierda en señal de victoria. El pussha se tragará mi bastón, pero a cambio me regalará sus truchas, bagres y ranas, repitió una y otra vez.

Después de rodear los frondosos árboles de eucalipto, llegó a ver íntegramente a su oponente, que hacía brillar sus aguas cristalinas, iluminadas por los rayos del sol.

Observando que las aguas estaban tranquilas, cogió el bastón y diciendo –“hermoso pussha, aquí te entrego



toda mi fortuna, toda mi vida y me pongo de rodillas a tus pies. Quisiera que escuches los ruegos de mi viejecita, de mis hijos, y tú regálame a tus amigos que abrigas en tus entrañas, para alimentar a mi familia que muere de hambre, dolor y pena”.

Diciendo esto arrojó el bastón y como respuesta inmediata el pussha le entregó muchas truchas, bagres y ranas, los que don Gregorio llenó en su alforja tejida de lana de vicuña. Después, se marchó rumbo a su casa, mirando con altísima devoción al pussha.

Sentados en la cocina lo miraron los suyos, en sus ojos había mucho amor, lo sucedido fue un milagro para la familia, un milagro a la devoción al pussha, como sustento para la vida.



Fuente oral: Pobladores de Huarisca; Ahuac, Chupaca, Junín.

Escolar: Carlos Casas Vera, 10 años; Huarisca, distrito de Ahuac, Chupaca, Junín.



El tesoro de los Andes

Cuentan que el dios Wiracocha hacía que formaran los arroyos con los deshielos de los apus que descendían, desangrándose en ríos de vida que fertilizaban la Pachamama.

Hace miles de años el Inca vino al valle del Colca y al ver la fertilidad de la tierra mandó traer siete granitos de maíz y estos granitos fueron cultivados durante siete años sin tocar ningún grano. A los siete años volvió a venir el Inca e hicieron la primera cosecha de “granos de oro” que repartieron a todas las tribus que estuvieran en esa época.

En aquellos tiempos míticos esos pobladores se desplazaban una vez al año hacia las orillas de la Gran Mama Cocha a quien debían saludar con sacrificios y veneraciones. La Gran Mama Cocha les proveía de alimentos, productos rituales y medicinas.

Se quedaban por meses y llevaban en “tambores” pescado seco, planchitas de cochayuyo, mariscos secos, sal de mar, medicinas como el lamarpaco o espuma de mar y guano de isla.



Pero lo más importante que llevaban eran los elementos que usaban en sus ritos a los apus; ellos recogían con mucha reverencia en los cántaros de barro: agua de mar, “para que las nubes vengan del mar y que llueva abundante en ese tiempo”... estrellas de mar, caracoles, polvo de conchas o “mullu”.

Estas ofrendas eran llevadas con mucho esmero y reverencia hasta las cumbres más prominentes de su tribu: “los apus Coropuna y Ampato”... Ellos las depositaban en un recipiente cuadrado de piedra hermosamente tallada y en medio de rituales “alimentaban” a los apus con polvo de mullu. Arrojándolos en sus cumbres al viento, le pedían a la montaña que las lluvias se vuelvan abundantes para llevar la vida a los campos... y la lluvia descendía desde los apus como una bendición, destrozando el suelo y destruyendo rocas que eran arrastradas por los ríos y arena hasta la Gran Mama Cocha; de esta manera, se abrieron profundos valles y estrechas quebradas talladas en andenes de colores del arco iris, donde los dioses andinos continúan vivos y los actuales pobladores los veneran como guardianes ancestrales del “Tesoro de los Andes”.

Fuente escrita: Bajo los Apus, Pablo de la Vera Cruz.
Escolar: Francisco Javier Ramírez Huayco, 11 años, Arequipa.



Failoc y el mar caliente de Lambayaque

Entre el arrullo de las olas de un noble mar y el canto espontáneo de las gaviotas en el cielo, yace perdida una leyenda que golpea el litoral a manera de una fresca brisa en los rostros nostálgicos de antiguos pescadores lambayecanos.

Según cuentan los curtidos hombres de mar, hace mucho tiempo existió un extraño y egoísta pescador mochica, quien era poblador del Señorío de Lambayeque (siglo II de nuestra era) y que podía pasarse todo el día pescando en las aguas de la costa lambayecana con el iluso propósito de apoderarse de todos los peces del mar. Tal parece que este hombre vivía desterrado o castigado.

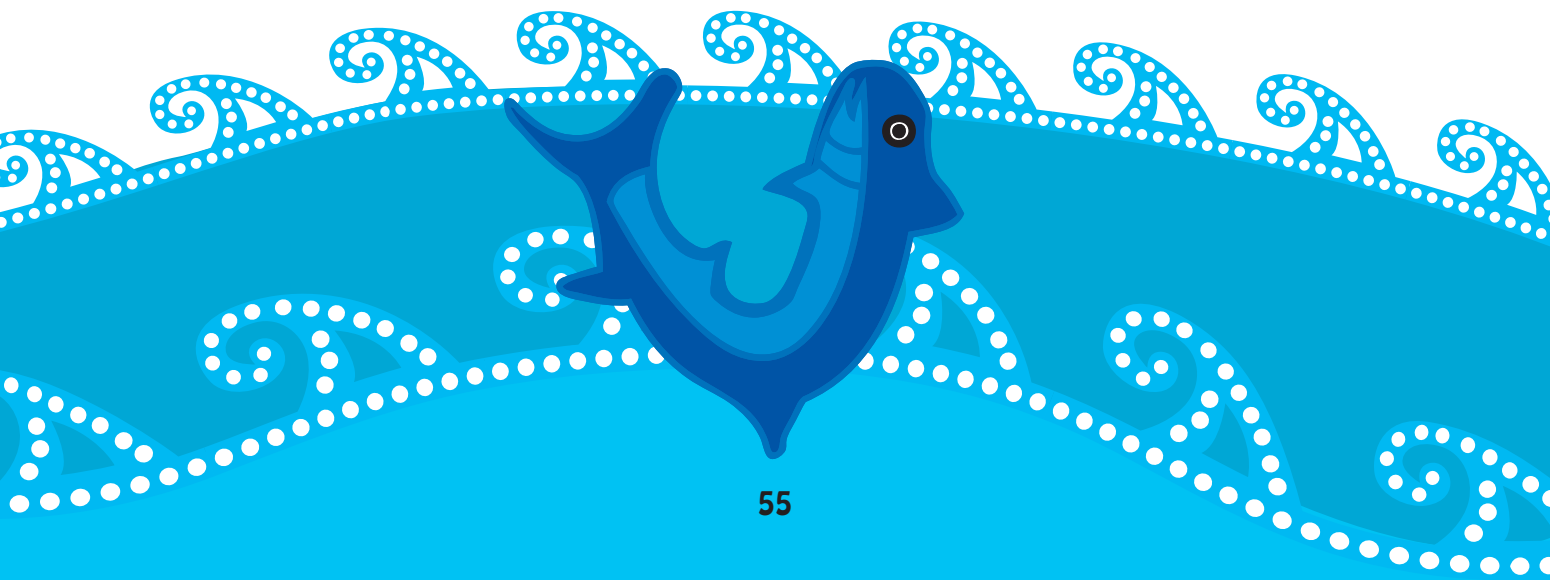
Su nombre nadie lo sabía, pues sólo se le veía en el mar pescando y al llegar a la orilla de la playa, mágicamente, desaparecía. Era pues, un hombre encantado por poderosos brujos mochicas que lo condenaron para siempre a navegar sobre un caballito de totora por haber envenenado algunos criaderos de lisas que iban a ser el sustento alimenticio de este señorío norteño.

Muy pronto empezó a surgir la curiosidad entre los pescadores, quienes al verlo pescar, se sorprendían de las grandes proezas que realizaba en el mar. Al no saber nada de él, algunos pescadores percibieron que cuando se le veía, se dejaba escuchar a lo largo de la playa un rumor en las olas como si dijera Failoc, Failoc... y así pues con este detalle, los pescadores bautizaron a este hombre con el nombre de Failoc.

Una mañana se le vio a Failoc en la isla Lobos de Tierra. Había llegado hasta allá con dificultad superando a un grupo de ballenas que golpeaban en forma hostil su pequeña barca. Casi al terminar su faena, logró capturar un pez de grandes proporciones y con un singular resplandor, que más tarde sería llamado por los hombres como "perico".

Este pez era, en realidad, un mágico ser que por encargo de su dios, el Mar, conducía un gran cardumen de peces hacia la playa lambayecana. Advirtiendo pues la importancia del perico que tenía en su poder y la gran cantidad de peces que se acercaban al litoral, el egoísta Failoc quiso interrumpir la travesía tomando para sí tan majestuoso pez.

Presa del pescador y al no poder librarse de sus redes, el pez envió rápidamente una señal de auxilio que fue escuchada por el mar, quien al ver estos hechos empezó a mostrar su furia calentando sus aguas y elevando vapor al cielo hasta hacerlo llover.



Temeroso Failoc por lo que le podría ocurrir y no pudiendo hacer nada, finalmente tuvo que devolver al extraordinario pez al inmenso mar, y luego dirigió su barca por los acantilados hasta perderse, dejando así una estela de misterio a su paso, tal y como siempre fue su forma de ser.

Así pues, el pez perico condujo el cardumen hasta la playa, una vez allí estos peces se mostraron y se dieron a conocer a los hombres y mujeres de esta parte norte del Perú.

Con los años, el dios Mar convenció a las demás fuerzas de la naturaleza de que cada cierto tiempo llueva con intensidad por estos lares norteños y las aguas del mar se calienten para traer de vuelta por el litoral peruano a su amigo: el pez perico y junto con él a otras especies marinas para que ayuden en la alimentación de los hombres.

Escrita así la historia entre los hombres del norte y el mar –tal y como se aprecian en algunos ceramios– éstos han tenido que acostumbrarse a convivir y a soportar desde aquellos tiempos remotos con tan inesperado evento climático. Prueba de ello son las construcciones que han llegado hasta nuestros días en donde se aprecia la fuerza erosiva de las lluvias y se privilegia las figuras de peces.

Si alguna vez varan peces inexplicablemente a lo largo de la playa lambayecana (como ya ha pasado en algunas oportunidades), seguro dirán los viejos hombres de mar, que estos peces eran del pescador misterioso que por egoísta, una vez más el dios Mar le da una nueva lección.

Fuente oral: Pescadores lambayecanos, Lambayeque.

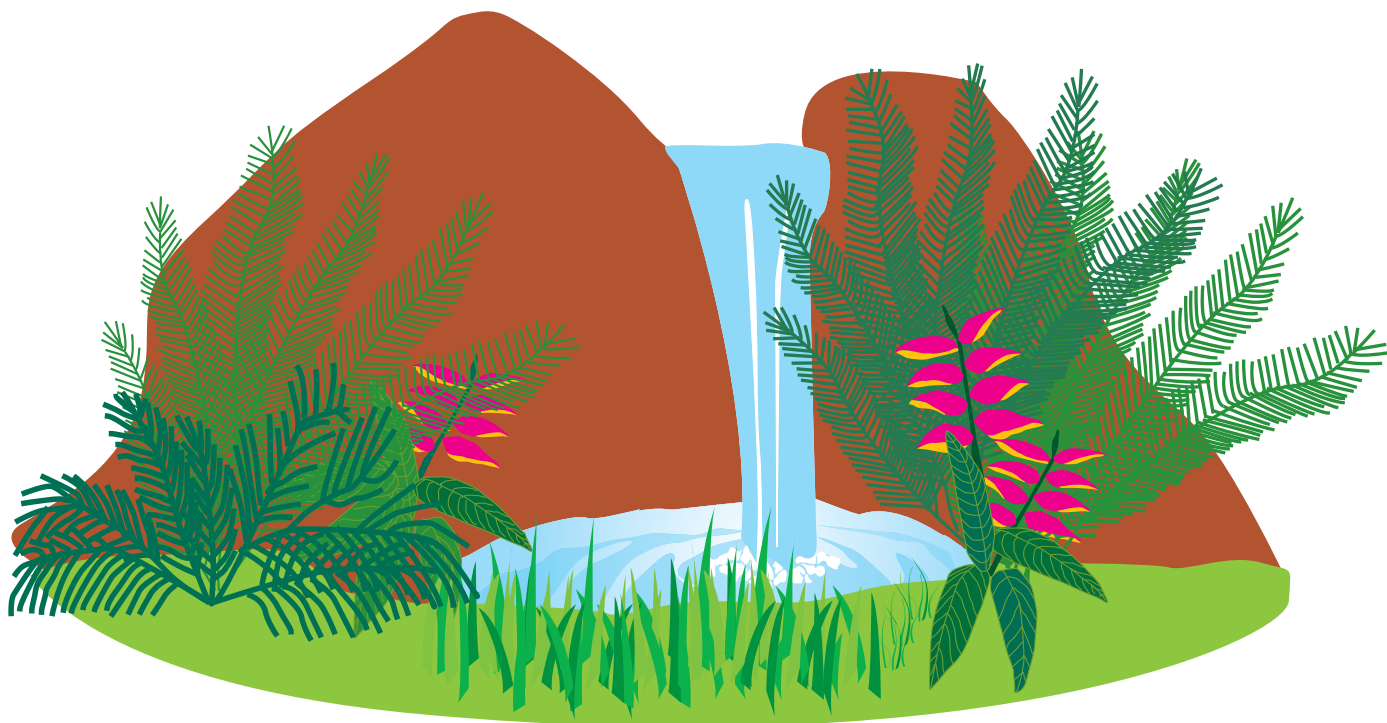
Escolar: Marcelo Jesús Seclen Cotrina; 12 años; Chiclayo, Lambayeque.



La ducha del diablo y el velo de la novia

En el departamento de Ucayali, en la provincia de Padre Abad, se cuenta por las noches bajo la luna, en la casita de los cuentos, que unos españoles habían llegado para explorar la selva no muy lejos de donde vivía un brujo llamado Lucifer, quien había vendido su alma al Chuyachaqui, debido a que quería ser el dueño del mundo. Pero el Chuyachaqui le mintió.

El brujo tenía dos preciosas hijas que habían cautivado a los exploradores por su belleza; Lucifer, al darse cuenta del amor que sentían los exploradores, fue donde ellos para darles toda la información de las riquezas que tenía la selva; además les ofreció en convertir a sus hijas en sus novias si ellos le ayudaban a vencer al Chuyachaqui por mentiroso. El plan de Lucifer era ser el dueño del mundo.



Chuyachaqui, que es el diablo guardián de la selva, que todo lo ve y todo lo siente, se preparó para la gran alianza entre el brujo y los exploradores, ahora convencidos de la fama y fortuna que les esperaba si conseguían derrotar al guardián de la selva.

Los nuevos socios prepararon una gran emboscada por los parajes de la selva, mientras que el brujo Lucifer contaba con los poderes ya concedidos del Chuyachaqui y los españoles con la poderosa dinamita.

Preparados ya para el combate final, Chuyachaqui hizo aparecer en lo alto de una montaña a las dos hijas de Lucifer vestidas de novias y con más belleza de la que tenían a los españoles cautivados. Por su amor, los españoles empezaron a caminar hacia ellas sin hacer caso sobre las advertencias del brujo, quien les perseguía tratando de contrarrestar los hechizos de Chuyachaqui, y concentrado en querer ayudar a sus aliados, sin fijarse dónde ponía sus pies, cae en el precipicio.

En ese momento tembló la tierra y en las rocas se formó la cara del diablo empezando a caer grandes cantidades de agua, convirtiéndose en una catarata mientras los españoles se dirigían donde estaban las doncellas hijas del brujo, quienes reaccionaron ante la mirada perversa de los españoles y para no ser atrapadas por ellos se tiraron al vacío formándose la otra catarata.

Chuyachaqui, guardián de la selva y cuidador de la naturaleza, convirtió así la bondad de las doncellas en una preciosa catarata llamada El Velo de la Novia; y la otra catarata, La Ducha del Diablo, donde fluye la mejor agua cristalina de nuestra Amazonía; mientras que el brujo fue castigado por su “ambicia”.

Fuente oral: Pobladores Pucallpinos y familia Ugarte Luzón, Laguna de Parinacochas.

Escolar: Lucero de la Aurora Chaska Herrera López; 10 años; Yarinacocha, Coronel Portillo, Ucayali.

Asesor: Yeny Sales de Cerdeira.



La eternidad del lago sagrado

Ese día el cielo se cayó varias veces, es decir, muchos mares se derrumbaron sobre el altiplano del sur peruano. No se sabe con certeza la fecha de estos sucesos, tampoco de las noches y los días que estuvo roto el cielo, lo que sí se sabe con toda seguridad es que una vez que el cielo se tranquilizó, las pocas gentes que sobrevivieron veían con temor la inmensidad de las aguas que cubrían el altiplano; en realidad, era poca la tierra que se podía divisar y sobre esa especie de islas las personas apenas vivían.

Tuvieron que pasar muchas lluvias y lunas hasta que el gran lago empezara a tomar forma de felino-pezu y la gente comenzara a tenerle respeto, especialmente porque entre esa gente vivía la awicha Antuca, una anciana que se pasaba los días anunciando los misterios y sitios ocultos que tenía el lago. Entre los misterios que mencionaba la awicha estaban, por ejemplo, los poderes curativos del lago.

Decía que si las personas querían permanecer jóvenes de una manera prolongada, tenían que ir a orillas del lago antes de que amaneciera y lavarse en el agua que se confundía con la rara brisa que a esa hora había. La awicha decía esas cosas y nadie podía dudar, por eso muchos iban antes del alba hasta las orillas del lago y se lavaban tal como ella había mencionado. Pasaba un buen tiempo y las personas se contemplaban en las azules aguas del lago y podían ver que en verdad se mantenían jóvenes a pesar aún de que ya contaban con más de sesenta años; no veían en su rostro ninguna arruga y ninguna mancha ni nada por el estilo.

Pero un día la awicha se puso muy triste después de haber estado leyendo por horas en su coca. Llamó a los hombres del lugar y les dijo que se venía algo realmente increíble, algo que no podía creérselo ella misma, pero que la coca no mentía. Cuando estuvieron los hombres y mujeres y niños alrededor de la anciana, ella empezó a decirles, casi entre lágrimas y con la coca entre sus manos, lo siguiente: “Este lago azul en toda su inmensidad, transparente como

los vientos de agosto, esta brisa que concluye las tristezas, este enorme espejo donde todos los días el sol se mira en su grandeza, este reflejo de paz que nos hace vivir día a día, escúchenme bien, todas esas cosas ya no serán más; nuestro lago va a desaparecer. Nuestro lago se va a secar, y con él los peces, las totoras y demás criaturas que habitan en él. La verdad es que nunca pensé que esto iba a suceder, pero acabo de verlo una y otra vez, ni yo misma lo puedo admitir pero, todo esto dejará de ser. Este lago solo será un recuerdo y en su lugar únicamente quedará un inmenso hoyo absolutamente seco sin ninguna señal de vida. Las aves tendrán que buscar en otros lugares el brillo de otras aguas, las wallatas, las gallaretas, los patos y los lek'echos no podrán estar más aquí porque ya no verán esta tranquilidad y el color que las hace verse hermosas y donde pueden calmar su sed sin ningún temor. Las plantas que ahora existen en el lago tampoco serán más”.

Alguien del grupo se apresuró a preguntar por el culpable de esas cosas y debido a qué motivos ocurriría aquella desgracia a lo que la awicha continuó su lectura en la coca, casi sin tomar en cuenta lo que el hombre preocupado había querido saber... “las tardes sobre una balsa de totora en busca de las truchas se habrán ido; todos buscarán entre la tierra y nadie podrá encontrar una sola gota de agua en muchos días, las manos de los hombres se gastarán en la tierra y no habrá señales de agua, ningún amanecer tendrá ese sabor de las lluvias, no se volverá a escuchar el canto de los pájaros porque los primeros en morir serán ellos, luego las plantas, nuestras ovejas, nuestras llamas y todos nuestros animales de cría que viven gracias al agua, todo se irá marchitando poco a poco. El cielo parecerá haberse enojado por aquellos días, ya que los riachuelos que alimentan actualmente al lago para que esté igual todo el tiempo, también se secarán; no se asusten, pero el agua de todos lados se irá, habrá una terrible ausencia de agua. Miren la coca, nos iremos a otros lugares y será lo mismo, tampoco habrá agua para beber siquiera un bocado, los cerros que ahora vemos de color verde, esos mismos se harán color tierra y nuestros rastros quedarán como un recuerdo sobre esa tierra, solo rastros que al atardecer el viento se llevará al lugar de los recuerdos, todo se irá convirtiendo poco a poco en tierra seca, nadie podrá ir al lago y lavarse al amanecer y encontrar la juventud de su piel, las totoras que ahora vemos verdes se habrán ido a la eternidad”.

“Mañana les diré quién será el culpable de estas cosas que se avecinan. Traten de estar tranquilos, quizá nosotros no veamos esas cosas, pero de cualquier manera cuidemos el lago que el cielo nos ha regalado, lleven a sus hijos a lavarse en el lago cuando amanece. Miren el brillo del lago al atardecer, es un paisaje bonito, mis ojos que están jóvenes porque los lavo también en esta agua, pueden ver la distancia enorme que es la medida de nuestro lago, los sitios ocultos que tiene el lago son los que iré a ver mañana, traeré algunas hierbas sagradas que crecen en cierta orilla del lago, son una plantas medicinales, también iré a una alejada orilla del lago donde cada fin de año aparecen unos raros animales muertos en la orilla, son extraños esos animales, no se parecen ni a peces ni a aves ni a nada, pero tiene un mágico poder: cuando uno los come adquiere un vigor imposible de describir. Esos sitios me los enseñó mi madre, ella sabía de ese tipo de asuntos desde que le había caído el rayo durante una tarde de tremendas lluvias y rayos que no quiero recordar. Ya les diré esas cosas y sobre todo les contestaré la pregunta que uno de ustedes me hizo, ahora váyanse”.

Poco a poco la gente empezó a desaparecer del lugar, la awicha fue la última en irse luego de haber levantado toda su coca que ahora, guardaba entre su *istalla* para irse a la cima de un cerro que ahora se llama Huajsapata, en cuya cima vivía en una choza que estaba casi a punto de caerse.

Pasaron otra vez muchas lluvias y lunas y la gente del altiplano le tenía un gran respeto al lago que se fue volviendo en un lugar sagrado, sus aguas especialmente tuvieron una fama que traspasó los límites de todo el lugar, las gentes de entonces le atribuían muchas curaciones y beneficios que hasta antes de que hable la awicha Antuca no se habían mencionado, pero en cambio ahora era distinto, el lago se había convertido en un lugar de respeto y veneración y así fueron pasando los días y sus noches en esta zona de fríos y vientos que siempre existieron como un matiz que adornaba y caracterizaba el altiplano.

Una tarde en que el cielo se nubló oscuramente y el viento se había escondido en algún lugar, la gente ya sabía que se avecinaba una terrible lluvia, todos en el lugar que ahora se llama Puno, empezaron a correr desde donde estaban y se escondían como podían, algunos dijeron

que esta lluvia sería muy fuerte y que había que protegerse de la mejor manera ya que uno nunca sabía cuánto tiempo iba a durar la caída de aguas celestes. Pero una vez que todos se escondieron y esperaban pacientemente la caída de la lluvia, ésta no empezaba, no comenzaba lo que todos creían algo ya anunciado igual que cientos de veces. Entonces, un raro viento apareció y las nubes empezaron a alejarse y el cielo se volvió azul y aquella tarde se fue la lluvia del lugar y nadie se explicó qué estaba pasando, fue entonces que la awicha apareció nuevamente debido a que muchos fueron a buscarla hasta su choza y allí la encontraron, estaba muy seria y con la mirada puesta en la inmensidad del lago, las aguas se movían en un lento vaivén.

El mismo hombre que hizo la pregunta que no había contestado la awicha en una reunión anterior –al parecer era el más curioso de todos– volvió a preguntar: ¿Dinos Antuca, qué es lo que está pasando ahora? Entonces la awicha sacó su *istalla* y la extendió nuevamente para enseguida poner la coca y empezar a decir: “Estos son los primeros anuncios de las cosas que se vienen, el lago se está volviendo cada vez más pequeño, como ustedes se habrán podido dar cuenta, las plantas no crecen igual que antes y la pesca no tiene los mismos peces que hace un buen tiempo atrás tenían, la abundancia y el tamaño han desaparecido por completo, y esto seguirá así hasta que ya no haya nada, ni siquiera la misma agua, como les había dicho la anterior vez, fíjense ustedes, de todos estos sucesos sólo hay un culpable: ¿quién es? Dijo otra vez, apresurado, el hombre de las preguntas. Bueno, eso es lo más trágico, el culpable no sólo eres tú, somos todos, toditos los que estamos aquí, nuestros hijos serán más culpables todavía. Fue entonces que todos se miraron entre sí y, con preocupación, empezaron a preguntarse y a murmurar una gran cantidad de cosas, como por ejemplo “la Antuca debe estar loca”, “la Antuca ya se está equivocando”, “la Antuca ya no puede leer bien la coca”, “nosotros qué podríamos hacerle a este inmenso lago”; o, finalmente, “son cuentos las cosas que dice la Antuca”, y luego de un largo bullicio el hombre de las preguntas se volvió hacia la awicha y dijo: ¿estás segura de lo que dices Antuca? La anciana movió las hojas de coca y concluyó, diciendo: las cosas que digo ya están dichas, pero si no me creen, solo esperen un poco más, de aquí a unos cuantos

años más desde donde estén, vivos o muertos, podrán comprobar que lo que me dice la coca es una gran verdad, ahora dejen de sorprenderse tanto y miren cómo en estos días finales las aguas de este lago todavía siguen despidiéndose con repetidos brillos y olas que palpitan como el corazón de las kantutas más hermosas. Miren cómo sobre este lago aún vuelan las aves, observen a las torcazas anidando entre los kapulíes y sankayos, distingan cómo entre el ichu se enreda el aroma de la muña, dense cuenta cómo es posible navegar sobre estas aguas cristalinas, vean ustedes mismos que todavía se pueden pescar karachis, ispis, suches, truchas y mauris, reconozcan esas cosas hermosas aún...

Y mientras todos miraban con enorme interés las aguas del lago sagrado, la anciana empezó a alejarse del lugar sin que nadie la viera. Ninguno se dio cuenta que al llegar a las orillas del lago, Antuca empezó a entrar a las aguas sin ningún temor, siguiendo las huellas de un felino, y enseguida se perdió en sus profundidades como si tuviera un convenio con el coloso lago sagrado.

Dicen que en estos tiempos, cuando canta el puku puku, se la puede ver que aparece sobre una isla del lago, sentada y picchando su coca; también dicen los balseiros del Titicaca que a orillas del lago y sólo en los atardeceres de febrero, es increíble verla en las playas de Chatuma o Charcas leyendo su coca en pleno viento. Esta anciana también baila huaynos o sikuris alrededor de un k'olli con un maqta hermoso, a veces por Moho, a veces por K'asani, otras por Yunguyo, Chucuito, Capachica, Ilave, Pomata y a menudo por uno de los más misteriosos lugares llamado Juli (esa es otra leyenda que un día les contaré) y a veces por la misma ciudad de San Carlos.

Juran que ese maqta es el lago que se despide fingiendo estar alegre; pero un día, en muchos años más, volverá en forma de lluvia torrencial y será nuevamente la misma inmensidad que regalará vida a todos los hombres.

GLOSARIO

- 1.- *Awicha*: Vocablo que alude a una mujer anciana.
- 2.- *Wallatas*: Aves típicas del lago Titicaca. Tienen un parecido a los patos silvestres, sus huevos son altamente nutritivos, por eso son buscados para ser comercializados en los principales mercados de la zona.
- 3.- *Lek'echos*: Aves de color negro y blanco, viven a orillas del lago y suelen cantar sólo cuando vuelan.
- 4.- *Istalla*: Es una pequeña manta tejida de lana, sirve especialmente para guardar coca y para ciertos rituales.
- 5.- *Huajsapata*: Nombre del cerro más tradicional de Puno, tiene muchas historias por su ubicación y por su altura.
- 6.- *Kantutas*: Flores originarias de la zona andina, de color y aroma muy singulares.
- 7.- *K'arachis*: Peces con abundantes escamas, habitan en el lago Titicaca, son cotizados para la preparación de uno de los platos más típicos del altiplano.
- 8.- *Ispis*: Pecesillos minúsculos que también forman parte de la fauna del Titicaca.
- 9.- *Suches*: Barbados peces de tamaño considerable, actualmente se encuentran casi en extinción.
- 10.- *Tотора*: Familia de las tífáceas, plantas que normalmente crecen en zonas de abundante agua.
- 11.- *Mauris*: Son peces de menor tamaño que el suche, habitan en aguas dulces y forman parte de la variada fauna del Titicaca.
- 12.- *Picchando*: Acción de masticar la sagrada hoja de coca.
- 13.- *K'olli*: Árbol andino de color pálido y altura mediana.
- 14.- *Huayños*: Música netamente andina, refleja las vivencias y sentimientos del hombre.
- 15.- *Sikuris*: Grupos de música que tienen como elemento principal al siku, instrumento de música andina parecido a la zampoña.
- 16.- *Paucarcolla*: Pueblo de paso ubicado entre Juliaca y Puno, se caracteriza porque sus habitantes tienen una vida constante en las aguas del Titicaca, además son los primeros en ampliar sus territorios debido a la sequía que atraviesa estos días el lago sagrado.
- 17.- *Maqta*: Término quechua que significa mozo o jovenzuelo de carácter más o menos parecido, agraciado.
- 18.- *Puku puku*: Ave que vive solitaria entre los ichus andinos. Su canto suena como su nombre.
- 19.- *Kapulíes*: Árbol andino que tiene frutos parecidos a los de la guinda.
- 20.- *Sankayo*: Planta perteneciente a la familia de las cactáceas, posee flores aromáticas y multicolores.
- 21.- *Ichu*: Es una planta gramínea que abunda en las zonas del Ande peruano.
- 22.- *Muña*: Planta aromática. Tiene la característica de lograr efectos curativos en el sistema digestivo.

Fuente oral: Antonia Sejje Tito; Paucarcolla, Puno.

Escolar: Carlos Raúl Mamani Ticahuanca, 17 años; Juliaca, Puno.

Asesor: Darwin Eduardo Bedoya Bautista.



La familia del agua en el altiplano puneño

Esta leyenda es una recopilación de hechos encontrados en las comunidades campesinas del sur andino. Ahora nos ocupamos del agua como elemento principal y fuente de vida. A su vez sobre el agua se tejen legendarias y hermosas historias y nosotros presentamos una de ellas.

Se dice que desde tiempos inmemoriales la naturaleza Pachamama vive en relación con el hombre, ha sido y es la diosa reconocida por su poder sobre todas las cosas. La Pachamama está conformada por diferentes familias, en este mundo todos los seres son animados, tienen vida; la familia de cerros, de plantas, de las aves, de las personas, y una de ellas es la familia del agua.

Cuentan que el Tayta granizo, es el papá del agua, y la Mama como la madre. Esta familia tiene un poder divino sobre todas las cosas. El granizo (como podemos decir la granizada) y la lluvia originan al agua “unu”, el agua en nuestro medio significa la fecundidad de todas los seres vivos, sin agua nadie podría vivir, y con el agua crecen las plantas que brotan de la Pachamama. La familia del agua habita en los tres espacios de nuestro mundo andino (*).

El granizo vive en el Hanaq Pacha, en las nubes perpetuas; la lluvia vive en el Kay Pacha, en los ríos y lagunas; y el agua vive en el Ukhu Pacha, en el mundo adentro de donde emerge de los manantiales tiernos y cristalinos. El agua sale para formar acequias, ríos, lagunas y lagos, sale de los ojos de la Pachamama, pero si alguna vez las personas incomodan su tranquilidad o quieren sacar más agua, estos manantiales desaparecen, es que también el agua se puede enojar. No olvidemos también que el Tayta granizo ha puesto a su hijo el agua en los lugares más inhóspitos para que sea fuente de vida de toda la humanidad.

El Tayta granizo es una persona que viene cuando hay problemas en las comunidades, castigando especialmente los abortos de mujeres, las peleas de las personas, las deudas y los

engaños, entonces en las comunidades donde ha caído la granizada se sabe que hay problemas, por eso las personas por miedo a él, tratan de evitar los actos negativos y no pecar más.

El Tayta granizo es una persona con la que se puede conversar y decir que no venga; a su vez, es una persona que tiene su camino, no camina por cualquier sitio, la gente evita su llegada, soplando con alcohol o golpeando con ropa negra (mayormente con pollera negra). El granizo es el que da sus mandatos sobre la tierra, los hombres y los animales.

El agua, hija del granizo y la lluvia, es una persona que viene en su debido tiempo para regar las sementeras y los pastizales, pero a veces hay sequía porque el agua no viene; entonces los comuneros de la zona suben a la laguna madre (Mama qucha) del apu Quwallaki, para pedir que venga el agua. En la laguna madre el Yachaq o Paqu, conocedor de misterios, pide con sus plegarias para que venga el agua, interpreta el futuro augurio, ve las olas de la laguna y escoge al agua.

También hay otro tipo de olas que representan a sus demás familiares, el Chikchi (granizada menuda) la tempestad y la helada. Y si el Yachaq se equivoca en escoger la ola, como castigo puede caer uno de ellos y puede malograr los cultivos y toda la vegetación. Una vez que se trae el agua en medio de danzas y una creencia legendaria, se deposita en una chuwa (vasija de barro) y se deja a la intemperie; al ver esto viene su madre la lluvia para recuperar a su hijo el agua. Entonces el agua empieza a caer y se termina la sequía. Dicen que en otros pueblos hermanos la gente saca a las ranas para que lloren y por ellas venga el agua.

Tal vez un día se vaya el agua, por los malos tratos que le damos; no la cuidamos, contaminamos los ríos y lagunas, y tal vez será difícil que el agua pura y cristalina vuelva a irradiar nuestras vidas.

(*) *Mundo Andino*: Clasificación que se tiene el mundo, "Pachamama", desde la cosmovisión andina: Hanaq Pacha = el mundo de arriba, donde habitan los seres divinos. Kay Pacha = el mundo donde habitamos los seres vivientes, hombres, plantas y animales. El Ukhu Pacha, el mundo de abajo de donde brota la vida, emerge la semilla, el bienestar y la abundancia.



Fuente oral: Equicio Paxi Coaquira, Timoteo Fernández Aquise; Localidad de Mañazo, Comunidades del Altiplano.

Escolar: Rony Ulises Paxi Marín, 15 años, Puno.

Asesor: Zacarías Óscar Ibáñez Banda.

La generosa motela

En la segunda quincena de agosto de 2000, el verano ardía en toda la región, tal como viene sucediendo desde hace algunos años. Y se mostraba, cada vez más ardiente y fiero. Los días transcurrían tórridos y sofocantes, secando la vida. Las noches, además de su calentura y de su espesa y misteriosa negrura, eran oscurecidas, aún más, por nubarrones de fastidiosos y sanguinarios zancudos.

El Atuncaño, antes torrentoso y bravío, padecía de sequedad y se había convertido en un innavegable e imbebible cañito. La cocha brava de Izana, despensa acuífera y de peces que alimentaba a la gente de El Boyador, sufría progresivo calentamiento, los peces empezaban a morir, olían mal; en los árboles y ramajes de la orilla de la cocha se peleaban los gallinazos disputándose los putrefactos peces; otras aves migraban en un adiós, al parecer, sin retorno, del quemante verano. La superficie gris y brillante de las playas crecía y crecía, cual boa mama, alejando al caserío del soberano Amazonas.

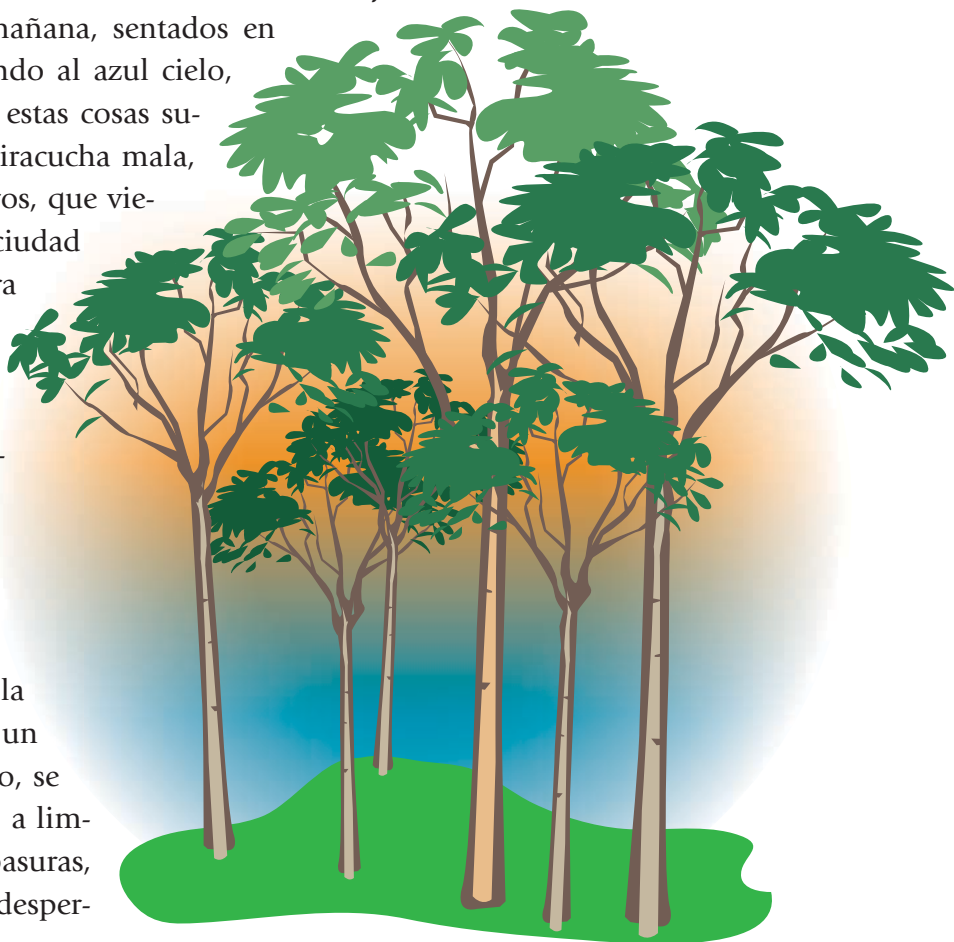
En las madrugadas las panguanas emitían suplicantes y tristes ayes. Las coloridas pinshas, desde las copas de corpulentos árboles de lupunas y capinurís, con el picazo encorvado y abierto hacia los cielos, imploraban agua. Las chicharras, muy puntuales, a las seis del amanecer y de la tarde, chirreaban desesperadas. Los sembríos de las chacras amarilleaban por falta de agua y ponían en peligro las esperadas cosechas.

Las Fiestas Patrias, que en el caserío se celebraban con bonitas programaciones, no tuvieron la alegría de años anteriores, porque no había agua buena para hacer ni el sabroso masato ni la espumante chicha. La escuela, conforme pasaban los días, tenía menos alumnos porque iban a los bosques a buscar el agua de las sogas buenas. La profesora Selvita no podía desarrollar sus clases por el calor y la inasistencia de alumnos.

La gente lo pasaba asustada y muy preocupada, secreteando entre vecinos que el fin del mundo estaba por llegar. Maldecían la sequía. La sed de agua para los vivientes de El Boyador ya era insufrible y día a día se fue convirtiendo en sed de vida. Sentían estarse quemando vivos en el infierno, como cierta vez había sucedido. Los trucos que sabían y hacían para provocar lluvia no les daba ningún resultado.

Abuelito Ventura y su viejita Mishi, los más ancianos y curiosos del pueblo, mañana a mañana, sentados en las barandas de su casa y mirando al azul cielo, hacían terribles augurios. Todas estas cosas suceden –decían– por esa gente wiracucha mala, ambiciosa, platasapas y pishiñeros, que vienen de otra parte a llevarse a la ciudad miles y miles de trozos de madera (colorada y blanca) y botes cargados de millones de pececitos de adorno y pescado bueno, depredando y saqueando nuestros bosques y cochas, acabando nuestras hermosas maderas y ricos peces; en fin, destruyendo la naturaleza.

Ante tanta desesperación de la gente, don Venturita, quien era un viejito bien querido en el pueblo, se levantó de madrugada y se puso a limpiar una poza llena de barro, basuras, shungos, ramas y toda clase de desper-



dicios, que tenía en su huerta, en busca de una misteriosa motela que su abuelo le había traído del Buncuya cuando era cauchero, a fines del siglo XIX. Nunca le quisieron comer porque decían que tenía madre, que era embrujada y –según le contó su padre– tenía poderes mágicos. Por buena suerte encontró a la legendaria motela.

Cuando era muchacho y vivía en el Yavarí, frontera con el Brasil, don Venturita aprendió muchas curiosidades de los brashicos: oraciones, cánticos y ritos que no se le entendía, porque los realizaba en portugués. Con eso conseguía muchas cosas. Por ejemplo, a su Mishi, cuando era bien muchachita, la hizo su mujer con un solo rezo.

Apenas vio a la motela dijo –para sí– que ella iba a ser la salvación de la gente. Porque así había sucedido en 1945, después de esa maldita Segunda Guerra Mundial, cuando se presentó un verano infernal, en que algunos vivientes, principalmente niños, murieron. Su padre, un curandero afamado, conocedor de muchos secretos para defenderse en la vida, poniendo en práctica lo que aprendió también de su padre se ponía a bañar a su motela, durante siete mañanas seguidas, a las seis en punto, guiado por el chirrear de la puntual chicharra, que era su mejor reloj. Como para no creer: ese día comenzaban a caer fuertes lluvias que, luego de unas horas, los ríos y cochas crecían y crecían, desbordándose de agua, acabando con el verano y la sequía.

Desde esa vez a su padre lo llamaban el milagroso. Es que el motelo tiene ese secreto, porque vive en la tierra y el agua, tiene larga vida, es muy resistente –como ninguno otro– y no muere fácilmente; además, tiene mágicos poderes.

Recordando lo que hizo su padre, empezó su trabajo. Pero su motela tenía características especiales. Era viejísima. Nadie sabía cuándo había nacido. De tan vieja ni muelas tenía, sus verrugosas patas estaban sin uñas, su caparazón oscuro-verdoso tenía incompleto en los bordes de sus patas delanteras y traseras y se pelaba cada cierto tiempo. Pero el secreto principal estaba en que era hembra (porque, al igual que la mujer, son buenas, compasivas y generosas), su caparazón tenía 14 cocos (el número de la suerte); él nos decía, que si tienen otro número

de cocos en su durísimo casco los rezos y baños no surtirían ningún efecto. Por eso tenía que bañarla durante siete días seguidos.

Así lo hizo: al cuarto día de consecutivos ritos y baños con agua preparada, empezó a bajar la temperatura, a correr fuerte viento en el pueblo y en el bosque y a apaciguarse el calor. La gente se pasaba la voz de que el clima está cambiando porque el curioso de don Venturita le estaba bañando a su motela, rezando sabe Dios qué cosas.

Cuando se cumplieron los siete días, increíblemente, empezó a llover, a caer el agua torrencialmente, esa agua fresca y vital que toda la gente necesitaba.

Con este milagro que su motela hizo don Venturita aumentó su fama y admiración. Los vivientes más antiguos comentaban, también, que eso ya había ocurrido otras veces, en otros lugares de la Selva. Y que la mayoría de pueblos indígenas, desde hace siglos, hacen llover bañando a sus motelos, cuando el verano y la sequía ponen en peligro la vida de la gente y de los demás seres vivos, como son los animales y las plantas. Por eso los madereros y montaraces cuando se internan en los bosques buscan empeñosamente a estos milagrosos y escasos animales, que hacen caer la lluvia cuando se les baña.

Desde entonces, los niños querían mucho a la motela. Le llevaban uvos para darle de comer, porque les decían que es su alimento preferido. Se convirtió en el animal más importante del lugar y le conocían como la generosa motela. Hasta que un día desapareció y no se dejó ver más. Don Venturita dijo que se enterró, nuevamente, en la poza, a esperar una nueva oportunidad para ofrecer a los hombres su generosa ayuda.



Fuente oral: Familia Silvano Flores y Martina Romero Silvano; caserío de Santa Rosa del Atuncaño, río Napo, Maynas, Loreto.

Escolar: Berly Anaís Tapullima Pinedo; 12 años; San Juan Bautista, Maynas, Loreto.

Asesor: Jessica del Rocío Pinedo Pinedo.

La herencia del Tayta Sonaje

Dicen que en la cadena de montañas que rodea la provincia de Huanta surgió un poderoso Dios llamado “Tayta Sonaje” (El Señor Sonaje). A lo largo de los años se ha perdido el significado de la palabra “sonaje”, pero los pobladores la aproximan a un sonido y brillo profundo del cielo a la tierra y viceversa.

El Tayta Sonaje, después de mil años de matrimonio muy feliz en el cielo, se separó de la diosa Chaupy Urqo (falda de cerro). El pleito que tuvo la pareja fue por cuestiones de supremacía de poder: duró muchos meses y la tierra estuvo completamente oscura, cuando las aves y animales gritaban insoportablemente por tanta oscuridad, el dios Inti (dios Sol) salió resplandeciente pero habían desaparecido del cielo sin dejar rastros Tayta Sonaje y sus cuatro hijos.

La diosa Chaupy Urqo miraba desesperada las montañas, los valles y los ríos que son muy inmensos e infinitos en el cielo; después de tantas penurias y sufrimiento, una voz le contó que un anciano Dios que vive en las últimas estrellas sabía el paradero de su familia. La Diosa realizó sola el viaje y encontró al anciano Dios y le preguntó:

- Gran Tayta mayor, ¿dónde está mi familia?
- ¿Vienes por tus hijos, o por tu esposo?
- Por mis hijos nada más gran Tayta.
- ¿Y tu marido?
- Él ya no me interesa, pero muero por mis hijos.
- ¿Estás segura de lo que estás diciendo?
- Enteramente segura, gran Tayta.

Mitos y leyendas del agua en el Perú

— Bueno, bueno, diosa Chaupy Urqo, yo te diré dónde están tus hijos, pero con una condición:

— La que sea gran señor, la que sea.

— Cuando encuentres a tus hijos regresarás y tendrás que casarte conmigo...

Muy pensativa y desconcertada, dijo: — ¡Está bien Tayta mayor, está bien!

— Pero dígame de una vez, ¿dónde tengo que viajar?

— Están en un lugar pequeñito llamado Pachamama ¿La tierra? Bueno, creo que así le llaman. No olvides cumplir tu compromiso, te daré como tiempo máximo dos salidas de luna Llena para que regreses y te cases conmigo, sino recibirás un gran castigo.

La Diosa desesperada abandonó el lugar, que era como una ciudad de infinitas estrellas. Bajó como un haz de luz a la tierra, y buscó rincón a rincón, preguntó a las aves, animales cuadrúpedos, piedras, ríos y nadie le dio razón.

En una cueva muy profunda, Tayta Sonaje les decía a sus cuatro hijos:

— Hijos míos, éste es nuestro nuevo hogar y lo tendrán que cuidar: tú, Razuhuillaca, como mi hijo mayor, gobernarás las alturas de las montañas; Umakunga, como segundo hijo, tu dominio será las partes bajas, todas las llanuras y las partes planas; Ahora, Huayllay y Rumiruyuq, por ser mellizos, se quedarán en las profundidades muy cerca al fuego que está en el centro de la tierra. Hijos míos, ya no es hora de pelear, mi reparto es justo y ustedes tendrán que velar por todos esos seres menores que dependerán de ustedes.

Al unísono, los cuatro hermanos preguntaron. ¿Padre y ahora qué harás?:

— Me acompañaré con Razuhuillca hasta cierto tramo del pico más elevado, ahí le pediré al Dios Mayor que me guíe...

Tayta Sonaje con Razuhuillca avanzaron por horas cuesta arriba por un camino muy accidentado. Faltando muy poco para llegar a la parte más alta, Razuhuillca le dijo a su padre:

— Padre, arriba está mamá.

Tayta Sonaje levantó la cabeza miró intensamente los ojos de su esposa, y empezó a correr hasta llegar a su lado; ambos sonrieron, se abrazaron y empezaron a llorar, en lo alto del cielo se abrió una nube gigante por donde observaba el dios Anciano Mayor, quién, enfurecido por lo que miraba, envió su maldición con un aliento poderoso como un huracán que transformó a Tayta Sonaje y a la diosa Chaupy Urqo en nevados perpetuos, y como Razuhuillca se encontraba cerca le llegó la maldición y se transformó en una inmensa laguna que es alimentada gota a gota, chorro a chorro por la nieves perpetuas que son su padres.

De los demás hermanos no se sabe casi nada, se ha perdido el rastro de ellos, pero el agua que consume la población de Huanta y los valles que son regados en su totalidad dependen de los nevados y lagunas de Razuhuillca y gracias a esta agua, que garantiza el verdor de la provincia, se le conoce como “La bella esmeralda de los Andes”.

Fuente oral: Neldy Carrasco de la Vega; Provincia de Acobamba, Huancavelica.

Escolar: Trilce Bravo Guzmán, 12 años; Huanta, Ayacucho.

Asesor: Raúl Bravo Rodríguez.



La laguna de Choclococha

Cuentan los lugareños que hace muchos años, un hombre adinerado que vivía con su familia a las afueras del pueblo, festejó su cumpleaños a lo grande para todos los invitados. La comida era abundante y el licor también.

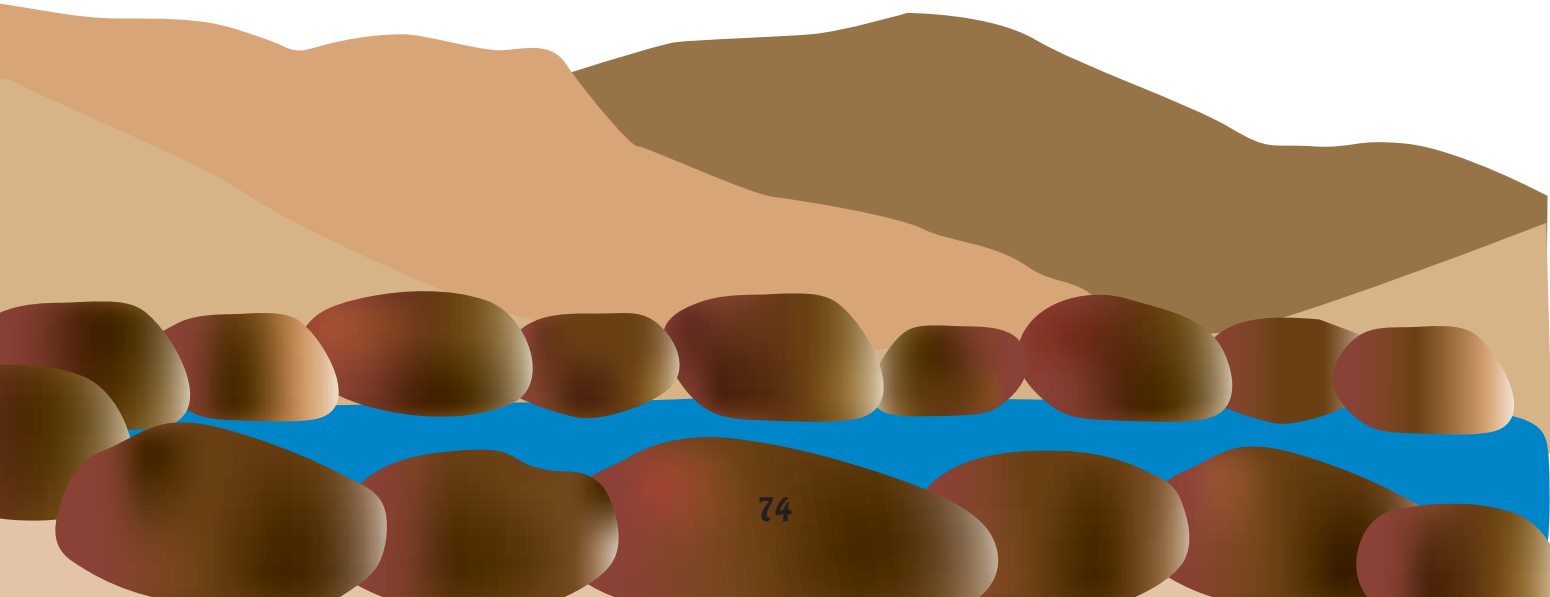
Al día siguiente se sintió el golpe de la puerta: toc, toc, toc. Al abrirla, el hombre adinerado se dio con la sorpresa de un viejo sucio, pobre y mal oliente. Entonces, con la voz alterada, le dijo:

— ¡Qué quieres, viejo sucio! ¡Lárgate, vete de aquí!

El viejito dijo: –deme comida por favor, no he comido en días y sé que ayer hubo un gran festín, algo de sobra tendrá.

— Sí, algo de sobra hay, pero es para mis animales, dijo el hombre adinerado y seguidamente dio media vuelta y cerró la puerta, dejando al viejito entristecido.

Después de caminar por largas horas bajo el fuerte sol ardiente y buscando alimento para poder satisfacer el fuerte ruido de sus intestinos, se encontró con una familia que partía del



pueblo rumbo a las chacras (tierras de cultivo). Al verlos le volvió la esperanza de conseguir alimento alguno, y desesperadamente gritó:

— ¡Espérenme, por favor! E inmediatamente aceleró el paso y todo agitado les pidió comida.

La familia se encontraba alejada de su vivienda, pero ante la súplica del viejito y su noble corazón, decidieron retornar a su hogar.

Allí le ofrecieron grandes potajes y algo de beber, pero sorprendentemente el viejito se negó a probar alimento alguno y solamente se limitó a pedir una flor de su verdoso jardín.

Según la leyenda, ese viejito era el espíritu del agua que vino a probar la AMABILIDAD y GENTILEZA de la gente del pueblo.

El viejito advirtió a la familia que muy pronto se escucharía un ruido intenso y sorprendente y cuando ese momento llegue, no deberán voltear a mirar qué pasa, sólo seguirán su camino.

Según los ancianos que cuentan esta leyenda así fueron que ocurrieron los hechos. Un cierto día se escuchó el fuerte ruido y la familia que amablemente trató al viejito lo escuchó, pero ya advertidos no voltearon y continuaron su camino hacia la chacra, quedando ellos a salvo. Sin embargo, el hombre adinerado y su familia, curiosamente salieron de su hacienda y presenciaron tal suceso.

El pueblo se convirtió en una gran laguna, y ellos quedaron momificados en piedras. Es por eso que en la actualidad, alrededor de esta laguna se encuentran grandes piedras que, como se dice, es la familia del hombre adinerado y hoy en día nuestro departamento de Ica se beneficia con sus aguas en tiempo de sequía.

Fuente oral: Eugenia Gutiérrez Yupanqui, Ica.
Escolar: Alberto Anchante Quispe; 14 años; Tinguiña Alta, Ica.
Asesor: Juana Romero Velarde.



La laguna de Suchiche y la catarata del Ahuashiyacu

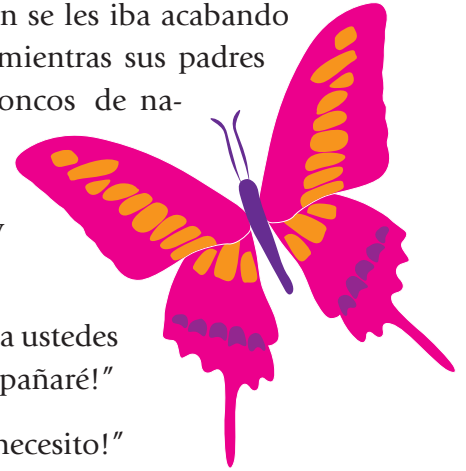
Hace muchos años vivía una familia de esposos y sus dos hijos de humilde condición económica, en un pueblo del valle Lamista. En esa época llegó una terrible sequía que hizo que los sembríos y los ríos se secaran.

Cansado de pasar hambre y sed, Alfredo le dijo a su esposa Rosa que dejaran aquel lugar y fueran en busca de otro mejor. Así lo hicieron. En compañía de sus dos hijos emprendieron el viaje sin rumbo, llevaban muchos días caminado sin encontrar un lugar adecuado. Róger, el hijo mayor, se dio cuenta de que el poco alimento que poseían se les iba acabando y entonces junto con Antonia salieron en busca de alimentos, mientras sus padres intentaban hacer una choza. No muy lejos de allí encontraron troncos de naranja con muchos frutos, lo cual les sirvió para saciar su hambre, pero también recogieron unos cuantos para sus padres, ya en la choza se dieron con la sorpresa de que su papá estaba enfermo, y les dijo:

— “¡Hijos míos, he dado mi vida por ustedes y ahora les toca a ustedes velar por su madre, yo desde donde esté siempre los acompañaré!”

Róger, desesperado, se puso a gritar: “¡Papá no hagas eso, te necesito!”

Después de este hecho, decidieron nuevamente ponerse en marcha, pero ya a su madre le faltaba fuerzas para seguir y decidió quedarse allí. Róger y Antonia emprendieron solos la travesía de buscar un lugar adecuado, caminaron muchos días sin descansar y sin comida, cuando de pronto llegaron a una selva oscura y misteriosa. Había una terrible confusión



porque se presentaron dos caminos y no sabían a cuál seguir. Entonces Antonia le dijo a su hermano:

— Hermanito, llegó la hora de separarnos, buena suerte para quien encuentre ese lugar que buscamos.

Así emprendieron cada cual un nuevo destino.

Antonia era muy curiosa, pero aún así tenía mucho miedo de estar sola. Al caer la noche tuvo muchísimo miedo, extrañaba a su hermano y se puso a llorar tanto que Dios se compadeció y decidió convertirla en una bella mariposa. Al día siguiente, cuando despertó se dio cuenta de lo que había sucedido y emprendió vuelo sin fin, voló y voló hasta que llegó a un lugar que parecía el paraíso por sus flores bellas, pero al posarse en el suelo quedó convertida en una hermosísima laguna conocida como Suchiche.

Por su parte, Róger era valiente pero extrañaba a su hermana. Pese a todo ello le daba más fuerza para seguir; subía grandes montañas, pero en cierta ocasión después de tanto caminar, vio a lo lejos una montaña hermosísima y pensó en la cara que hubiese puesto su hermana al ver aquel paraíso y se puso a llorar mucho. Dios también se compadeció de él y le convirtió en torito hermoso. Con su nueva apariencia enrumbó hacia la cima de aquella montaña. Cuando logró su objetivo, quedó admirado ante la asombrosa belleza del valle. El recuerdo de su hermana le retumbaba en el corazón y así con el transcurrir del tiempo las lágrimas de aquel torito formaron una majestuosa laguna en lo alto de aquella montaña, y de allí brotó una hermosa catarata conocida hoy como la catarata de Ahuashiyacu.

Fuente oral: Froilán Tenazoa Rengifo; distrito Banda de Shilcayo, San Martín.
Escolar: Paula Guerra Díaz; 14 años; distrito Banda de Shilcayo, San Martín.
Asesor: Helen Diaz Navarro.



La laguna Shururo

La laguna Shururo, ubicada en la parte baja del cerro Poyuntecucho, en la margen derecha del Hatumayo (río grande), hoy río Celendín, era hija del dios estelar Chishipachi en la princesa Mama Yako.

En su centro había una amplia y llana piedra, formando una especie de isla, donde salía para solearse una hermosa vaca amarilla que, con los rayos del sol, brillaba como el oro. El rey de la comarca creía que este rumiante era de oro, y pretendía apoderarse de él.

Frente a esta laguna, separada por el Hatumayo, vivía un bravo y temible puma (león americano) que también se había antojado de esta tentadora vaca amarilla, pero no para hacerse millonario, sino para aprovechar de su rica y nutritiva leche.

El rey de esta comarca, para hacerse millonario, contrató un famoso brujo para raptar a la vaca de oro. Este hechicero, compadre y ayudante del Shape (demonio), solicitó los servicios de su compadre.

Este maligno espíritu se transformó en un gigante cóndor y esperó a que saliera la codiciada vaca amarilla para tomar baños de sol.

Tan pronto la vaca amarilla como el oro salió a su piedra, el terrible cóndor cayó desde lo alto del espacio, de picada, sobre la incauta e inocente vaquita. La agarró con sus fuertes garras y sus resistentes patas, y la suspendió por el aire.

Advirtiendo este repentino hecho, el dios estelar Chishipachi, padre de la laguna Shururo, transformándose en ángel guerrero, se enfrentó con el cóndor raptor, trabándose una terrible lucha aérea.

La naturaleza se espantó. Las aguas de la laguna se levantaron como una columna de una llamarada. Rugieron los truenos, se desencadenó una estruendosa y temeraria tempestad, los rayos se encrespaban como serpientes para alumbrar al ángel guerrero y rescatar a la vaquita amarilla y derrotar al maldito Shape (demonio).

Vencido el cóndor raptor por obra benigna del dios estelar Chishipachi, fue rescatada la vaquita amarilla, joya viviente de la laguna Shururo.

El puma que miraba atónito desde su cueva el rapto y la pelea del cóndor y el ángel guerrero, temblaba de espanto a pesar de su fiereza y valentía natural. De pronto vio, con alegría que el ángel guerrero vencía al cóndor raptor, que cayó derrotado, huyendo por lejanía, quizá avergonzado y maltrecho.

El puma atravesando el río Hatumayo fue a visitar y felicitar a la laguna por haber rescatado su vaquita amarilla; y, a la vez, invitarla a que traslade sus bienes y su morada a la estancia felina, donde le daría albergue, atenciones mil y seguridad para vivir sin peligros de lo que ha pasado; él (puma) será su celoso y fiel custodio.

La laguna Shururo aceptó gustosa la invitación de su vecino; y trasladó su estancia, con ayuda de su padre estelar Chishipachi.

La vaca amarilla y el puma gris claro salían a solearse en su isla pétreo. Los transeúntes los miraban con asombro, y pensaban que la laguna Shururo tenía dos joyas preciosas: la vaca de oro y el puma de plata. Y éstas son la madre y el padre de la laguna.

La laguna Shururo ha existido hasta mediados del siglo XX. Los celendinos iban de paseo por este pintoresco ambiente, hasta se bañaban en sus aguas frías y cristalinas.



La leyenda de “La Huacachina”

En Tacaraca, centro indígena de alguna importancia, durante el período precolombino vivía una ñusta de verdes-pardosas pupilas, cabellera negra como el negro azabache que forma piedra escogida de la tierra, o quizás como el negro profundo del chivillo, el pájaro quebradizo de las notas agudas, el tordo de nuestros alfalfares de las cejas de las sierras, doncella roja de curvas y sensuales contornos gallardos, como las vasijas del sol en el Coricancha de los incas.

Allí cerca también de las alturas de Pariña Chica, el pago de las huacas, de los enormes tinajones y las gigantescas lampas de huarango esculpido, vivía Ajall Kriña, un apuesto mozo de mirada dura y fiera en el combate, como la porra que se yergue en la mano del guerrero o como la bruñida flecha de tendido arco; pero de mirada dulce y suave en la paz, en el hogar, en el pueblo, como rizada nota de música antigua; como gorjeo de quena hogareña, percibida a lo lejos por el fatigado guerrero que tras dilatada ausencia regresa.

Ajall Kriña, enamoróse perdidamente de las formas blandas, pulidas de la virgen del pueblo y un día en la confusa claridad de una mañana, cuando la ñusta llevaba en la oquedad de esculpida arcilla, el agua pura, su alma apagada y muda hasta entonces, abrió la jaula y dejó cantar a la alondra del corazón:

*Mi corazón en tu pecho
cómo permitieras;
aunque penda de un abismo,
muy hondo, muy hondo o estrecho
de modo que tú me quieras
como tu corazón mismo.*

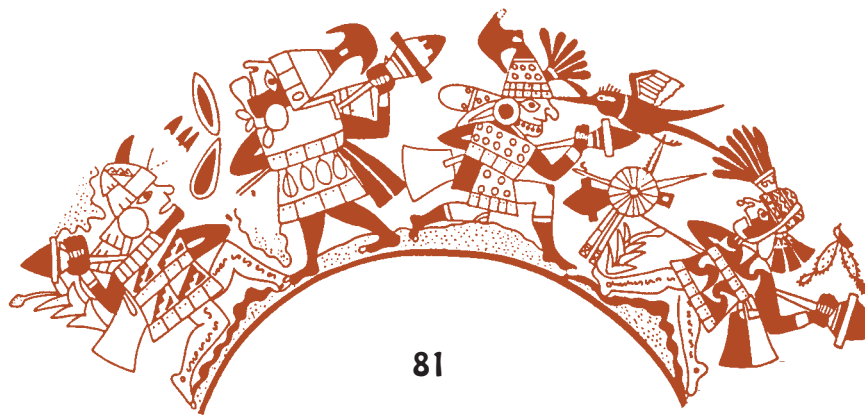
La de las eternas lágrimas, la princesa Huacachina, llamada así porque desde que los ojos de su alma se abrieron a la vida, no hicieron sino llorar, no tardó en corresponder el cariño hondo, fervoroso e intenso del feliz varón de los cambiantes ojos de fiereza o de dulzura, de acero o de miel.

Todas las mañanas y todas las tardes, en los cárdenos ocasos o con las rosadas auroras, Huacachina, cuyas lágrimas parecían haberse secado para siempre, entregaba a Ajall Kriña las preferencias de su corazón, las joyas de su ternura, los incendios de su alma pura y sencilla.

Pero la felicidad que siempre se sueña eterna a los ojos egoístas de que goza, voló como el céfiro fugitivo que se escurre entre las hojas de los árboles o entre las hebras del ramaje.

Orden del Cusco, disponía que todos los mozos se aprestaran a salir inmediatamente para combatir la sublevación de un lejano pueblo belicoso. Ajall Kriña, con el alma despedazada, despidióse de su ñusta hechicera. Ella juróle amor, fidelidad, cariño; y él, alegre, feliz porque comprendía con la fe y la fiebre del que quiere, que ella no lo engañaría y entregaría su corazón como aquella otra ñusta odiosa de la leyenda iqueña que enajenó su ser por el oro de la joya, la turquesa del adorno y los kilos de la blanca lana como vellón de angora. Marchó con otros de su pueblo en pos de nuevos soles a develar la rebelión, a sofocar el movimiento sacrílego contra el Dios-Inca.

Ajall Kriña, con heridas terribles, abiertas, incicatrizables en el cuerpo de bronce, muere en el combate después de haber luchado como un león.



La triste nueva pronto se comunica a Huacachina, la bella princesa de los ojos hechiceros, quien alocada, desesperada, al amparo de las sombras que se vienen, huye sin que lo adviertan sus padres entre los cerros y cuchillos de arena, hasta caer postrada, abatida, jadeante, sudorosa, con el llanto que desbordándose del manantial inagotable de sus olas, caían en las arenas que como pañuelos de batista se extendían más allá de la Huega.

Las lágrimas ruedan y siguen rodando muchos minutos, numerosos días; tiempo tal vez incontable para ella, de sus ojos inyectados por el dolor y cuando el hambre, el dolor, la tristeza, la desventura rompen el frágil cristal de su alma y la vida huye y se aleja veloz; esas abundantes lágrimas, absorbidas por las candentes arenas, surgen a flor de tierra en el inmenso hoyo amurallado por las arenas superpuestas, después de haberse saturado con las sustancias de la entraña de la tierra, que las devuelve por no poder resistir el contagio del inmenso dolor.

En el día, las verdes aguas pardosas se evaporan en pequeña cantidad hacia los cielos, como si fueran llamadas por los dioses para aprender del dolor y se cuenta que todavía en las noches, cuando las sombras y el silencio han empujado a la luz, al ruido, sale la princesa, cubierta con el manto de su cabellera que se plisa u ondea en su cuerpo; con ese manto negro, muy negro, pero menos oscuro que su alma, para seguir llorando su llanto de ausencia y de pesadumbre, algunas de cuyas gotas todavía se descubren en la mañana, en los primeros minutos de la luz, hasta sobre los raros juncos que a veces brotan en la orilla de oquedad. Se ven sobre las innumerables hojas rugosas del toñuz tendido en sus ocios y se perciben sobre cada uno de los dientes de las hojas peinadas del viejo algarrobo, que extiende sus ramas levantándose sobre la cama de arena para pedir a los cielos, piedad y consuelo, destinados a la princesa de la dicha rota, del ensueño deshecho, del paraíso trunco.

Fuente escrita: Relato recopilado de la Revista del Museo Regional de Ica N° 4, Año 1951.
Escolar: Ursula Andrea Pilco Latorre, 10 años; Wanchaq, Cusco.



La leyenda de Murrup

Se dice que durante el periodo de expansión del Imperio Incaico y cuando gobernaba el Inca Túpac Inca Yupanqui, había un lugar llamado Felam (palabra mochica que significa “casa”).

Este poblado era azotado por una gran sequía, producto de las variaciones climáticas. La ausencia de lluvias y escasez del agua, hicieron que poco a poco se fueran acabando las provisiones almacenadas para estas emergencias, alarmando a los pobladores de este sector, quienes aterrados y desesperados hacían muchas ofrendas a su diosa la Luna; pero al no conseguir el milagro decidieron huir hacia otro pueblo, Pacora, a donde pertenecían por haber sido sometidos.

Cierto día, tres cholitos pastores (niños pequeños) que estaban apacentando sus ganados, a dos leguas de distancia de Felam, mientras cuidaban sus animalitos, vieron aparecer una hermosa iguana, y como niños juguetones empezaron a corretearla y perseguirla. El animal, cansado, los llevaba cada vez más lejos; de pronto, se introdujo en una brecha que el sol había abierto, al golpe de sus rayos en la tierra. Los niños en su afán de cazarla no midieron consecuencias y cavaron sobre arena suave. De repente, descubrieron tierra húmeda, se asustaron y con suma rapidez fueron a avisar a sus padres y éstos a los demás habitantes del lugar para ir a verificar.



Llevaron todo lo que pudieron para cavar y agrandar el hueco hecho por los niños; de pronto, ¡milagro!, salió un dulce y cristalino chorro de agua que allí tenía represada la gran providencia; tal fue su alegría en ese instante que llenaron sus cántaros con agua para tomar, y para bañarse. Bailaban, gritaban de alegría, e inmediatamente con el barro sacado del pozo, hicieron una iguana a quien dieron el nombre de “Deidad Beneficiadora y Diosa de las Aguas”.

Danzando, cantando y rindiendo reverencia llevaron este ídolo y lo pusieron en el altar de la Luna (reemplazando a la Luna por la Iguana), para rendirle culto sagrado, convirtiéndolo en su Dios.

En signo de gratitud y para agradecer a su dios Iguana, sacrificaron a los tres inocentes niños que habían descubierto el pozo, al que llamaron “Murrup”, que en lengua mochica quiere decir “iguana”.

Al poco tiempo los indios y sus familias se trasladaron cerca del pozo para tener agua a la mano, poblándose así Murrup (lo llamaron así por el sonido que hace la iguana, murrup, murrup, murrup). Con el transcurso de los años, la población creció y se formó el pueblo de Murrup. A la llegada de los españoles, esta palabra fue castellanizada en Mórrope y este antiquísimo pozo fue anillado con palos tallados de corazón de algarrobo.

Se dice que un 27 de junio de 1929, fue instalado un sistema de bombeo de agua de viento al que bautizaron con el nombre de “La Mariposa”. Este pozo fue destruido por el fenómeno de “El Niño”, y actualmente se encuentra sepultado bajo tierra.

Fuente oral: Fernando Casos Bances; Mórrope, Lambayeque.

Escolar: María Inoñan Santisteban; 16 años; Mórrope, Lambayeque.

Asesor: Lucy María Chapoñan Castillo.



La leyenda de Pacucha, Paqu Qucha Unanchakusqanmanta

Pacucha significa “laguna dorada” (paqu=dorado, qucha=laguna), según muchos turistas, es la más hermosa de todas las lagunas del Perú.

En tiempos antiguos, los habitantes de Pacucha eran un pueblo con abundante producción en maíz y papa, pero con el correr de los años creció la población y comenzaron a construir más casas. Ya no les alcanzaba terreno para sembrar, entonces comenzaron a llevar la tierra encima de las piedras planas para plantar alguna semilla. Los habitantes se habían convertido en unos envidiosos, herejes y mezquinos. Un día, el Señor decidió visitarlos, primero llegó a la casa de un ollero, y le pidió:

— Cuando en mi viaje quiero beber agua no puedo hacerlo, porque no tengo un jarrito. ¿Podrías regalarme una ollita de barro para beber un poco de agua en mi camino?

El ollero le contestó:

— ¡Sal de aquí, viejo apestoso! Mis ollas sirven para cambiar con maíces y papas.

El Señor continuó con su viaje, tenía los pies callosos y con heridas por las espinas y el viaje largo; su ropa estaba gastada y sucia, la barba estaba crecida y llena de polvo del camino. Al llegar a la casa de un zapatero, le pidió:

— Mis pies están cansados y lleno de heridas por las piedras y espinas, ¿podrías regalarme un par de zapatos?

— ¡Fuera viejo andrajoso! El cuero cuesta. Le gritó el zapatero.



Continuó su viaje al centro de la ciudad, allí había un matrimonio, el cura terminaba de celebrar la misa, salieron los casados, sus familiares y amistades para festejar en su casa porque habían bastantes invitados.

Mientras las señoras se estaban afanando en preparar el almuerzo para los invitados, antes que terminaran de hacerlo, el forastero apareció, y pidió comida:

— Tengo hambre, decía el anciano.

Las señoras se molestaron y lo botaron a la calle.

— ¿Qué quieres, viejo apestoso? ¡Bótenlo! Suelten a los perros y báñenlo con agua caliente y sucia, diciendo le echaron con agua sucia, riéndose.

El forastero salió triste y siguió caminando. En el trayecto encontró a una señora viuda que estaba tejiendo una manta, llevaba a su hijito cargado en su espalda, con una ovejita al lado.

— Tengo hambre, le dijo el viejito, pidiéndole comida a la viuda.

La mujer lo hizo pasar y el Señor le contó cómo le habían tratado en otras casas. La señora le invitó machka, harina molida en el batán y el abuelito le dio las gracias sin haber comido. Le pidió que le regalara una flor de su huerta para oler su aroma, y luego le dijo a la señora que se fuera de este pueblo, porque iba a ser destruido. La señora le obedeció y cargando su bebe en su manta y jalando su corderito, se dirigió hacia la zona de Andahuaylas. Pero antes de mandarla, el anciano le pidió que cuando escuchara algún ruido, no se volteara.

Cuando la mujer estaba viniendo de las alturas de Wayrapata, escuchó un estrepitoso ruido y volteó para ver qué es lo que estaba ocurriendo; entonces el agua estaba saliendo desde el medio de la población hasta llegar a la altura del cielo. Es así que la gente del casamiento estaba hundiéndose, tocando sus instrumentos musicales y bailando, desde ahí todo el lugar se convirtió en laguna.

Dicen los que viven alrededor del pueblo que escuchan en medio de la laguna, en luna Llena y a medianoche, el sonido de la campana y el baile del matrimonio. A veces escuchan en la medianoche a la sirena que canta así:

*Ya mi voy a ir de este pueblo,
voy a tomar me desayuno en San Jerónimo.
Voy a almorzar en Andahuaylas y
voy a cenar en Talavera.*

Según el comunero de Churrubamba, esa mujer es el cerro Wawachayuq Urqu, que quiere decir, cerro con un hijo.

Dicen que la mujer en Wayrapata se ha convertido en una estatua o *illa* de sal. Ahora los pastores dicen que las vacas al lamer están gastando la estatua de sal, que cuando termine de disolverse toda la sal, entonces ese día va a ser el fin del mundo.

Los comuneros que viven alrededor de esta laguna, como Santa Rosa, Ancopaccha, Machaybamba y Compuerta, se sirven de sus peces como el pejerrey para alimentarse; las totoras que hay para la comida de sus vacas, y utilizan las aguas para la agricultura.

Los sabios de la comunidad comentan que no debemos ser mezquinos, sino buena gente, si no, como Pacucha, puede pasar con nuestros pueblos. Los niños en las escuelas deben aprender a saludar a sus mayores, ayudar a los ancianos, a compartir sus productos con los forasteros, a cuidar los manantiales y montes. Así viviremos bien.

Paqu qucha unanchakusqanmanta

Ñawpa watakunaqa Paqu quchaqa kasqa, suma sumaq llantas. Tukuy imay mana kaw-saykunas wiñasqa allpankunapipas, runankunapas allin runakunas kasqaku, runamasinpaq sunquyuqkuna.

Huklaw llaqtakunamanta, Paqu quchaman watukaqpas ninkum, kay quchaqa sumaq qucham nispa, llipin quchakunamantapas riqsisqam.

Taytakunam willakunku, sapa watas Paqu quchaqa llaqtaqa mirayta kachaykusqa, manañas allpapas aypakusqañachu. Chaysi allpakunatapas palta rumikunapa hawanmanña qipisqaku, kawsay tarpunankupaq. Kay llaqtaqa rikurirusqa irqi, tikti, yarqay llaqtañas.

Chayraykus Taytacha watukarusqa huk punchaw, ñawpaqtaqa chayarusqa huk manka ruwaqpa wasintas, hinaspansi mañakusqa:

Ñanta puriptiyimi ñisuta inti kankawan, manam kapuwanchu allpa putuchallaypas yaku upyaykunaypaq.

Nispansi mañakun:

¿Allpa mankaykita quykuway ñanpi yaku upyarinaypaq?

Manka ruwaqñataqsi kamiyta kachaykun, kaynata:

¡Yaw saqsa machu ripuy! Mankayqa sara papa llankikunaypaqmi.

Chaysi machuchaqa ripukusqa ñannintakama, lliwsi pachanpas tukurusqa, kakichunpi sapranpas wiñarusqa hinaspa allpa wasallaña.

Chaysi chayaron huk siqu ruwaqpa wasinman, hinaspas mañakun, kaynata.

Ñan chakillaypas kiricharukunña, waknaña rumipi kichakapi.

Nispansi mañakun:

¿Siquykita quykuwankimanchu kay kiri chakillaypaq, chaynapi ripunayman chayaronaypaq?

Chaysi siqu ruwaq runaqa piñakuspan kamipan.

machupaqraqchu, kanman siquy, vaca qarapas qullqim.



Nispansi mana qunchu.

Taytachaqa ripukunsi ancha llakisqa, chaynapis chayarun llaqtapa chawpinman, chaypis kasqa yananchanakuy, misa tukuytas yanakunaqa, kuyaqnintin kuska wasinman risqaku arpawan, violenwan tusuq.

Yanuq warmikunapas pikallañas yanusqaku, manaraq mikuna chayachkaptinsi, Taytachaqa watukarusqa. Hinaspansi mañakun mikunata, kaynata:

Mikunallaykichi mamakuna – nispá.

Warmikunaqa piñakuymantas, ninku.

Kay qanra machupaqraqchu karunqa mikuna, allquwan piskaykuychik, qanra – rupaqa yakuwan qallaykuychik.

Nispansi asikuspanku qallaykunku.

¡Pasay, ripuy machu! Nispá.

Taytachaqa llakikustinsi ripukusqa, hinaspansi tuparusqa huk warmichata. Warmisapa warmichas kasqa, warmanta qipiykukuspansi llikllata awasqa, chitanta wataykuspa.

Mikunallayki mamay – Nispansi warmita rimapayan.

Warmichaqa quykunsi aku kutata – Kayllam taytay nispan.

Waytallayki – nispansi waytata mañakun.

Quykunsi waytataqa, musmuykuspansi Taytachaqa willakun imaynatam llaqta masin runakuna mana allinta ruwasqanmanta. Kayta niruspanisi nin warmitaqa:

kay llaqtaqa chinkanqam, ripukuy, nina parapim tukunqa- nispá.

Chaysi warmichaqa Antawayllas lawman pasakusqa chitanta aychaykukuspa, warmanta hi-

naspa awanta qipiykukuspa. Wayrapatataña richkaptinsi, huk hatun tuyay uyarirukusqa, chaysi warmichaqa qawarirukusqa. Taytachaqa nisqas: Amam imatañapa uyarispaykipas qawarimunkichu – nispa.

Hinaptinsi yaku hanaq pachamanraq chirapaykuchkasqa, chaysi warmichaqa rikurirusqa rumi kachi illaña.

Chaysi llapa runa tusuykustin takiykustin yaykuykunku yaku ukuman. Churrubamba runakunam ninku, chay warmiqa wak Wawachayuq urqum nispa. Chita michiqkunañataqmi ninku: Ñam vaca chay kachita llaqwaspa tukuchkanña, sichu tukurunqa hinaptinqa chayamunqam kay pachapa tukupaynin, nispa.

Anqupaqcha, santa Elena, Manchaybamba hinaspa Santa Rosa ayllukunam kay quchawan servichikunku, challwanta mikunankupaq, totorantañataq vacanku mikunankupaq hinaspa yakuntañataq kawsayninku qarpanankupaq.

Yuyaqkunam ninku, manam yarqay kanachu, mana chayqa lliwmi lipliruchuwan Paqu qucha hina, nispa.

Chaymi warmakunapas yachananku rimaykukuyta taytakukunata; yanapakuyta puriqlunata, wakchakunata mikuykachiya, chaynapi allinta kawsanapaq.

Fuente oral: Isabel Caballero Lazo, Jesusa Arohuillca Rojas; Cuncatata, Churrubamba.
Escolar: Rony Sotaya Caballero; 11 años; caserío Cuncatata, Andahuaylas, Apurímac.
Asesor: Walter Sotaya Caballero.



La leyenda del Coyllur

En una época inmemorable, que ya nadie recuerda, en el pueblo de Roncha, vivía un guerrero con poder eterno. Este guerrero manejaba la espada como nadie, poseía una espada legendaria forjada por la sangre de sus ancestros; tenía una larga trenza, cabello oscuro como la noche más tenebrosa, y misterioso como el silencio más penetrante y una inteligencia inigualable, con una gran imaginación, llena de sueños tan infinitos como el cielo.

Su nombre era Coyllur, tenía un amigo y discípulo con el que entrenaba, otro apasionado por las aventuras, cuyo nombre era Tualpuy. Una noche de rayos estruendosos, capaces de mover la tierra y una lluvia capaz de inundar el planeta entero por su gran abundancia, al regresar Coyllur de entrenar, vio cómo un rayo cayó cerca de su casa. Se acercó sigiloso por miedo a otro rayo, y grande fue su sorpresa al encontrar un cántaro y una lanza de oro macizo. Cogió estos dos objetos y los condujo hasta su casa, limpió la lanza y la secó. Cuando se proponía hacer lo mismo con el cántaro, un gran Supay surgió de él. Tenía aspecto escamoso y una voz morbosa capaz de petrificar a cualquiera. El Supay cogió la lanza y salió de la casa de Coyllur, dando un grito estruendoso y perdiéndose en la penumbra enigmática.

En el crepúsculo, Coyllur seguía de pie, estremecido por lo que vio. No pudo conciliar el sueño, pasó toda la noche junto a la puerta paralizado por lo acontecido. Cuando Tualpuy llegó, Coyllur le contó todo lo sucedido. Pero ellos ni nadie sabían los planes que tenía el Supay para la lanza, cuyo poder mágico era inigualable, capaz de provocar calamidades jamás pensadas, como también cosas maravillosas como hacer llover, nevar, y muchas cosas más.



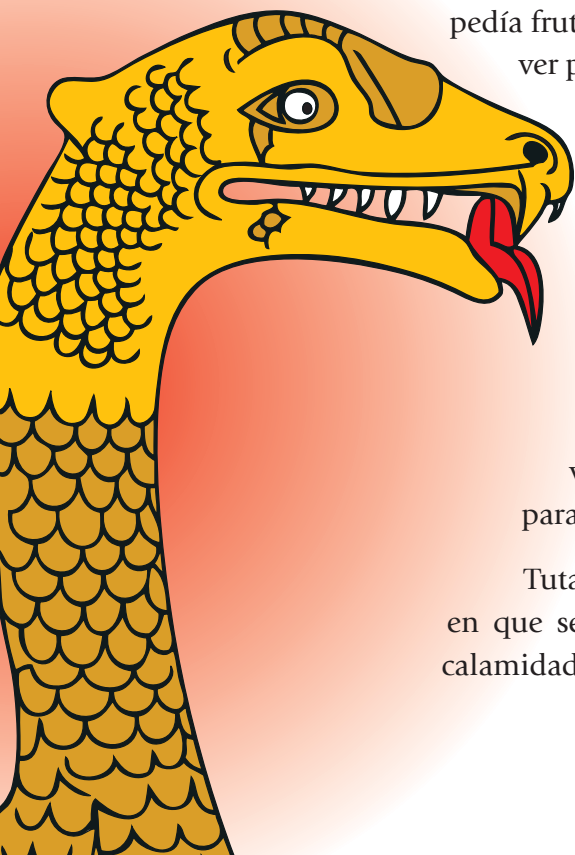
Pero el Supay tenía otros planes para la lanza. Cuando estaba parado frente a unos sembríos, la colocó en los suelos y la cosecha empezó a secarse y a pudrirse. Los pobladores se asustaron por el suceso y al ver al enorme Supay, salieron corriendo, despavoridos, cada uno por su cuenta.

El Supay ahora tenía el poder, era capaz de hacer todo eso y más, como provocar calamidades, ya que la lanza le brindaba poderes incomparables; era capaz de hacer llover, nevar, granizar, si así lo deseaba, pues tenía un gran poder mágico capaz de sembrar el miedo en el corazón de toda persona. Con tan solo desearlo, era capaz de destruir el mundo si así lo deseaba.

En poco tiempo, el Supay tenía en su dominio a todo el pueblo Roncha, cuyos habitantes lo mantenían contento, ya que éste les amenazaba con la lanza, les pedía fruta, comida y chicha fermentada, y si no lo hacían, no haría llover para que así los pocos sembríos que quedaban se perdieran por falta de agua. Todos le tenían miedo por su gran poder, y hasta le construyeron un castillo para mantenerlo contento.

Coyllur, al ver el caos sembrado por el Supay, pensó en ir a detenerlo, planeó toda la noche cómo poder hacerlo, y pensaba también que toda la culpa era sólo suya por haber recogido el cántaro. Al amanecer, cogió su espada y decidió luchar contra el Supay. Tualpuy llegó y rogó ir con él, Coyllur lo dejó y se dirigieron al castillo del Supay. Ambos vieron con asombro, las cosechas secas al pisar tierra prohibida para los hombres. Entraron al castillo y lo vieron que dormía.

Tualpuy vio un gran libro abierto al costado del Supay, en que se decía que la historia se escribía sola, vaticinando muchas calamidades para la humanidad; se predecía, en un futuro muy le-



jano, que el agua sería escasa por la contaminación. Antes de acabar de leer el libro, el Supay despertó y con un golpe arrojó lejos a Tatalpuy, cogió su lanza y antes de hacer otra calamidad, Coyllur con un gran salto le atravesó el corazón, el Supay ya moribundo golpeó a Coyllur en el pecho, y ambos fueron al piso. De la sangre de estos dos brotó agua cristalina y pura que se fue escurriendo formando un puquio. Cuando Tatalpuy despertó, vio cómo los espíritus de Coyllur y del Supay se fundieron y se elevaron al cielo en forma de dragón.

Tatalpuy se sintió triste por la fortuna del mundo, y feliz por su maestro. Aquel casti- llo se desvaneció, el libro también y al puquio lo llamaron Coyllur, por la osadía y valentía del guerrero.

GLOSARIO

- 1.- *Tatalpuy*: Significa atardecer.
- 2.- *Coyllur*: Estrella.
- 3.- *Supay*: Demonio o diablo.

Fuente oral: Cecilia Castro Inga; Pueblo Roncha, Alto Cunas, Chambará.
Escolar: Juan Diego Huallparuca Chirinos, 14 años; Chupaca, Junín.
Asesor: Fidel Cueva Hinostroza



La leyenda del lago Titicaca

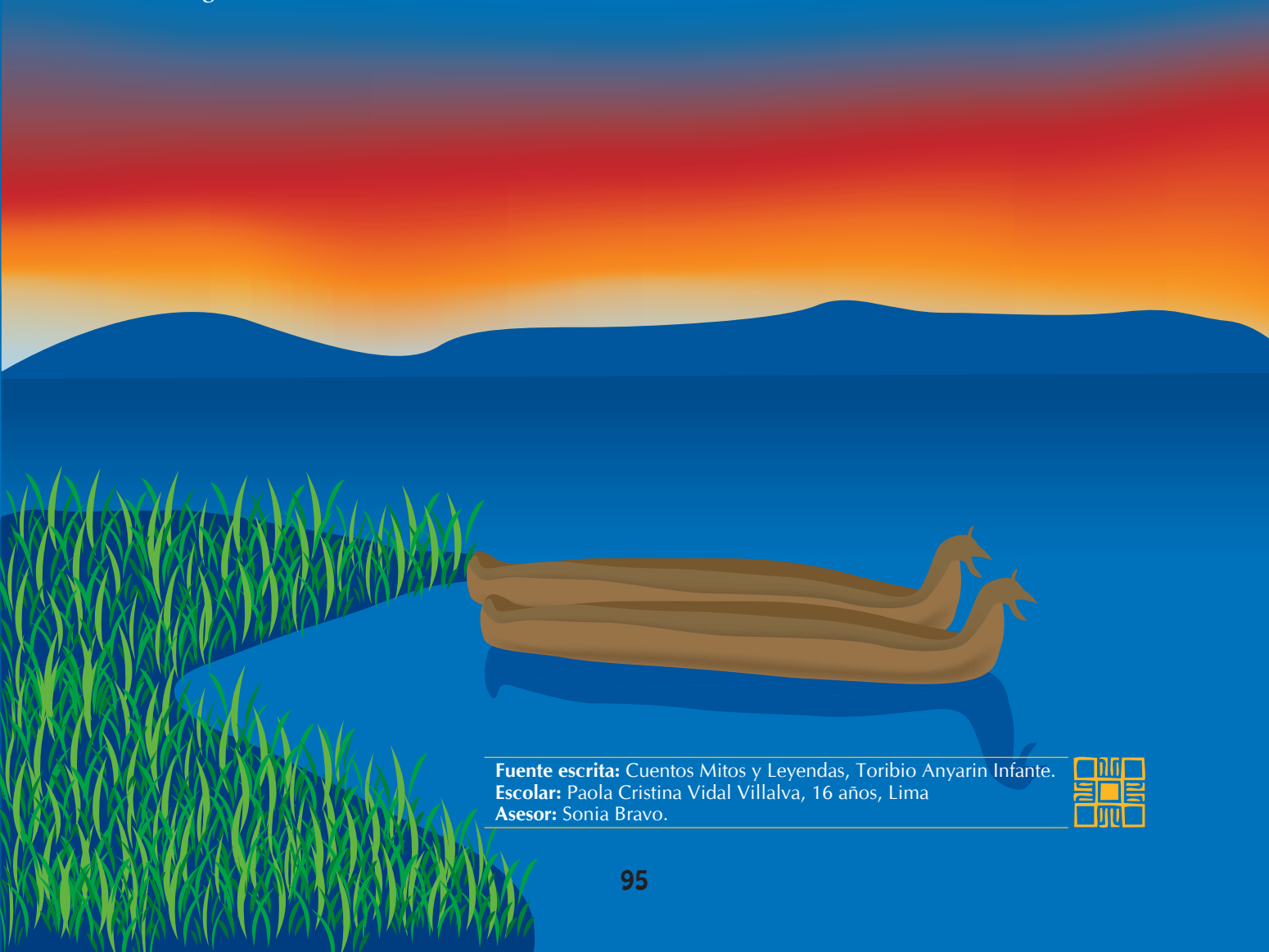
El gran lago Titicaca, de aguas dulces, el más grande de Sudamérica, a cuatro mil metros de altura en el altiplano, ubicado entre Bolivia y Perú, era para los incas un lugar sagrado, pues creían que allí habían bajado los primeros Hijos del Sol.

Cuenta la leyenda (se pone emocionante... jajajaja) que en esa meseta estaba construida una gran ciudad, tan rica y poderosa que sus pobladores se creían que todo el mundo debía mostrar sumisión antes ellos (pero qué creídos...). Un día llegaron a ellos un grupo de andrajosos indios a quienes despreciaron y pedían que se fueran. Estos indios andrajosos les profetizaron la destrucción de la ciudad a causa de terremotos, el agua y el fuego.

Los pobladores de la ciudad se burlaron de estas predicciones y los expulsaron a golpes. Sin embargo, los sacerdotes quedaron preocupados. Algunos hasta se fueron de la ciudad y se radicaron en el templo de la colina. La gente de la ciudad se burló también de ellos.

Llegó un día en que el cielo y la tierra se hallaron bañados por una luz roja que despedía una nube. Luego se escuchó un relámpago y un tremendo trueno. La tierra se abrió. Quedaron edificios de piedra en pie, pero comenzó a caer una lluvia roja, la tierra volvió a abrirse y uno a uno fueron cayendo las fuertes construcciones; los canales de riego se destruyeron, los ríos se desbordaron e inundaron lo poco que quedaba de la ciudad, cuyos habitantes eran tan arrogantes y orgullosos. Las aguas cubrieron todo, y desde ese momento se formó un gran lago sobre lo que fue la admirada y jactanciosa ciudad (pobrecitos....). Así se formó el lago Titicaca.

Sólo se salvaron los sacerdotes, pues ni las aguas pudieron arrasar el templo de la colina; el lugar quedó como una isla, que hoy se llama la Isla del Sol. También se salvaron los indios harapientos que observaban preocupados, desde un lugar alto, la gran destrucción de la bella ciudad. De ellos nacieron los callawayas, que viven en el altiplano y son los curanderos de grandes habilidades.



Fuente escrita: Cuentos Mitos y Leyendas, Toribio Anyarin Infante.
Escolar: Paola Cristina Vidal Villalva, 16 años, Lima
Asesor: Sonia Bravo.



La leyenda del padrecito que oró por agua

En una de las cuencas del río Tambo, cerca de los poblados que corresponde al anexo de Camata y Exchaje, de nuestra región Moquegua, encontramos una hermosa y enorme piedra con la forma de un sacerdote franciscano, que ilumina todo el recorrido que realiza el afluente del río por esas zonas.

Cuenta la historia que la gente de esos lugares se encontraba muy triste porque cada año se dedicaban a la siembra de papas, maíz, manzanas y otros productos que nunca crecían ni producían porque no llovía; la gente se sentía desfallecer, iban abandonando estos pueblos y los que quedaban iban muriendo poco a poco, no existía ya consuelo para ellos, hasta que llegó por allí un padrecito que vestía un hábito de color café.

Pronto el padre vio la desolación en estos pueblitos y comenzó a preguntar el por qué de la tristeza y abandono; los pobladores le contaron lo que ocurría por aquellos lugares. La tierra, decían, “ya no produce porque no hay lluvias ni agua y las personas que aún quedamos estamos muriendo de a poco”.

El padrecito, al verlos, sintió gran compasión de ellos, y les dijo:

— No se desesperen, hermanos míos, Dios nos ayudará.

Desde ese día, a partir de las seis de la tarde, el padre iba río abajo a orar todos los días; luego de unas horas regresaba al pueblo de Camata y descansaba.

Los días transcurrían y las plantas no crecían, hasta que una tarde cuando ya se había perdido la imagen del padrecito dirigiéndose a su lugar de oración, el cielo se nubló y comenzó a caer enormes gotas de lluvia; la gente saltaba de alegría, no lo podía creer; fueron a agradecer

por sus oraciones al padre, pero no lo encontraron. La gente se preocupó, pero como la noche estaba demasiado oscura no fueron a buscarlo.

En la amanecida, los comuneros fueron a ver al padre en el lugar donde siempre se retiraba a orar y no lo encontraron, cuando miraron hacia al frente vieron a una enorme roca con la forma del sacerdote.

Desde ese entonces las lluvias en esta parte de Moquegua no faltan y los pobladores pueden sembrar sin preocupación.

A pesar de las enormes crecidas del río Tambo, la imagen que se encuentra en la ribera del río no se ve dañada por el caudal, al contrario, cada vez que va a llover se ve como si una luz reflejara la imagen del buen curita.

La gente del lugar guarda con gran cariño esta leyenda y siempre recuerda al buen curita que oró por el agua.

Fuente oral: Narcisa Ventura de Pilco; Camata, Ubinas, General Sánchez Cerro, Moquegua.

Escolar: Gabriela Carina Chávez Ramos; 9 años; Samegua, Mariscal Nieto, Moquegua.

Asesor: Carina Amelia Ramos Velásquez.



La leyenda del Panraran Yacu

Muchos años atrás en la comunidad andina de Tapuk, todo era prosperidad, tenían siembras, animales y las tierras producían en abundancia. Es que existía una gran cantidad de puquiales que abastecían de agua, para que pudieran regar sus campos y criar sus animales.

Dicen que a un lugar donde Tayta Wamany producía agua, nadie podía acercarse por ser un lugar sagrado y aquel que intentaba aproximarse era encantado. Por eso, nadie se acercaba a Jatun Puquio (el gran puquial), que brindaba sus aguas cristalinas a todos los demás puquiales y desde allí alimentaba a Tapuk.



Una tarde, don Faustino retornó de la ciudad, de un viaje que lo había convertido en una persona prepotente y egoísta, que desconocía y se burlaba de la fe del pueblo; desde entonces decía que en la ciudad nadie creía en tonterías y vivían de lo mejor, que se alimentaban de cosas ricas, se vestían con lindos trajes y no utilizaban velas sino hermosas luminarias de electricidad; e incluso, decía, el agua salía dentro de las casas. Gritaba a los cuatro vientos que si sembraban e ingresaban a esos lugares sagrados, no pasaría nada, y que todas las riquezas siempre han existido y existirán.

“El problema –decía– es que somos unos ociosos y no queremos explotar la naturaleza. Por eso, les digo, comencemos a cultivar todas las tierras y verán que no pasa nada”.

Efectivamente, sembraron cuanto pudieron y cosecharon como nunca. Luego, aumentaron sus siembras, cosechando en grandes cantidades. Pero, luego de cinco años de explotar, a pesar de las siembras y el trabajo, la tierra ya no producía como antes, los puquiales se habían secado. Todos se lamentaban de haberle obedecido a don Faustino, quien se había suicidado sintiéndose culpable de la desgracia.



Tapuk se convirtió en un pueblo abandonado, las personas iban a diferentes lugares en busca de mejores condiciones de vida y los que se quedaban, tenían que trasladarse a lugares muy distantes para conseguir agua. Es que ya no había agua. A las primeras horas del día, salían con dirección al único puquio distante a más de dos horas de camino. Cargando sus porongos de barro se trasladaban en búsqueda de agua. Los hombres realizaban todo un viaje, sólo para abastecer de agua en casa, mientras que las mujeres cocinaban y hacían la limpieza. Los animales se morían de sed y hambre, si no eran llevados de manera especial al puquio para que tomen agua.

En Tapuk, ya sólo dependían de las lluvias para sus siembras. Uno de los ancianos de la comunidad pidió una reunión para solucionar el problema causado. Efectivamente, se reunieron en la plaza principal para escuchar al anciano. Fue cuando dijo: "Hermanos comuneros, durante mucho tiempo he observado cómo maltratamos a la madre naturaleza y nadie se ha atrevido a reparar esos daños. En estos últimos cinco días, sueño que Tayta Wamany, las plantas, los animales y el agua me hablan con mucho dolor y lágrimas sobre el maltrato que hemos causado y piden el arrepentimiento de todos para que ellos vivan y también nos den vida. Es muy urgente, llevar la ofrenda al cerro sagrado para poder recuperar la riqueza".

- Ja, ja, ja –Eustaquio, uno de los comuneros rompió en carcajadas, –O sea, nosotros vamos hacer lo que un anciano soñó. No se pasen, si para eso nos reunimos es una pérdida de tiempo.
- ¡Un momento! –respondió el anciano– acaso no somos conscientes del daño causado a la naturaleza, así como nosotros tenemos vida, también ella tiene vida, por lo que pido, por favor, formemos un grupo de personas con fe sincera, para dirigirnos al lugar sagrado y hacer los pagos o nos arrepentiremos.

En silencio, se agruparon diez personas. Curiosamente eran los mayores y en ese instante partieron al lugar sagrado llevando frutas, coca, quinto, dulces, vino, cigarro y un conjunto de yerbas aromáticas. A la medianoche llegaron al lugar indicado, rezaron con devoción, al tiempo que realizaron las ofrendas respectivas.

Recopilado por escolares peruanos para las generaciones presentes y futuras

Ya al amanecer retornaban al pueblo, cuando un sonido tenebroso se escuchó en las montañas ¡Panraran! ¡Panraran! Los pobladores salieron de sus casas despavoridos, gritando a grandes voces ¡Panraran yacu tujyaramun! ¡Panraran yacu tujyaramun!, buscando refugio. Momento en el que llegó el anciano pidiéndoles calma, que eso era normal, porque Tayta Wamany había aceptado la ofrenda y ese sonido significaba que el agua había reventado en todos los puquiales y el agua del río nuevamente bajaba cristalino y abundante. La riqueza y la felicidad habían retornado a Tapuk. A partir de ese momento, rinden culto y respeto a la naturaleza, porque si no, no volverán a escuchar un ¡Panraran!

Fuente oral: Comuneros de Tapo, Huaribamba, Tayacaja, Huancavelica.

Escolar: Antony Lizardo Romero Chávez, 12 años, Huancayo, Junín.

Asesor: Moisés Lizárraga Torpoco.



La leyenda del río Hablador

Hace mucho, pero mucho tiempo, vivía en la cima celestial el dios Sol, conocido también como Inti. Un joven de gran postura y sumamente bondadoso llamado Rímac, de cuando en cuando bajaba al mundo de los humanos a contarles bellas historias, por lo que era muy querido y reverenciado.

Un día, acompañado de los demás dioses, miraba hacia la tierra por las ventanas del palacio dorado, cuando vio que los llanos junto al mar eran azotados por una grave sequía; las hierbas, las flores y los árboles se marchitaban y los hombres y animales morían de sed.

Los dioses se alarmaron y acudieron al dios Inti, su padre, a pedirle que librase a los hombres de la costa de aquella horrenda sequía. Pero el Inti les dijo que era imposible, pues según las leyes celestiales sólo sacrificando a uno de ellos en el altar de fuego podrían conseguir agua.

Los dioses callaron. Sin embargo, ante la sorpresa de todos, Chacla, la más bella y virtuosa de las hijas del Sol, poniéndose delante de su padre, se ofreció valientemente ante el sacrificio.

Rímac, que adoraba a su hermana, se arrodilló implorante y pidió a Inti que lo sacrificase a él en vez de ella, pero Chacla, agradeciendo su gesto, no aceptó aduciendo que los hombres echarían de menos las bellas historias que aquél sabía contarles.

Pero Rímac insistió, y finalmente a ruego de ambos y ante la resignación de Inti, los dos se dirigieron al altar de fuego para el sacrificio. El dios Sol pudo así hacer llover la tierra.

Agradeciendo a los cielos, los yungas, así llamados los antiguos hombres de la costa, recibieron jubilosos el agua.

Rímac y Chaclla, envueltos en infinidad de gotas, caían sobre las montañas cercanas al gran valle de Lima; y, convertidos en un tormentoso río, corrían, jugando y riendo, hacia el mar. Una vez allí, elevándose en forma de nubes, persiguiéndose llegaban al cielo para vaciarse de nuevo.

Eso duró sólo cuarenta noches, al cabo de los cuales Chaclla fue convertida para siempre en lluvia, y Rímac en el más bullicioso río de la costa peruana.

Cuenta la leyenda que quienes suelen sentarse a orillas del río Rímac y se ponen a escuchar con atención, perciben claramente en el murmullo de sus aguas como se disuelve en una voz humana que cuenta bellísimas historias de este y de antiguos tiempos, por eso se le llama “río Hablador”.

Seamos amigos, conóceme y será tuyo mi saber; cuidemos la naturaleza y el agua que es fuente de vida y alegría en el mundo.

Fuente escrita: Leyendas Peruanas, Oscar Colchado Lucio, Editorial Bruño, 1975.

Escolar: Pamela Sindy Canchanya Aguilar, 11 años, Lima.

Asesor: Priscilla Mallqui Porras.

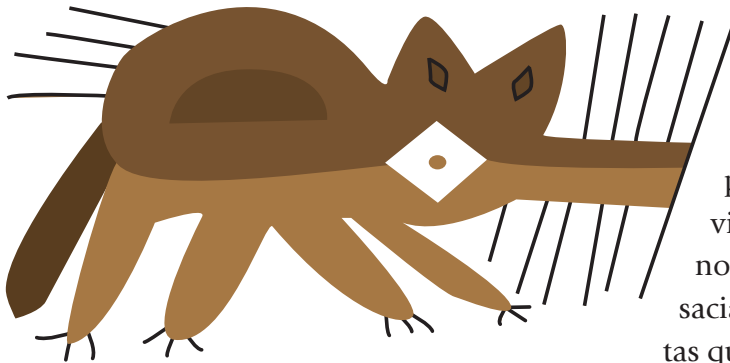


La maravilla del agua

Era la fiesta patronal de la Pachamama. El pongo, rey de la tierra, había nombrado como representante de todos los pueblos al venado, dándole toda autoridad para gobernar, administrar justicia y velar por el bienestar de todas las personas que vivían en los pueblos. Cada comunidad, de igual manera, eligió a sus representantes animales, como la huachua, el pachapato, el sapo, el zorro, el caballo y otros animales; éstos acordaron realizar un concurso de habilidades: natación, carrera, saltos y un número sorpresa que ningún concursante sabía.

Llegó el día de la fiesta y la hora del concurso, la comisión organizadora, presidida por la chalhua, llamó a los participantes y ordenó que se iniciara el concurso. Ordenó las apuestas, cuando el zorro ya estaba de ganador, éstas estaban cada vez más a su favor, hasta que por fin la chalhua anunció en qué consistiría el número sorpresa, dijo:

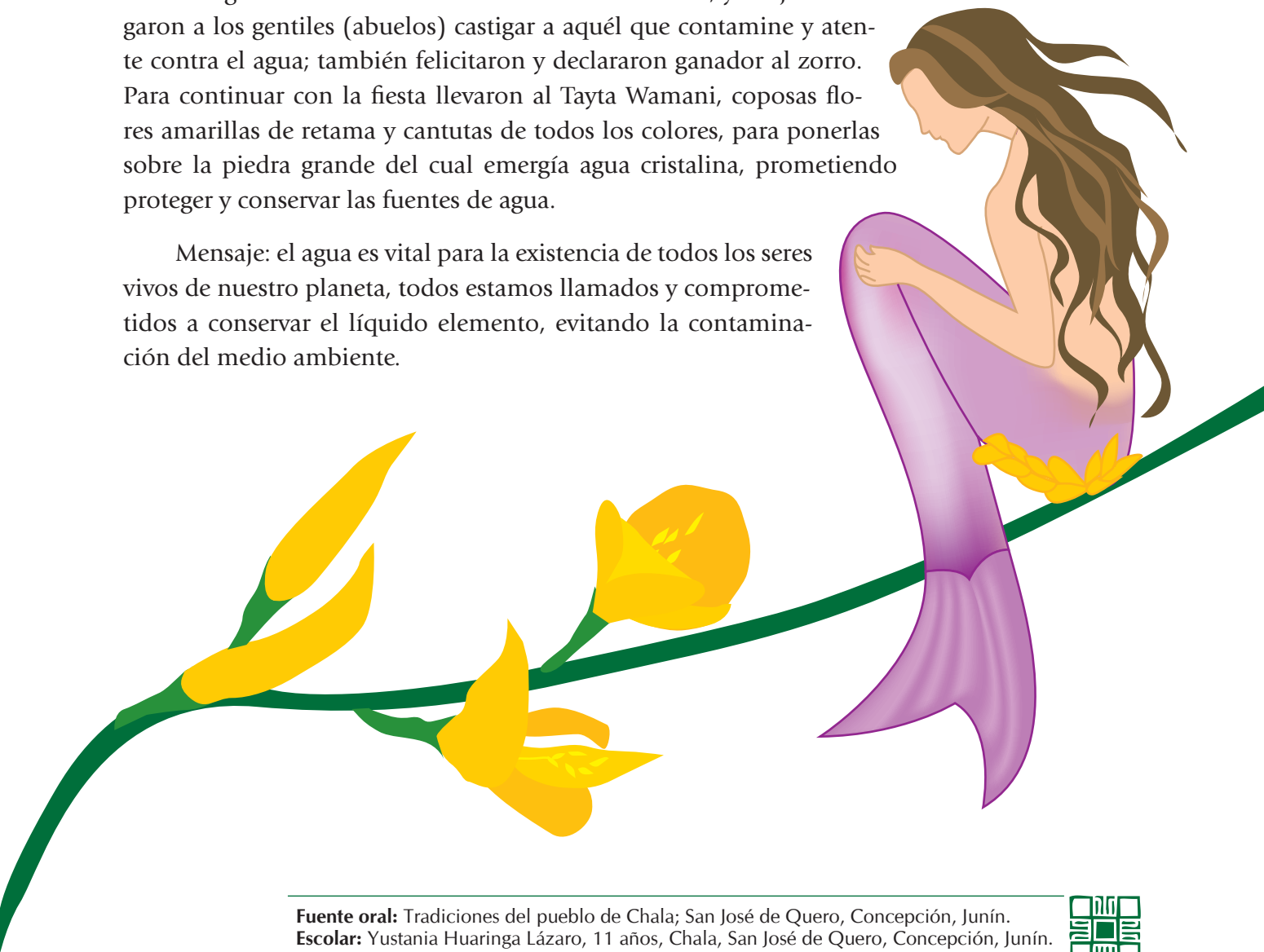
- “El último reto se trata de hacer secar los ríos y los manantiales”. Ante ello, cada concursante desistió de la prueba, pero no declaraban al zorro ganador si antes éste no realizaba el número sorpresa; todos alentaron al zorro, pero éste se negó a secar el agua de los ríos y manantiales, en medio de la protesta de los observadores.



El zorro buscó a alguien que lo defendiera y así llegó a la señorita sirena, quien aceptó ser su defensora y presentaron su defensa por escrito, donde decía: “El zorro se negó a participar para no perjudicar la vida de todos los seres vivos del planeta, ya que los puquios y riachuelos nos brindan sus aguas cristalinas como un tónico saciador de la sed para el hombre, animales y plantas que alegran la naturaleza”.

El argumento conmovió a todos los observadores, y los jueces encargaron a los gentiles (abuelos) castigar a aquél que contamine y atente contra el agua; también felicitaron y declararon ganador al zorro. Para continuar con la fiesta llevaron al Tayta Wamani, coposas flores amarillas de retama y cantutas de todos los colores, para ponerlas sobre la piedra grande del cual emergía agua cristalina, prometiendo proteger y conservar las fuentes de agua.

Mensaje: el agua es vital para la existencia de todos los seres vivos de nuestro planeta, todos estamos llamados y comprometidos a conservar el líquido elemento, evitando la contaminación del medio ambiente.



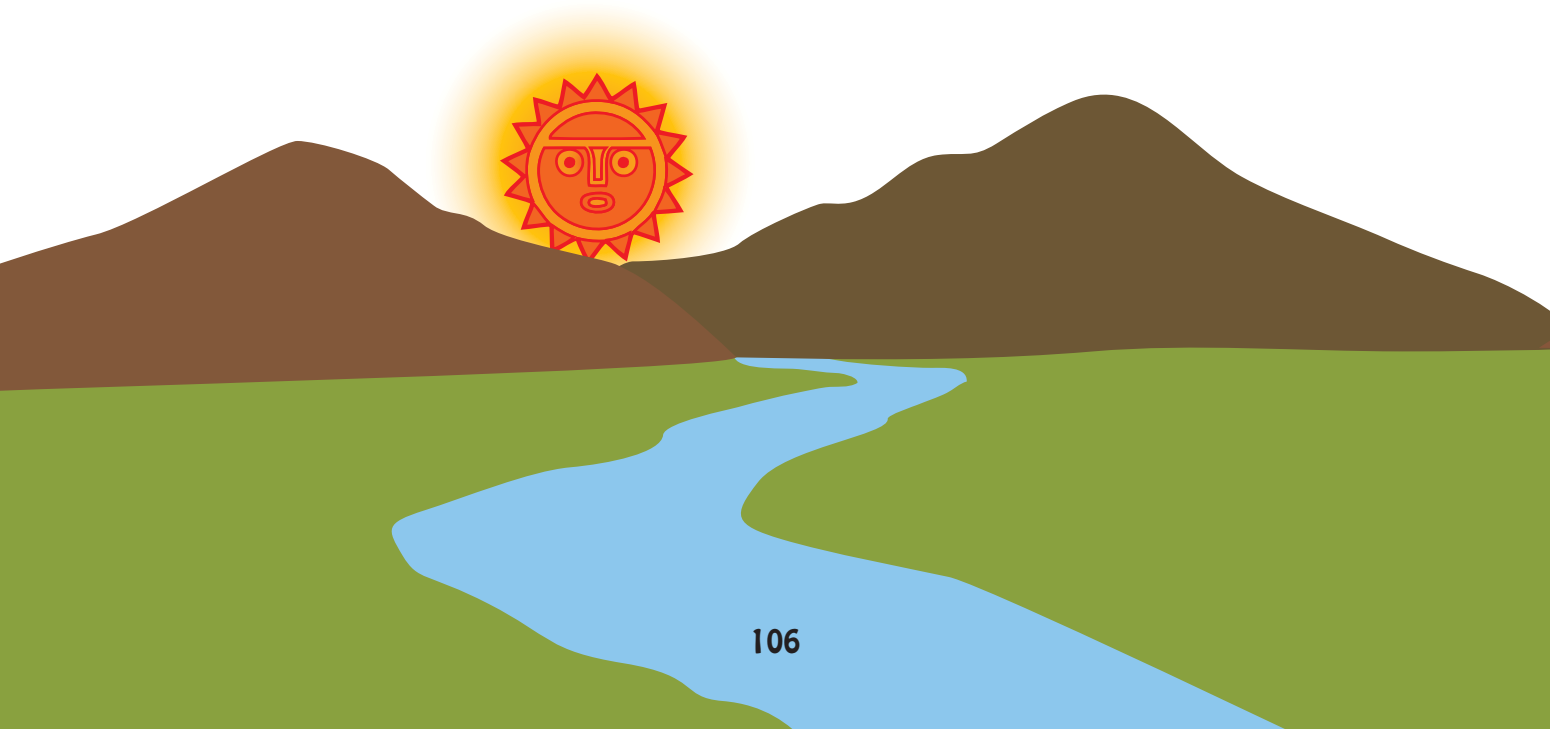
Fuente oral: Tradiciones del pueblo de Chala; San José de Quero, Concepción, Junín.
Escolar: Yustania Huaranga Lázaro, 11 años, Chala, San José de Quero, Concepción, Junín.



La misión del colibrí

Cuentan que hace muchísimos años, una terrible sequía se extendió por las tierras de los quechuas. Los líquenes y el musgo se redujeron a polvo, y pronto las plantas más grandes comenzaron a sufrir por la falta de agua. El cielo estaba completamente limpio, no pasaba ni la más mínima nubecita, así que la tierra recibía los rayos del sol sin el alivio de un parche de sombra. Las rocas comenzaban a agrietarse y el aire caliente levantaba remolinos de polvo aquí y allá. Si no llovía pronto, todas las plantas y animales morirían.

En esa desolación, sólo resistía tenazmente la planta de qantu, que necesita muy poca agua para crecer y florecer en el desierto. Pero hasta ella comenzó a secarse. Dicen que la planta, al sentir que su vida se evaporaba gota a gota, puso toda su energía en el último pimpollo que le quedaba. Durante la noche, se produjo en la flor una metamorfosis mágica. Con las primeras



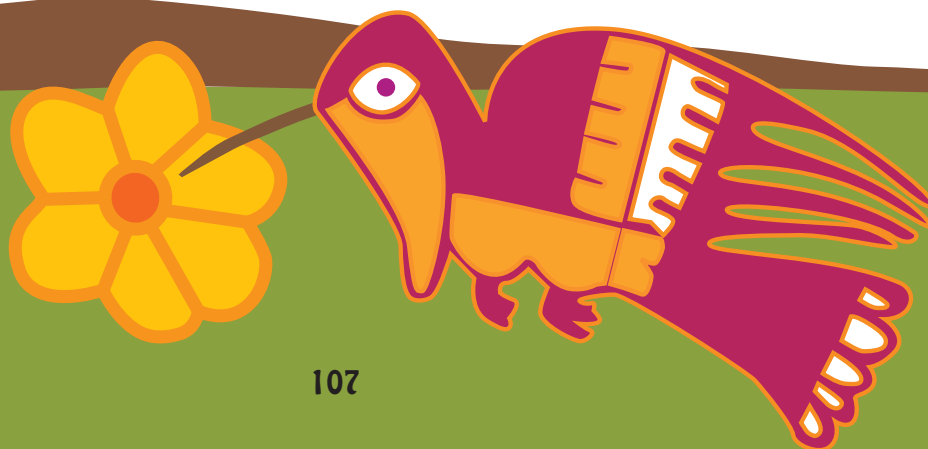
luces del amanecer, agobiante por la falta de rocío, el pimpollo se desprendió del tallo, y en lugar de caer al suelo reseco salió volando, convertido en colibrí. Zumbando se dirigió a la cordillera. Pasó sobre la laguna de Wacracocha, mirando sediento la superficie de las aguas, pero no se detuvo a beber ni una gota. Siguió volando, cada vez más alto, cada vez más lejos, con sus alas diminutas. Su destino era la cumbre del monte donde vivía el dios Waitapallana.

Waitapallana se encontraba contemplando el amanecer, cuando olió el perfume de la flor del qantu, su preferida, la que usaba para adornar sus trajes y sus fiestas. Pero no había ninguna planta a su alrededor. Sólo vio al pequeño y valiente colibrí, oliendo a qantu, que murió de agotamiento en sus manos, luego de pedirle piedad para la tierra agostada.

El Dios miró hacia abajo, y descubrió el daño que la sequía le estaba produciendo a la tierra de los quechuas. Dejó con ternura al colibrí sobre una piedra. Triste, no pudo evitar que dos enormes lágrimas de cristal de roca brotaran de sus ojos y cayeran rodando montaña abajo. Todo el mundo se sacudió mientras caían, desprendiendo grandes trozos de montaña.

Las lágrimas del dios Waitapallana cayeron en el lago Wacracocha, despertando a la serpiente Amaru⁽¹⁾. Allí, en el fondo del lago, descansaba su cabeza, mientras que su cuerpo imposible se enroscaba en torno a la cordillera por kilómetros y kilómetros.

Sus alas podían hacer sombra sobre el mundo. Tenía cola de pez y escamas de todos los colores; cabeza llameante, con unos ojos cristalinos y un hocico rojo.



El Amaru salió de su sueño de siglos despezándose, y el mundo se sacudió. Elevó la cabeza sobre las aguas espumosas de la laguna y extendió las alas, cubriendo de sombras la tierra castigada. El brillo de sus ojos fue mayor que el sol. Su aliento fue una espesa niebla que cubría los cerros. De su cola de pez se desprendió un copioso granizo.

Al sacudir sus alas empapadas hizo llover durante días, y del reflejo de sus escamas multicolores surgió, anunciando la calma, el arco iris. Luego volvió a enroscarse en los montes, hundió la luminosa cabeza en el lago, y volvió a dormirse.

Pero la misión del colibrí había sido cumplida... Los quechuas, aliviados, veían reverdecir su imperio, alimentado por la lluvia, mientras descubrían nuevos cursos de agua, allí donde las sacudidas del Amaru hendían la tierra.

Y cuentan desde entonces, a quien quiera saber que en las escamas del Amaru están escritas todas las cosas, todos los seres, sus vidas, sus realidades y sus sueños. Y nunca olvidan cómo una pequeña flor del desierto salvó al mundo de la sequía.

(1) **El Amaru:** Según me contó mi abuelo, en los oscuros tiempos inmemorables, en toda la región de Huancamayo (antiguo nombre del río Mantaro), había una inmensa laguna donde habitaban dos monstruos. El hombre no había sido creado todavía. Entonces el dios ConTinci Viracocha ordenó al Tulumanya (arco iris) que engendrara al Amaru.

El Tulumanya puso un pie en la orilla y el otro sobre el lado opuesto. En las quietas aguas miró complacido su cuerpo de siete colores, se rasgó el pecho y nació una inmensa serpiente alada que cayó con gran estrépito. En la gran extensión plateada, el rey monstruo se paseaba solitario. El Tulumanya pensó que eso no era bueno, entonces creó otro Amaru de color más oscuro para diferenciarlos. Pero sucedió que desde ese instante no hubo tranquilidad. Los dos monstruos gigantes se disputaban la supremacía del lago. Cada uno quería reinar sobre el otro. Para castigar la soberbia de los seres, el dios ConTinci Viracocha descargó una tempestad cuyos rayos mataron a ambos, algunos dicen que sólo se durmieron. Se estremeció todo el mundo. Los Amaru cayeron desechos sobre el lago. Debido a las conmociones, las contenciones de la parte sur se rompieron y las aguas corrieron tormentosamente. Solo en Paca, Ñawinpuquio y Wacracocha quedaron residuos del gran lago, entonces el río Huancamayo empezó su sereno cauce de norte a sur, y se formó el valle. La paz reinó en todos los ámbitos, germinando las plantas, apareciendo los animales. La vida floreció en miles de colores.

Fuente oral: Emiliano Flores Cortijo; Valle del Mantaro, Junín.

Escolar: Jean Marco Véliz Flores; 12 años; Huancayo, Junín.

Asesor: Wilder Roldán, Salomé Galindo.



La Rayamama

En los ríos y las lagunas de nuestra selva abundaba el pez raya con mucha frecuencia; cuenta la leyenda que en el lago Imiria (laguna grande en el distrito de Masisea, región Ucayali) existía una raya de gran tamaño que media como diez metros de largo, aproximadamente. Según los moradores, este pez vivía estacionariamente, alimentándose de todo animal pequeño que se le acercaba; era tan grande que los ceticos (planta abundante en nuestra Amazonía) y aguajes crecieron encima del gran animal, llamándola “La Rayamama” (madre de las rayas).

Se cuenta que las plantas de ceticos y aguajes se apreciaban en un determinado día en un lugar y otro día en otro lugar. Llegó un momento en que los animales salvajes se alejaban y los peces disminuían debido que muchas personas llegaban para habitar la zona, cazando y pescando indiscriminadamente; pero los aborígenes (indígenas shipibos–conibos) y chamanes (curanderos) del sector afirmaban que en la laguna existía la madre del agua y predecían que, en algún momento, podría enojarse y causar el fin del mundo.

Llegó el día en que el animal, enfurecido por la contaminación de sus aguas y la captura indiscriminada de los peces –su comida escaseaba–, se despojó de los árboles que crecieron encima de él y se convirtió en voraz depredador de seres humanos. Los aborígenes hacían ritos para mitigar el enfurecimiento, pero el animal estaba tan enojado que toda embarcación que encontraba la volteaba y devoraba a sus ocupantes.

Una vez un hombre fue hallado muerto con mordidas intensas a orillas de la laguna, la gente se asustó mucho creyendo que se trataba del ataque de un cocodrilo; la gran mayoría de gente tenía mucho miedo y algunos decían que era mentira. No estaban seguros, pero las personas seguían desapareciendo, sin dejar rastro alguno.

Llegó el momento en que la gente del lugar, presa de pánico y enojo por la actuación del gigantesco animal, decidió matarlo. Buscaban rastros del animal para encontrar su escondite, la mayoría quería abandonar el lugar por causa de este animal que devoraba a sus familiares y tenía aterrorizado a todos.

Cierto día, a convocatoria de los jefes comunales, el pueblo se puso de acuerdo para aniquilar el animal; pero temían que pudiera ser un animal inmortal, porque creían que se trataba de la madre de todos los seres vivos del agua y que su muerte traería el hambre y la miseria



al secarse el lago. Sin embargo, una mañana se armaron de arpones, machetes, escopetas y en grandes canoas fueron a buscar a la raya.

El agua se tornaba turbia y con grandes olas que hacía el gigantesco pez; buscaron sus rastros y encontraron indicios que descansaba cerca de una resaca del lago Imiria; la laguna era tan negra que no se veía la superficie de la profundidad. Superando el temor de ser mordido por pirañas y rayas, los valientes pobladores llegaron al lugar, y el pez gigante al notar la presencia de las personas, se enfureció tanto que emitió un gran sonido similar al estallido de dinamita, haciendo temblar la tierra y caer un fuerte aguacero.

Los hombres armados, llenos de pánico, retrocedieron y de miedo elevaron plegarias a Dios para librarse de dicho monstruo. La gigantesca raya devoraba todo lo que encontraba a su paso, tiñendo de sangre el agua del lago.

Luego de saciar su hambre voraz, el animal se puso a descansar en su escondite que ya había sido descubierto por algunos intrépidos moradores, hasta que un hombre lleno de valor se acercó tímidamente al animal que descansaba, y utilizando un gran arpón se lo incrustó en su cola y lo ató a un árbol gigante de lupuna, cuyo grosor era de cuatro metros de diámetro, aproximadamente. El animal no pudo moverse y las ánimas de la lupuna protegieron a los humanos, haciendo que esta gigantesca raya quede inmóvil y mortalmente herida. Por extraños sortilegios abrazó el árbol y pegado a éste murió, convirtiendo sus aletas en aletas del árbol.

Desde ese entonces, cada vez que las personas se acercan a la lupuna lo golpean y machetean hasta que el árbol de tantas heridas, muere.

Fuente oral: Mateo Guimaraez Magin, Comunidad Nativa Flor de Ucayali.

Escolar: Rolando Moisés Castillo Mamani, 12 años, Callería, Coronel Portillo, Ucayali.

Asesor: Saul Flores Cahuaza.



La sagrada laguna de Mesa Pelada

Es difícil creer que el departamento del Cusco tenga dos ecorregiones definidas. La primera: Cusco andino, y la segunda: Cusco amazónico, este último llamado provincia de La Convención, donde habitan en su gran mayoría campesinos dedicados a la agricultura, que necesitan el agua de las lluvias, ríos, acequías, manantiales y riachuelos que se forman de las lagunas ubicadas en sus sagradas montañas, para así poder cultivar sus productos de consumo y de venta.

En 1950, entre los meses de julio, agosto, setiembre, octubre y noviembre, hubo una sequía total en la provincia de La Convención. No hubo lluvias, los manantiales se secaron, el agua escaseaba hasta para el propio consumo, por lo tanto las consecuencias eran devastadoras. Se pudo observar campos de cultivos secos y áridos, no había producción, peor aún, no podían cultivar sus productos de consumo como la yuca, frijoles, maíz, soya, uncucha, entre otros alimentos que venían a ser el sustento principal de las familias, ya que para consumirlos requerían de pocos meses de madurez, a diferencia de las plantaciones de largo tiempo como los cítricos, los cafetales, los cacaotales, la coca, los pastizales, que también fueron afectados por tal fenómeno.

Al constatar tanta desolación y desastre, los campesinos preocupados y desesperados debían recurrir a sus montañas sagradas en busca de palmas para atraer las lluvias; ésto lo realizaba cada sector, pero sucedió algo muy extraño en el distrito de Maranura.

Como la sequía era general, los campesinos de la comunidad de Mandor, Manahuañunca, Collpani Chico y Maranura, entre otros, se reunieron presurosos en una asamblea general. Dichas comunidades forman parte del distrito de Maranura, y en dicha asamblea decidieron formar una expedición con destino a las montañas sagradas de Maranura, en busca de la laguna llamada Mesa Pelada, ya que este lugar es considerado como una huaca o lugar sagrado para los agricultores de esta zona.

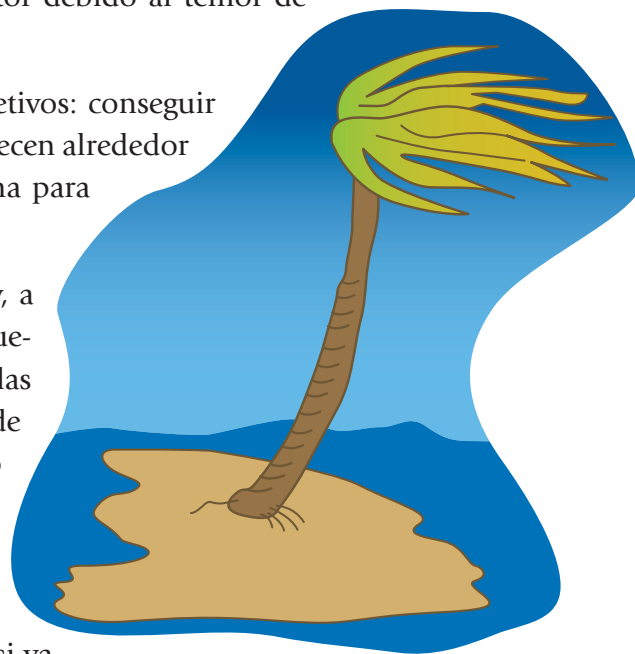
La expedición la debían conformar personas con mucha fortaleza y decisión, por lo que se eligieron a veinte campesinos. No participó un sector debido al temor de molestar a la laguna de Mesa Pelada, que se enfurecía.

Sin más espera, la expedición partió con dos objetivos: conseguir palmas (así llaman los lugareños a las palmeras), que crecen alrededor de la laguna; y abrir una caída de agua desde la laguna para consumo y riego.

Se debían cortar palmas que atrajeran a la lluvia y, a su vez, ubicarlas en los orígenes de manantiales y riachuelos que habían quedado secos, todo ello para atraer a las lluvias. La expedición debía caminar por tres días desde Maranura hasta la montaña, abriendo trocha o camino con curvo y machete por dos días consecutivos, bajo el inmenso calor.

Al tercer día, sin novedad, fatigados y cansados de tanto caminar por la abrupta selva de las montañas, casi ya sin provisiones, por fin divisaron a lo lejos la laguna de Mesa Pelada; pero, ¡oh, sorpresa!, sus ojos vieron lo que jamás un ser humano pudiera imaginar: un sorprendente y hermoso paisaje indescriptible, con un cielo azul que reflejado en la laguna parecía otro cielo y, en medio de la inmensa laguna, una pequeña isla donde yacía una hermosa palma dorada de frondoso e impresionante follaje que se movía rítmicamente al son del viento.

Los campesinos asombrados por tan maravilloso panorama natural se acercaban cada vez más para cortar las palmas que había alrededor, pero a medida que se acercaban más y más a la laguna, de repente sucedió algo inexplicable: el panorama empezaba a cambiar de inmediato, se formaron inmensas nubes de color gris oscuro; los vientos, más fuertes, y como si la laguna no quisiera que la tocaran, se enfureció formando oleadas inmensas, convirtiéndose en un panorama oscuro. Inmediatamente empezó una torrencial lluvia con relámpagos, rayos y truenos.



Al ver semejante cambio, los campesinos, asustados y sin poder avanzar, tuvieron que escapar en una noche de desesperación y susto, pensando que habían molestado la tranquilidad de la laguna de Mesa Pelada. Esa noche llovió sin parar como nunca antes. Al día siguiente, los campesinos desvalidos, ya sin alimentos y cansados de tanto viaje deciden retornar a sus comunidades, llevando consigo algunas palmas que habían logrado cortar.

Inmensa fue la alegría al retornar a sus hogares, porque en toda la provincia de La Convención había llovido torrencialmente. La misma noche que ellos pasaron semejante travesía, la laguna de Mesa Pelada hizo retornar las lluvias, pero algunos de estos campesinos que conformaron la expedición trajeron consigo la enfermedad llamada “costado” (ahora “bronco pulmonía”), y al no ser atendidos, fallecieron.

Por este hecho, los pobladores de la zona atribuyen que la laguna de Mesa Pelada los castigó por haber intentado alterar su tranquilidad, pero a su vez les dio lo que tanto anhelaban: las lluvias, sólo permitiendo que cortaran las palmas que habían alrededor, más no tocar la palma que se encontraba en medio de la laguna.

Cada vez que se presenta una sequía, los agricultores de la provincia de La Convención, agrupados por sectores, forman sus expediciones para escalar las altas montañas sagradas en busca de palmas para atraer las lluvias, líquido vital para el cultivo de sus productos. Y en especial los comuneros de la zona de Maranura, quienes se dirigen a su montaña sagrada donde está la laguna de Mesa Pelada que, hasta la fecha, nadie ha logrado obtener sus aguas, ya que cada vez que se intenta tener como fuente de consumo para la población de Maranura, nuestra laguna sagrada no permite que la toquen, aunque, bondadosamente, ha originado en la comunidad de Mandor una hermosa catarata.

Fuente oral: Gregorio Gonzales Costillas; Comunidad de Manahuañunca, Maranura, La Convención, Cusco.

Escolar: Yordania Gonzales Virrueta; 15 años; Mandor, Maranura, La Convención, Cusco.

Asesor: Carmen Rosa Alatrística Luque.



Leyenda de “El Dorado”

Muy adentro de la frondosa selva de Rodríguez de Mendoza, se encuentran los restos de los antiguos pueblos de Posic y Laurel, dos villorrios que colindaban, apenas separados por un corto espacio.

Estas aldeas se ubicaban entre las quebradas del corazón Laurel y Oratorio. En un apartado paraje de Posic, se escucha aún el suave fluir de un arroyuelo que desde una colina discurre a un claro alfombrado de un verde gras. La pequeña pampa está flanqueada por arbustos de todo tipo, propios de la zona, dando un matiz edénico al paisaje.

Las diáfanas aguas han erosionado por siglos a unas piedras planas que parecen haberse convertido en palanganas. Antes de colisionar el agua en las lajas, se aprecian los cestos de unos canales de palma, dando la impresión de que se construyeron para orientar, no sólo el agua sino algo más especial. Este paisaje que en otros ámbitos sería irrepetible, se produce en la vecina población de Laurel.

Antonio, un labrador que frecuenta la zona, nos dice que antaño los pobladores de Posic y Laurel acopiaban el polvo de oro que bajaba de las alturas y lo lavaban en canastillas de cuero, para disponer luego del preciado metal. Fue una época dorada en que los lugareños se proyectaban como el pueblo de mayor esplendor en toda la región.

Durante la conquista de los chachapoyas por los Incas, los súbditos del monarca recibían de estos lugares el tributo en oro y luego lo procesaban en joyas que exhibía su gobernante. La fama de estos pueblos se expandió por todo el reino, y mucha gente comenzó su peregrinaje a estos lugares para aprovecharse de las minas. Establecida la Colonia, los conquistadores llegaron a conocer los lavaderos de oro de Posic y Laurel, y como suele suceder con los pueblos destinados a sufrir del miserable arrebató de la ambición, pronto desaparecería “por fin el Dorado” –dijeron.

Para usufructuar mejor el producto, la zona fue poblada de explotadores y comenzó la convivencia. Rápidamente el mestizaje y las nuevas costumbres fueron parte de la idiosincrasia de estos pueblos, construyeron sus templos y la adoración a la Pachamama, al sol y a la naturaleza, fue reemplazada por las imágenes. Se habían cristianizado.

El templo era la ambición de muchos. Se dice que emplearon mucho oro en su construcción. La custodia era espléndida. El retablo contenía adornos de precioso metal y cuando los cirios se encendían, éste duplicaba la iluminación de las débiles mechas. La llave de la puerta fue también fabricada de oro y la cadenita de la que prendía era tan gruesa que tenía un peso admirable. Esta joya fue entregada al sacristán a quien se le responsabilizó de lo que ocurriera con ella.

- Sacristán: esta llave ha sido hecha de oro puro para abrir la puerta de nuestro sagrado templo. Usted es el responsable de lo que ocurra. No debe desaparecer ni de día ni de noche, usted es el guardián perpetuo de este tesoro.
- Juro que cumpliré con mi compromiso.

Un domingo, muy temprano, las campanas de la capilla de Posic echaron al vuelo sus inarmónicos tonos, llamando a los fieles a la Santa Misa. El pueblo acudió presto a oír el sermón del día. En el momento de la Eucaristía, un aldeano irrumpió el santo sacrificio y desesperado, casi sin poder hablar por la agitación, advirtió a los presentes:

- ¡Pronto escapen, los infieles atacan el pueblo!

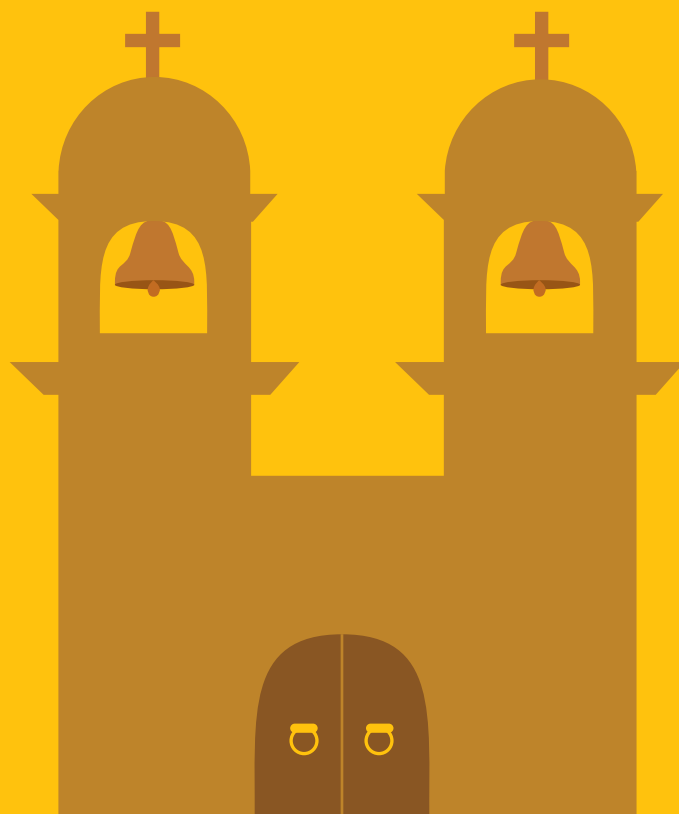
Se escuchó un extraño ruido en las inmediaciones de la población. Parecía una estampida. Gritos de guerra de raras voces, se acercaban a la plaza. Los fieles miraron por la puerta de acceso al templo y vieron absortos que las tribus salvajes que habitaban el otro lado del río Guambo, atacaban el poblado. Los gritos desesperados de mujeres y niños que pretendían escapar de la furia de los invasores inundaron el tranquilo cielo de Posic. El cura, al ver el sal-

vajismo del trato a los inocentes lugareños, se aprestó a proteger a los fieles que estuvieran en el templo.

- ¡Cierren la puerta! ¡Pongan las bancas! ¡Hagan fuerza común para que no irrumpen en este lugar santo! –gritó, dejando el púlpito.
- ¡Los niños y las mujeres, que se atrincheren en el fondo!

La turba infiel, sin desistir de sus propósitos, se dirigió a la capilla y empleando un madero pesado, usándolo como ariete comenzó a arremeter el acceso principal. Rompieron la puerta y se dio inicio a la masacre. Los que pudieron escapar desfavoridos tomaron el camino que conducía a los antiguos pueblos de Omia. Otros pensaron diferente.

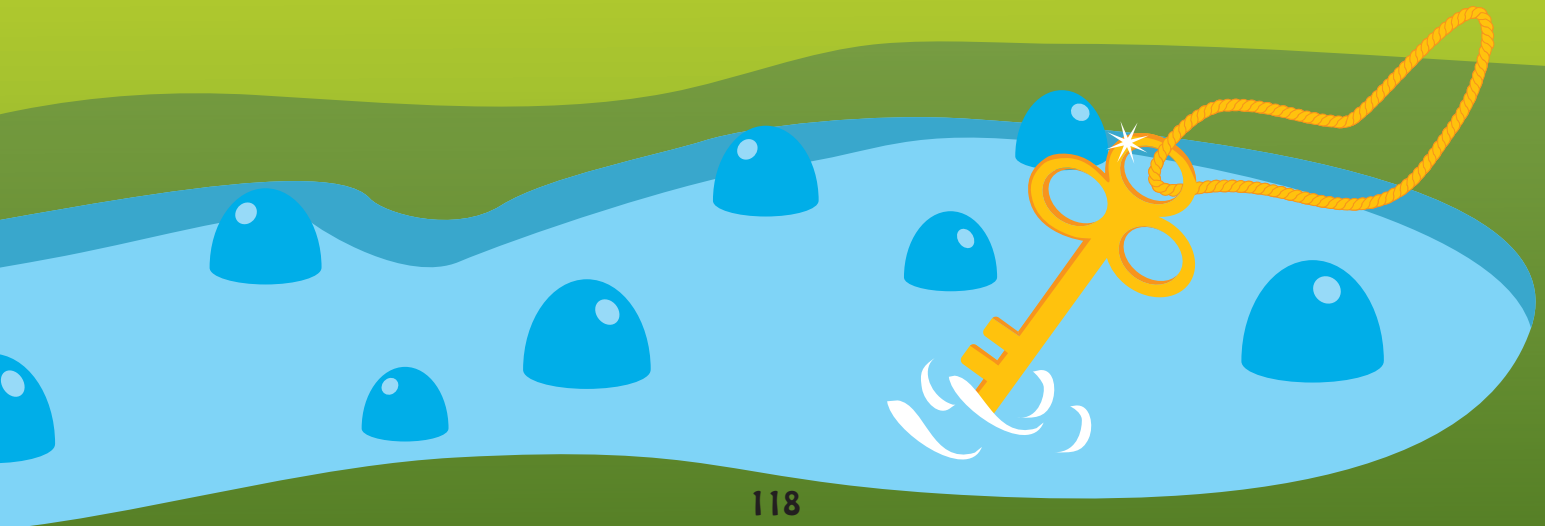
- Tomemos el camino que va a nuestros vecinos de Laurel para informarles lo que está ocurriendo. Ellos tienen que salvarnos.
- ¡Apresuremos el paso!
- Llevemos con nosotros nuestra imagen, no podemos dejarla a manos de los infieles.
- Sí, dos de nosotros vamos a cargarla y salgamos por la puerta trasera, otros que carguen con la custodia, los demás que cubran nuestra huída.



Un grupo de salvajes buscaba afanosamente en un retiro lateral derecho la llave de oro. Aunque desconocían el incalculable valor de la reliquia, no obstante su instinto natural les decía que era muy apreciable. Lanzaron los candelabros y otros armamentos en su pretencioso afán de encontrarla; pero no pudieron cumplir su cometido.

El sacristán, quien manejaba la codiciada llave, no pretendió escapar sin ella. Sólo él sabía dónde escondía el pequeño tesoro, de modo que asiéndola con sumo cuidado salió por la puerta de escape y tomó el camino que va a Laurel. Los atacantes vieron a aquél escaparse, y a medida que corría, la cadena dorada se balanceaba en su mano reflejando los brillantes rayos de sol. Lo persiguieron, más el huidizo cetrero al sentir desvanecerse por el cansancio llegando a la laguna de Laurel, arrojó la llave con su cadena. El que traía la custodia hizo lo mismo, y a medida que éstas se hundían, las aguas comenzaron a borbotear como llegadas al punto de ebullición. Las gotas de agua formaron cristalinas columnas, semejantes a la de un geiser, y al alzarse dispersaba la luz de la tarde convirtiéndolo en un maravilloso espectáculo iridiscente.

— ¡Por Dios! ¡Qué milagro!...—dijo, fascinado, el sacristán.



Los perseguidores también cayeron asustados, mientras la laguna se convertía en un espejo de agua encantada, pero continuaron su propósito. En Laurel también diezmaron a la población y tras su abominable acción, se retiraron a Pachiza.

Los hombres y las mujeres que huían siguiendo las orillas del río Guambo, llegaron hasta una bella catarata de más de doscientos metros de altura. Aprovecharon los juncos que flanqueaban la caída de la cascada para salir por el río Guayabamba, junto a Hairango, aldea que pertenecía a la provincia del Huallaga, en el departamento de San Martín. Más tarde estos sobrevivientes fundaron los nuevos pueblos de Omia, Chirimoyo y Huamampata.

Luego de salvar sus vidas, deshicieron las lianas de la catarata que permitía encontrar el camino a estos poblados, a fin de que los infieles no vuelvan a cometer otra tropelía con ellos, lo que al parecer dio resultado ya que nunca más fueron molestados por ellos.

Hoy sólo quedan escombros de los asentamientos mineros de Posic y Laurel. La imagen que salvaron pudo haber sido la de San Nicolás de Tolentino, que fue abandonada en una cueva de Huamampata, cuando los que escapaban ya no pudieron continuar con la efigie “El Dorado”, que sí existió y estuvo en aquella libérrima región que se llama Amazonas.

Fuente oral: Lucy Cruz; Rodríguez de Mendoza.

Escolar: Gisela Torrejón de la Cruz, 13 años; Chachapoyas, Amazonas.

Asesor: Marda Cruz Reyna Ordinola.



Leyenda de la laguna de Akuán

En la parte alta de la hacienda de Catudén, en la provincia de Contumazá, antes perteneciente al territorio del poderoso curaca Guzmango, se halla el lugar ahora denominado Akuán. Allí, hace muchos años, era señor el poderoso Tanta Rica, cuya hermosa y joven hija era cortejada y pretendida por los más apuestos y principales señores de las comarcas vecinas, sin que ella manifestara por ninguno de ellos la menor inclinación.

Uno de esos días, se presentó ante Tanta Rica un hombre sumamente pobre, vestido con ropa rota, vieja y con llanques muy gastados, probablemente por su mucho caminar, para pedirle hospedaje por unos días.

El curaca Tanta Rica, hombre bueno y justo, dio hospedaje al forastero que dijo llamarse Akuán. Algunos días después, éste se presentó nuevamente ante Tanta Rica y, para su sorpresa, le manifestó que en los días de su permanencia se había percatado de que su territorio sufría escasez de agua, por lo que le proponía poner una laguna en la parte alta del cerro.

De este modo, tendría agua en cantidad suficiente para regar todas las tierras aptas para cultivo; pero, a cambio, Tanta Rica debía comprometerse a cederle en matrimonio a su hija.

El señor pidió un tiempo prudencial para meditar sobre el extraño trato que le proponía el mendigo y forastero Akuán, en quien Tanta Rica observó un poder sobrenatural que emergía desde su propia mirada.

Pasaron algunos días, días de gran preocupación, temor y aflicción para Tanta Rica, quien tenía que resolver entre obligar a su hija a desposarse con un mendigo o disponer de agua abundante para el bienestar y el progreso para su pueblo. Al fin, una mañana hizo llamar a Akuán y le manifestó que había resuelto acceder a su petición, pero lo amenazó con mandarlo matar en caso de que incumpliera los términos del compromiso.

Akuán abandonó la aldea, sin que nadie pudiera precisar el momento en que lo hiciera, y desde entonces pasó mucho tiempo sin saberse nada de él. Tanta Rica, pensando haber sido objeto de una burla por parte del extraño mendigo, desesperado, decidió que su hija se casara con el poderoso señor de una tribu vecina.

Pero una noche, los moradores del lugar escucharon un extraño y ensordecedor ruido, como si un río caudaloso dejara correr sus aguas en incontenible corriente haciendo bramar, como dice la gente de Cajamarca cuando un río viene sobrecargado en las lluvias, que ni el río Rímac en Lima iguala como hablador.

Sorprendidos y temerosos, muy temprano se levantaron para cerciorarse del origen del ruido escuchado y encontraron a Akuán, ya no cubierto de trapos remendados sino convertido en un apuesto señor, elegantemente vestido con muchos adornos de oro y piedras preciosas que cubrían



su cuerpo. Akuán, luego de saludar a todos y entrevistarse con Tanta Rica, pidió que le acompañaran a una planicie cercana, que se había transformado en una gran laguna, cuyas aguas discurrían torrenciosas por la falda del cerro.

Ante la sorpresa y alegría de los pobladores que aclamaban a Akuán como su salvador, éste dijo a Tanta Rica: “Yo he cumplido con mi ofrecimiento, ahora te toca a ti cumplir con tu palabra”.

El curaca, consternado, le explicó que, perdidas las esperanzas de su regreso, había autorizado el matrimonio de su hija con otro hombre. Akuán, resentido, desapareció definitivamente en medio de la laguna, la que comenzó a secarse hasta quedar convertida en una hondonada, en donde hasta ahora se escucha como si un río dejara correr sus aguas de manera subterránea en el interior de la tierra.

Actualmente, Tantarica es un distrito de la provincia de Contumazá, a dos horas de Cajamarca.

Por ello me permito felicitar la iniciativa de promover este concurso entre nosotros los escolares, porque lamentablemente la agenda ambiental y el agua no es prioridad en el país.

Fuente oral: Rodolfo Ravines, provincia de Contumazá.

Escolar: Ramiro Melber Chuquilín Hernández, 14 años, Cajamarca.

Asesor: Yessica Chuquilín Prado



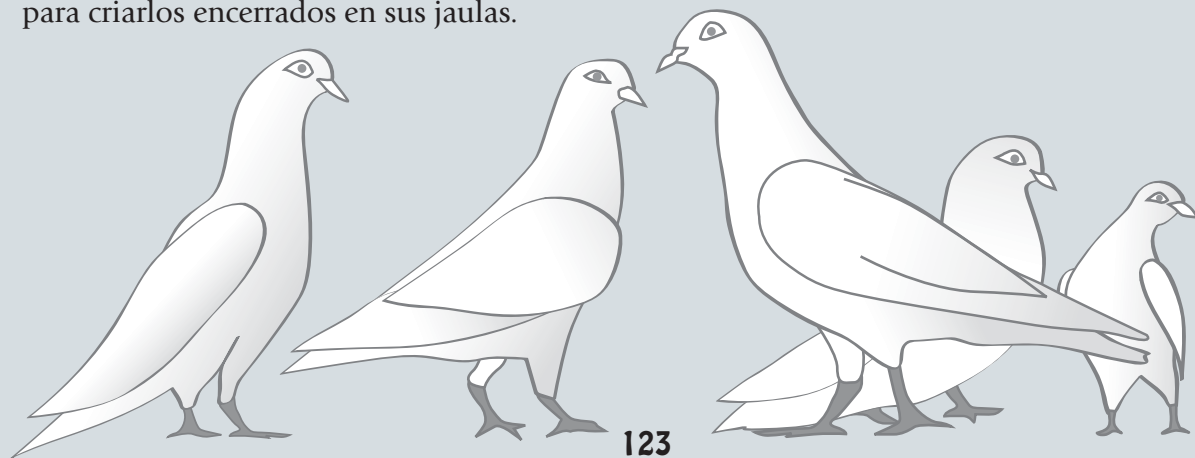
Leyenda de los “Chorros de Agua”

Dicen nuestros ancestros, que en una época los fresnos habitaban casi todo el área de la actual ciudad de Usquil, “Balcón del cielo”, cubriendo los escasos bohíos con toda su frondosidad.

En las copas de estos árboles habitaban aves de varias especies, las que con sus trinos alegraban los corazones de los usquilanos de ese tiempo remoto. Las aves predominantes eran las palomas blancas y grises que se alimentaban de los mostazales, trigales y cebadales de las faldas del cerro Llaut.

Estos animalitos eran cazados por los mozuelos usquilanos que los perseguían para obtener su carne y extraer su corazón, el cual utilizaban como elemento afrodisíaco para conquistar a las bellas damas de este rincón del Perú.

Corrían los meses de mayo y junio, tiempo en que estos plumíferos se apareaban; machos y hembras fabricaban mancomunadamente sus nidos en los que recibirían los cuerpecitos ti-bios y débiles de sus polluelos. Sin embargo, la persecución de los cazadores no cesaba, al contrario, se incrementaba debido a que, en muchos casos, los cazadores robaban a los polluelos para criarlos encerrados en sus jaulas.



Una tarde, los habitantes de la comarca estaban sorprendidos al escuchar un trinar lastimero que procedía de las copas arbóreas. Los ancianos estaban preocupados, a cada instante cuchicheaban el anuncio de una desgracia para el pueblito.

La noche cubría ya con su manto negro a toda la comunidad y las aves seguían con su llanto, las mujeres y los ancianos comenzaron a elevar sus rezos y oraciones a la “Shunshita”, ¿vendría un terremoto?, ¿una sequía?, ¿quizás un incendio de los cereales?, ¿o tal vez qué desgracia?

Mientras las aves se trasladaban con dificultad a un costado de la comarca, y se ubicaban en dos grupos de fresnos del lugar, los cantos fúnebres eran cada vez más intensos; la oscuridad daba licencia a los perros para ladrar y aullar desesperadamente.

Tras varias horas de miedo y suspenso, en la casa de don Ramiro Julia, Santiago, su hijo, pensó que estos cantos lastimeros de las aves se debían a que él en sus jaulas tenía cautivos a diecisiete polluelos, crías de las aves del lugar.

Los ladridos, los gritos y silbos de los vecinos hicieron que, por fin, cerca de la medianoche, las iracundas aves se callaran; en tanto que Santiago, en su casa, decidía aguardar la luz del día para liberar a los polluelos.

Los primeros rayos del sol despertaron a las aves y a los humanos, sin embargo, estos últimos estaban sorprendidos con la aparición de dos manantiales en los lugares en que pernoctaron las aves, pues el agua que brotaba no era sino las lágrimas de las palomas que derramaron en protesta por el secuestro y persecución asesina de sus compañeros y crías.

Éste es el origen de los dos manantiales, que abastecen de agua a Usquil. Son conocidos como el “Chorro Grande” y el “Chorro Chico”, o también como “Las palomas que lloran”.

Fuente oral: Señor “Joselito” (poblador de Usquil); Usquil, Otuzco, La Libertad.

Escolar: Julissa Mabel Alvarado Solano; 13 años; Usquil, Otuzco, La Libertad.

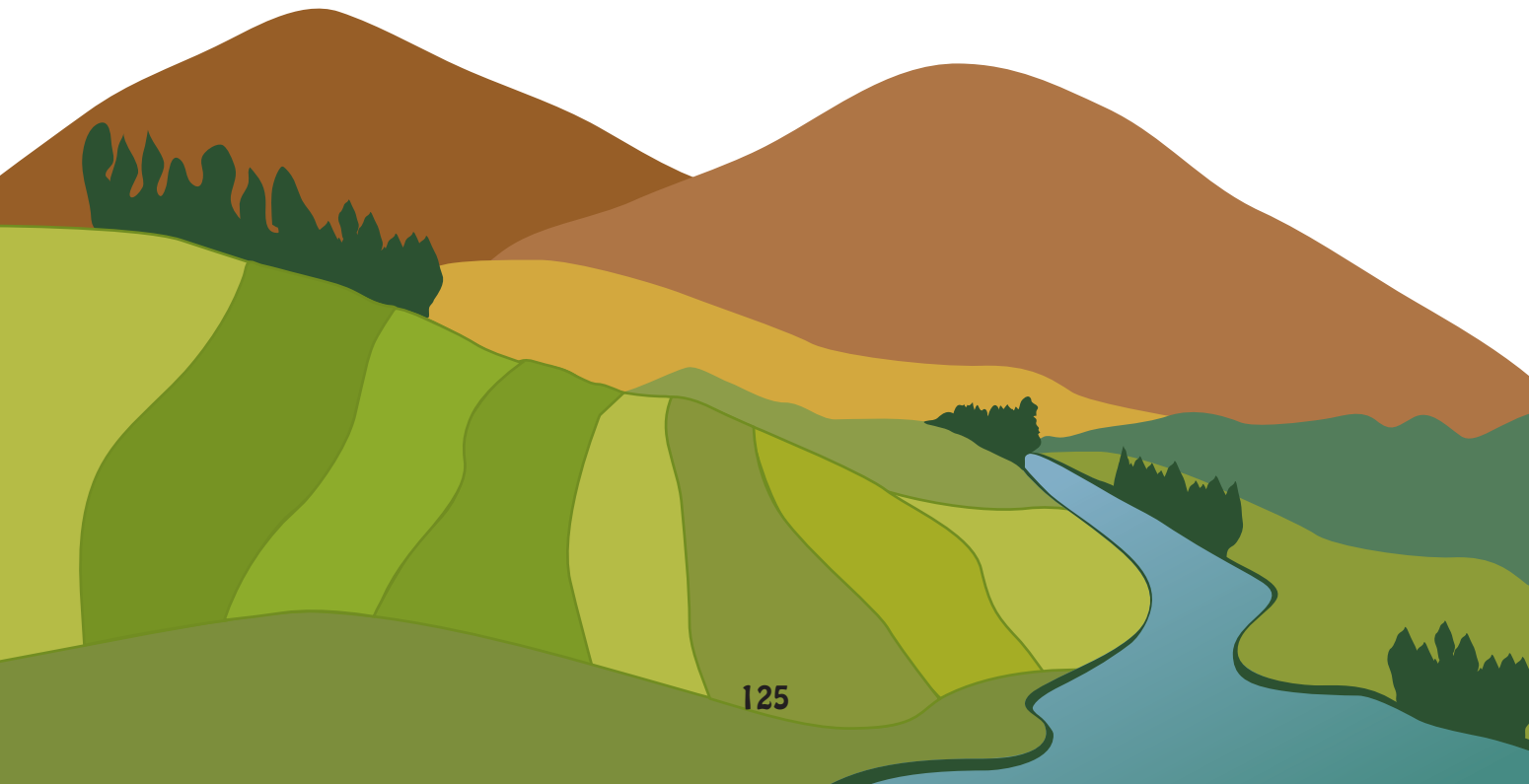
Asesor: Danilo Rubén Alvarado Solano.



Leyenda del río Mantaro

Cuenta la leyenda que una princesa Inca, quien sufría una decepción amorosa, se fue a las alturas de las pampas de Junín para olvidar sus penas de amor. En esa tristeza, empezó a derramar gotas de lágrimas, que fueron convirtiéndose en un lago por acción del dios Wiracocha. Cuando rebalsó, salieron hilos de agua, como si fueran de plata, convirtiéndose en pequeños riachuelos que empezaron a descender por la cordillera de los Andes.

Pero el dios Wiracocha vio al pueblo triste, porque sus tierras eran áridas y no había comida, por lo que decidió convertir al pequeño riachuelo en un río grande, para que regara sus campos, y de esta manera hermoseara el valle del Mantaro. Hecho que sirvió para consolar a la princesa, que se repuso de la pena sufrida.



Mitos y leyendas del agua en el Perú

Jugaban los peces alegres en el río, dando gracias a los dioses por tan hermoso regalo; el resto de los animales, de igual manera, estaban felices por la abundancia de comida generada por el río.

Los pobladores del valle se emocionaron, y contentos empezaron a sembrar papa, oca, maíz, mashua, habas, y ya no pasaron hambre.

Llegando al valle del Mantaro se encargó de tejer una alfombra verde, con árboles de guindas, eucaliptos, molles, cipreses, flores como rosas, geranios, margaritas y claveles.

Pero, ay de aquel día que se ponga furioso, entonces arrasará con todo: plantas, animales, casas y cuanto encuentre a su paso, y no habrá nada que lo detenga.

Qué alegría nos brinda el valle del Mantaro, porque debido a su presencia se riegan los campos.

Los niños alegres y felices juegan en la orilla, mientras sus madres lavan la ropa cantando sus alegres huaynos.

¡Oh!, río Mantaro, eres fuente de inspiración de compositores, poetas, cantantes.

Testigo de muchas tragedias y alegrías, que sólo tú sabes.

El río Mantaro es también fuente de progreso porque nos proporciona la energía que mueve el Perú.

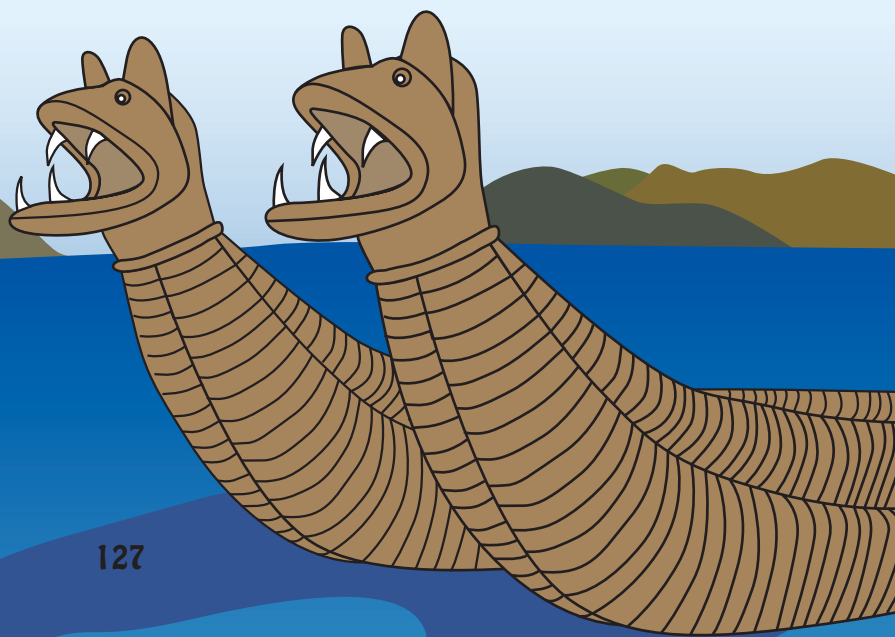
Fuente escrita: Lecturas Huancas, Benjamín Gutiérrez Verástegui, Editorial Tierra Adentro.
Escolar: Brayan Kevin Capcha López; 12 años; Huancayo, Junín.
Asesor: Wilder Roldan, Salomé Galindo.



Leyenda del valle de Wiñay Marka (hoy lago Titicaca)

En mi pueblo siempre se ha escuchado sobre Wiñay Marka, pero pocos aciertan en su mitología. Ésta es una leyenda que nace a orillas del lago sagrado de los Incas (Titicaca), que relata sobre la creación del mundo. Duró muchos siglos, durante los cuales el apu Qullana Awki (dios andino), creó el Universo: la tierra, el cielo, los mares, ríos, lagos, animales; las plantas, la gente, las estrellas, etc.

Cuando terminó de crear el mundo, Qullana Awki se fue a vivir a una de las montañas más grandes del altiplano puneño, que se ubica cerca del lago; pero dejó un mandamiento para la gente. En aquellos tiempos, todo lo que hoy ocupa el lago Titicaca era un paraíso llamado Wiñay Marka (ciudad eterna), donde no había odio, envidia ni riñas entre los hombres. Era un valle hermoso. Lo único que debía cumplir la gente era el mandamiento del apu: "Nadie



debía subir a la cima de las montañas donde ardía el Fuego Sagrado”. Durante largo tiempo, los hombres no pensaron en infringir esta orden del Dios.

Sin embargo, un día la gente instada por el Awqa (ser maléfico) escaló la montaña que protegía a todo el valle sagrado. El Awqa hizo creer a la gente que, llegando a la cima de la montaña, se convertirían en seres superiores, tan igual y aún más que el apu Oullana Awki. Entonces, un buen día, al alba, los hombres comenzaron a escalar la cima de la montaña, pero a medio camino fueron sorprendidos por el apu. Éste comprendió que los hombres habían desobedecido y decidió exterminarlo. Miles de pumas salieron de las cavernas y devoraron a los hombres que suplicaban al Awqa por ayuda. Pero éste permanecía insensible a sus súplicas. Viendo eso, Inti, el dios Sol, se puso a llorar. Sus lágrimas eran tan abundantes que en cuarenta días inundaron el valle. Un hombre y una mujer solamente llegaron a salvarse sobre una barca de junco.

Cuando el sol brilló de nuevo, el hombre y la mujer no creían lo que veían: bajo el cielo azul y puro, estaban en medio de un lago inmenso. En medio de esas aguas flotaban los pumas qaqa titinakawa (son pumas grises), que estaban ahogados y transformados en estatuas de piedras. Llamaron entonces al lago Titicaca, el lago de los pumas grises o de piedras.

Fuente oral: Pobladores Isla Jisk'ata; Acora, Puno.
Escolar: Ronald Miguel Juarez Chambi; 15 años; Puno.
Asesor: Leonor Avelina Chambi Palero.



Los chorros de Tía Pollo

En el pueblo de Tía Pollo, en el departamento de Amazonas, había una vez una viejita que tenía un gallo. Esta viejita cuidó su gallo hasta muy viejo. Se dice que el gallo, de puro viejo, puso un huevo. La viejecita, de pura curiosa, guardó el huevo; y luego, cuando fue a revisar, de dicho huevo había nacido una culebrita. La viejita, de curiosa, la guardó y la alimentó.

Dicen que un día tuvo que ausentarse del pueblo, y dejó a la culebrita encerrada en un baúl con su comidita; pero cuando regresó abrió el baúl y se encontró con un enorme animal que, de inmediato, la devoró. El animal se fue buscando alimento y se posesionó del chorro del pueblo.

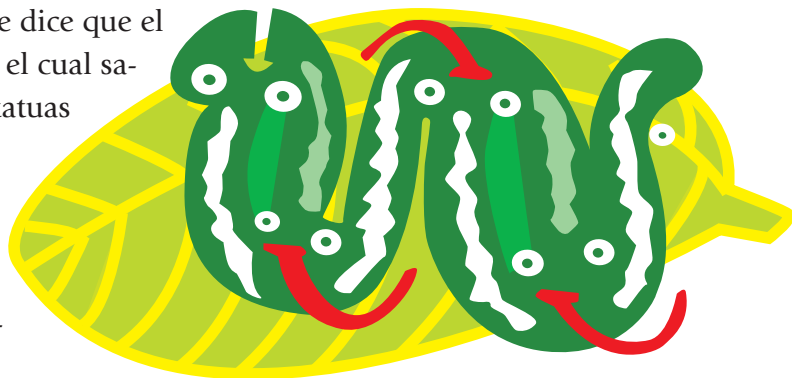
Cuando la gente iba a recoger agua al chorro para sus quehaceres domésticos, desaparecía. Ello aterrizó a la población, pues diariamente desaparecían niños, personas, ancianos, hasta que descubrieron que la culebra era LA CULPABLE.

Con terror vieron que a la culebra le habían salido alas. Los pobladores huyeron del pueblo de inmediato, dejando todas sus pertenencias.

Dicen que era un pueblo muy rico. Se dice que el chorro del pueblo era un león de oro, por el cual salía el agua y en la plaza principal había estatuas en oro y plata.

Todo lo dejaron y huyeron.

Al huir, el pueblo se dividió en dos partes: unos bajaron al pueblo de Pomacochas; y otros, al pueblo de Shipasbamba.



Mitos y leyendas del agua en el Perú

La culebra, al no tener alimento, voló al pueblo de Cajamarca, pero cuando lo hacía un rayo la fulminó y la mató en donde ahora se llama “La Pampa de las Culebras”.

Dicen que los pobladores más valientes, al enterarse que había muerto la serpiente, regresaron al pueblo a traer algo de sus pertenencias; y dicen que en la iglesia había dos santos: Santo Tomás y San Lucas. El pueblo de Shipasbamba eligió a Santo Tomás, y el pueblo de Pomacochas eligió a San Lucas, ambos son actualmente patronos de estos pueblos.

Pasado el tiempo, los pobladores de dichos pueblos construyeron sus chorros y en ellos se bañaban, lavaban su ropa, y desde allí llevaban a sus casas para su sustento diario.

Para fabricar los chorros, canalizaban el agua con canales hechos de una madera llamada “Chonta”, cuyo interior es como hilos muy delgados y es fácil de sacarlos y darle forma de canal; además de ser árboles muy altos.

Estos chorros han servido a la gente, generación tras generación, hasta hace un par de años, en que ya cuentan con servicio de agua y desagüe.

Pero los chorros siguen disponibles para los pobladores que los tienen como representación de su tradición.

La gente de ahora quiere encontrar el pueblo tan rico de Tía Pollo, pero dicen que es un “pueblo encantado”; y, por otro lado, están los factores climáticos que no son favorables.

Dicen que cuando están en las cercanías, se empieza a llenar de una neblina muy densa, que no permite ver nada y los exploradores de miedo se regresan.

Fuente oral: Francisca Pinedo Daza; Amazonas.

Escolar: Gonzalo Armando Almonte Bobadilla; 10 años; Nuevo Chimbote, Santa, Ancash.

Asesor: Ángel Dolores Bobadilla Ocampo.



Los ojos milagrosos de la vida

En el pueblo joven San Pablo de la Luz, con más de cinco mil habitantes, hay unas pequeñas vertientes naturales de agua cristalina, pura y fresca, que los vivientes más veteranos las llaman “los ojos milagrosos de la vida”.

La gente madruga diariamente con sus cántaros, baldes, ollas y otros envases, formando inmensas colas, para recoger del chorro más grande del agua que mana, cada vez más escasa, de las entrañas de la tierra y que nos permite atender nuestras necesidades de alimentación y aseo para sobrevivir.

Así lo hacen desde hace muchos años, porque no hay eso que se llama agua potable. Una carencia vital que sufre la mayoría de habitantes de los asentamientos humanos y barrios de mi ciudad, Iquitos.

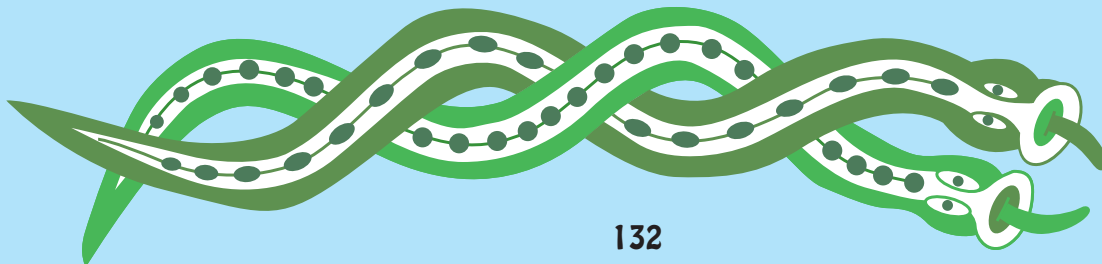
Yo también cuando vivía allí, junto con mi madrecita y mi ñañita, la huinshita, madrugábamos para hacer cola, interrumpiendo la mejor hora que teníamos para dormir y estudiar. A esa hora, aproximadamente tres de la mañana, se reunía gente de todas las edades y sexo; algunos se pasaban gran parte del día tratando de llenar su baldecito. En la cola se escuchaban griteríos, insultos y se armaban broncas; muchas veces, nos quedábamos sin recoger nada, ni siquiera para tomar y asearnos. Suciachos, mal alimentados y con sed de agua y vida teníamos que ir, de lunes a viernes, a la escuela. Hoy, ese ojo milagroso chorrea menos, parece que se está secando.

Los viejos del pueblo también se van a recoger agua: reniegan y maldicen su suerte, porque dicen que van a morir sin haber probado, hasta ahora, agua potable de grifo. Uno de ellos, don Pashquito Tanchiva (el viejito joven, como le llaman), una de esas frías madrugadas, nos contó lo siguiente:

“Miren varoncitos, nosotros vivimos en la tierra del agua, ningún lugar del mundo tiene tanta agua como nosotros. En realidad, vivimos sobre el agua, cubierta por una capa de tierra llena de bosques, la selva. Es que esa vez que cayó el diluvio, como está escrito en la Biblia, durante cuarenta días y cuarenta noches, toda esa agua se ha empozado en la Amazonía. Algunos dicen que aquí ha caído ese diluvio. Por eso tenemos grandes y numerosos ríos y cuencas, centenares de riachuelos, cochas, quebradas, tahuampas, pantanos, aguajales, manantiales, vertientes naturales, etc., donde viven también miles de boas, porque sepan bien ustedes: la boa es el verdadero animal que cuida, vive y nos da agua, a mí no van a engañar...”

“Les quiero decir que el agua que vierte de la tierra no es así nomás. Esos chorros y chorritos de agua que encontramos brillosos en la superficie de la tierra, o cuando cavamos a cierta profundidad en las laderas e inmediaciones de las lomas, es el agua que botan las boas, según su tamaño, desde dentro de la tierra, al respirar por sus escamas y que se hace más fresquita y cristalina cuando recorre terrenos arcillosos y arenosos que lo van purificando. Esas vertientes hay en toda nuestra selva amazónica y de ellas se alimenta la población que no tiene agua potable, haciendo sus pozos, porque hoy gran parte del agua de los ríos es una cochinado. Aishtá, también, la yacu huasca, esa sogá prodigiosa, que crece del cuerpo de las boas; quiero decir, de los hijitos de la yacu mama, con la que sacian su sed los montaraces y nativos tomando su rica agua. Entonces, el agua que tomamos los pobres, gracias a esas sogas y ojos milagrosos, es la que, generosamente, nos envían las boas cuando respiran”.

“Lo lamentable es que, cada día que pasa, hay menos ojitos milagrosos y yacu huasca, debido a que la gente de la ciudad los está tapando y matando, haciendo pistas, regando ce-



mento por todo lado, como ignorantes y locos, contaminando el ambiente, calentando la temperatura y secando la tierra, destruyendo los bosques, depredando y degradando la naturaleza y la vida. Las pobres boas, al ser aplastadas y no poder respirar, mueren asfixiadas; lo que es peor, cuando los encuentran los matan, sin saber cuánto bien nos hacen”.

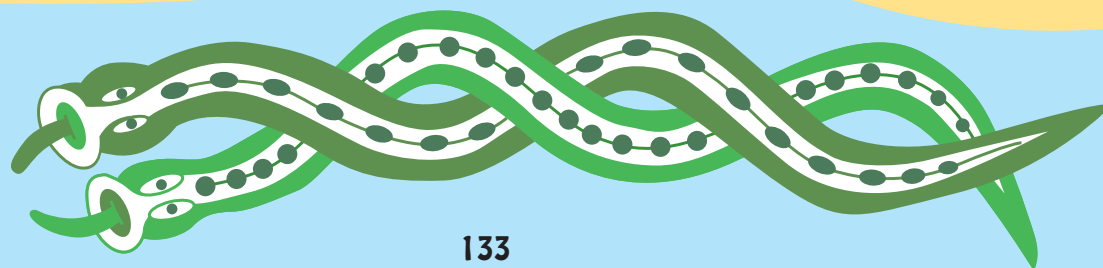
“Les digo algo más: en Requena, los antiguos vivientes se alimentaban del agua pura y dulce de los pozos de Chazuta, California y Dios Mío. Hoy, no hay nada. Igual sucedió acá en Iquitos: del agua de Sachachorro, de Huasca Barbasco, de Paíno, de San Juan, ¿qué queda? En Nauta, al Sapi Sapi lo han envenenado, y hoy es una vertiente muerta, convertida en un contaminado lago artificial. De todas esas bellas fuentes naturales, unos cuantos vivazos e interesados platasapas se apoderaron. Y así, en todos los demás pueblos de esta linda tierra, los minerales hombres de la ciudad continúan su alocada carrera destructiva, engañándonos como a cholitos que nos van a poner agua potable y que va a haber agua para todos. Son unos mentirosos. ¡Miren cómo estamos!, hechos unos infelices esperando, horas tras horas, para que esas pobres y moribundas boas respiren fuerte y nos hagan llegar la agüita que necesitamos para vivir. Me indigna todo esto, mejor me voy a lamentar en mi cocina”.

Y se fue, con su balde vacío, cansado –como nosotros– de tanto esperar.

Fuente oral: Eulogio Lozano Soria; Iquitos, Loreto.

Escolar: Alejandro Samuel Gamaniel Alván Silvano; 16 años; Maynas, Loreto.

Asesor: Cenit Esther Ríos Babilonia.



Ofrenda de amor a las aguas del río Pozuzo

En el caserío Tingo Malpaso, del distrito de Pozuzo, Pasco, los días viernes se realizan ferias donde los pobladores exhiben y venden tanto productos agropecuarios como una impresionante artesanía local.

Hace cuatro años tuve la oportunidad de visitar estas ferias; empecé observando todos los puestos y me detuve en uno donde vendían unas hermosas mantas. Más que preguntar el precio, quise conocer los detalles de cómo y quiénes las hacían.

Después de dar a conocer mis inquietudes, una alegre y joven muchacha –con cierto dejo andino– me explicó que la calidad de sus tejidos se la deben al agua, y seguidamente me dio a conocer la leyenda titulada “Ofrenda de amor a las aguas del río Pozuzo”.

Por supuesto, compré una manta y así comprendí que aún existen culturas que valoran cada vez más su entorno y la importancia de éste en sus vidas, como en este caso, el profundo respeto hacia el agua. De esta manera, el patrimonio cultural de mi pueblo Pozuzo se hace más rico y se refleja en la artesanía andina. A pesar que la persona que me contó la leyenda falleció dando a luz el año pasado, la difundí en mi colegio con mucha nostalgia.

Desde hace muchos años, todas las mujeres del caserío de Cocatambo aprenden a tejer desde muy pequeñas, gracias a la ayuda del agua y de sus mamás. Ellas aconsejan sabiamente a sus hijas el respeto hacia el agua, porque es el secreto para tener éxito en la confección de muchos tejidos, como el de las famosas mantas, que sirven para cargar en la espalda a los bebés guaguas, llevar productos de la chacra o simplemente para cobijarse en los duros inviernos que caracterizan a la zona alto andina de Pozuzo.

Una vez que las mamás han cosechado el algodón, se lo dan a las niñas para sacarle las pepitas y empiecen a darle forma de hilo. Como es lógico, las pequeñas manos y corta edad de

las niñas dificultan la labor, pero con mucho esfuerzo culminan en una meta común: hacer un bollito del tamaño de su puño.

Es tanta la alegría y emoción de las niñas al hacer los bollitos que, al acabar de hacerlo, buscan inmediatamente a sus mamás para entregárselos. Es allí que la comunidad le rinde culto al agua, motivo por el que las mamás conducen a sus hijas al río. A pesar que para las niñas resulta fascinante acercarse al agua para bañarse o lavar su ropa, para la mayoría de ellas este momento deja una huella imborrable en sus vidas.

Madre e hija, con sus miradas puestas frente a las aguas del río Pozuzo, se arrodillan y piden a Dios que, así como el río conduce sus aguas infinitamente y sin obstáculos, ellas vienen a ofrecer un bollito de hilo y a recibir la bendición de sabiduría, talento y éxito en el arte de tejer a lo largo de toda la vida.

Éste es el momento en que las niñitas lloran desconsoladamente, porque las mamás les piden que arrojen su bollito al agua. Las niñas no comprenden por qué les piden eso y se resisten a desprenderse de ese primer bollito al que tanta atención y cariño le dieron, pero ante la insistencia y convencidas por las sabias palabras de sus mamás, terminan arrojando el bollito al río, donde a la vista de ambas se empieza a desenredar y viajar con las aguas. Luego, sólo después de no verse señales del bollito, madre e hija regresan a casa donde, por primera vez, la mamá le enseña en el telar las primeras nociones de tejido, diciéndole a la hija que ya está lista para emprender libremente el desarrollo de su talento y tejer de manera grandiosa, como el imponente cauce de las aguas puras y limpias del río Pozuzo que, sin dificultad alguna, van a descansar en la plenitud de los océanos. Todas las mamás son las responsables de difundir esta leyenda de generación en generación.



Phaxcha Humalante

En un lugar de la sierra de Tacna, una simpática y conversadora abuelita, más conocida como doña Goyita, se reunía cada noche con sus nietecitos y les contaba tan maravillosas historias que los niños quedaban encantados y soñaban con esos paisajes, y con los personajes que intervenían en esas historias.

Una de esas bonitas historias, era la llamada “Phaxcha Humalante”, el maravilloso relato de una “caída de agua”, ya que a medida que doña Goyita les iba narrando, ellos se imaginaban paisajes, personajes que sólo esos cuentos podían hacer imaginar en sus cabecitas...

Contaba doña Goyita que en un pueblito andino, vivía una familia muy feliz. Tenían dos hijos fuertes que ayudaban a sus padres en las labores de la casa, uno de ellos se llamaba Callazas y el otro Salado. Pero un día, que los lugareños lo recuerdan con tristeza y miedo, porque cuentan que aparecieron muchos “jintilas” por ese pueblito, que eran personas de tiempos muy remotos que vivían en los huecos de los cerros, ese día, estos hermanos pelearon, llegaron incluso hasta quererse matar uno al otro; no escuchaban los ruegos de su padre ni los llores de su madre, entonces la tierra oscureció y se desató una gran lluvia, ellos le llamaban “jallu”, hubo muchos “illapus” (truenos), “lliju lliju” (relámpagos) y también “chhijchi” (granizo). Los apus estaban muy enojados por la pelea entre los dos hermanos y mandaron un gran “illapu” (trueno) y los dos hermanos fueron transformados en ríos.

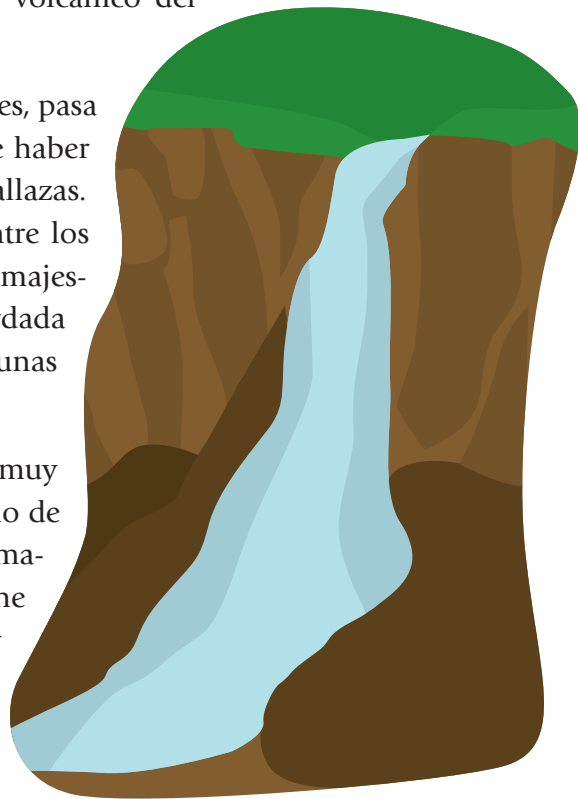
A Callazas lo enviaron muy lejos, cerca de la laguna de Suches, y de allí baja llorando todos los días, aumentando su llanto con agua fría que se filtra de la misma laguna y agua muy caliente de las llamadas “putinas”, las mismas que provienen del volcán Yucamani.

Así, Callazas, todos los días hasta hoy, baja llorando su mal proceder por la quebrada hasta llegar al sector denominado Aricota, pero allí ocurre algo muy bonito y maravilloso:

allí lo espera su hermano Salado, el cual también, castigado por los apus fue enviado a la cordillera cerca del nevado Cancave, desde allí baja malayando su suerte, aumentando su llanto, igual que su hermano, con agua muy fría que proviene del Cancave y de San Francisco y muy caliente que proviene de las "putinas", del cono volcánico del Yucamani por la parte trasera.

Salado baja, día tras día, por la quebrada de Calientes, pasa Totorá, Calleraco, hasta llegar a Aricota, allí, después de haber pagado todas sus culpas se encuentra y reconcilia con Callazas. De este acto maravilloso de perdón y reconciliación entre los dos hermanos, surge en la naturaleza algo imponente y majestuoso: la famosa "laguna de Aricota", la que está resguardada por un hermoso y fuerte toro negro que la amarra con unas cadenas de oro y plata.

"Pero hay algo más hijitos, decía doña Goyita... algo muy bonito": a medida que Callazas va recorriendo su camino de arrepentimiento y meditación para encontrarse con su hermano Salado, se enamora de una doncella que noche a noche lo acompaña en su recorrido; es la gran "phaxsi" (luna), y todas las noches por las inmediaciones de los baños de azufre se encuentran más cerca que nunca, hasta que los sorprende el gran Wara Wara (lucero de la mañana) y con él envían a los pueblitos de Cairani, Huanuara, Candarave, el amor que irradian, y así, cual cintas plateadas se deslizan riachuelos de agua cristalina llevando vida a todos esos lugares; pero, al entrar precisamente a Candarave, lugar de la terrible pelea entre los dos hermanos, hay un desvío de acequia, muy bella, que cual pequeña catarata o hermosa cascada de agua, se asoma como testimonio del arrepentimiento de Callazas por lo ocurrido con su hermano Salado: es la famosa "Phaxcha Humalante", una bella cascada de



agua que hasta hoy la vemos; así concluía su relato doña Goyita, siempre con un - “¡Ay hijitos...!”. Para terminar, decía ella:

- ¿Qué creen?– esa bella “cascada de agua” nos habla y todos los días nos dice: “El amor es el sentimiento más bello que hay en la tierra, lamento haberme peleado con mi hermano, pero los apus han oído mis ruegos y mis lamentos y me han permitido, a pesar de mi mal proceder, llevar vida a algunos pueblos y estoy aquí, trayéndoles vida, porque EL AGUA ES VIDA...ya sea en un lago, en una laguna, en una catarata, en un caudaloso río, en un pequeño riachuelo, en una tímida gota de lluvia o en una temerosa cascada como soy yo, a la que todos llaman “Phaxcha Humalante”.

Fuente oral: doña Goyita a Juan Melgar Obando; zona alto andina de Candarave.

Escolar: Melisa Araceli Melgar Valderrama, 12 años, Tacna.

Asesor: Glenda Melgar Valderrama.



Sacrificio en el desierto

El ejército avanzaba firme, no había nadie quien lo detuviera. El gran Túpac Inca Yupanqui lo había reforzado con guerreros sometidos, haciéndolo más fuerte, aún luego del triunfo contra los bracamoros. De este gran ejército sobresalía Cusi Huaraca, un hombre recio, fornido e inteligente para improvisar tácticas de guerra en momentos de dificultad; ello hizo que la hija de Túpac Inca Yupanqui, Curi Ocma, se enamorara de él y, sin pensarlo dos veces, se infiltrara en el ejército usando un hábil disfraz de guerrero.

Luego del memorable triunfo, el ejército hizo una celebración, por indicio de unos capitanes mientras el Inca dormía. En esa celebración, derrocharon sus alimentos y el agua que les quedaba, quedándose casi sin nada.

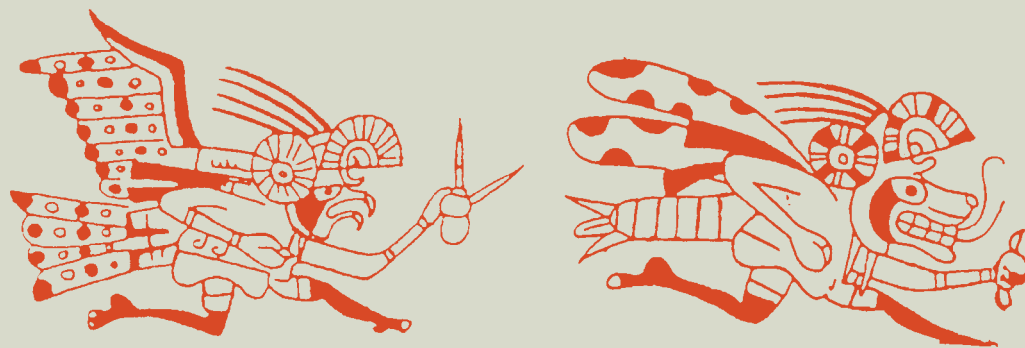
Al llegar al norte, al ejército se le presentó un gran problema: a sus ojos se les aparecía un inmenso desierto. El Inca ordenó que cruzaran para llegar al próximo pueblo, todos los combatientes del ejército hicieron muchos esfuerzos para llegar al otro lado, pero por falta de agua y alimentos muchos perecieron en el intento. Cusi Huaraca tocaba la arena, y con su gran experiencia deducía que por años no había llovido y que no llovería en muchos más, así que no iban a resistir mucho. Curi Ocma soportaba el calor y la sed ya que tenía un cuero con agua y viendo que Cusi Huaraca desfallecía por la sed, se le acercó y le dio un poco del líquido vital. Él se quedó sorprendido pues no se imaginó que ella estuviera ahí disfrazada, así que le ordenó esconderse de su padre, que iba adelante en una anda de oro, para que no la descubriera.

En medio del desierto, el Inca tuvo sed y quiso un poco de agua, mandó a sus sirvientes que se la trajeran, pero su respuesta fue negativa, se la habían acabado. Esto despertó la furia del Inca, quien mandó a ejecutar a los capitanes que habían propiciado el derroche. Entre tanto unos cañaris habían divisado al ejército Inca, con sus problemas y fueron a contarle al jefe del pueblo, quien viendo esto alistó un ejército muy poderoso para derrotar a los Incas en medio

del desierto; para eso envió a un espía que se infiltrara en el ejército incaico, y saber así su punto débil. El espía fue, pero la astucia de Cusi Huaraca, hizo que lo descubrieran y lo llevaron al Inca y ante él habló de todos los planes que tenían para vencerlos.

Hubo una preocupación general, pues por falta de agua y alimentos estaban indefensos a un ataque de los cañaris; empezaron a desesperarse, entonces el Inca fue donde el anciano sacerdote del Templo del Sol, quien los acompañaba, y su respuesta fue que tenían que dar dos sacrificios humanos: un hombre y una mujer, a una huaca que quedaba en una montaña cercana, así tal vez el dios Wiracocha se compadecía de ellos y les enviaba agua del cielo, pero para ello uno de los sacrificados tenía que ser de sangre noble.

Al conocerse eso, el Inca se entristeció demasiado pues no había ninguna mujer con el ejército y ordenó la retirada. Pero, en esto, se escuchó una voz femenina que dijo: "¡Yo me sacrificaré por el ejército de mi padre!", todos voltearon y era Curi Ocma, una de las hijas de Túpac Inca Yupanqui; su padre le reprendió por su atrevimiento al seguir al ejército, pero a la vez se resignó ya que tenía que contar con su hija para el sacrificio. El que no soportó eso fue Cusi Huraca, quien arrebatado de su presente le suplicó al Inca que quería ir con su hija a aquella montaña. El Inca aceptó la propuesta y los mandó.



Cusi Huaraca y Curi Ocma fueron todo el camino lamentándose, porque su amor tendría un trágico fin, pero sería eterno; avanzaron entre rayos y centellas que abatían el cielo negro, llegando al fin a la montaña, la escalaron y llegaron a la huaca, arrodillándose ante la imagen del dios Wiracocha y tomados de las manos, cada uno se clavó un cuchillo de piedra en el corazón, sellando así su amor. Wiracocha, al ver tanto amor en ese sacrificio, no dudó en enviarles una gran tormenta que hizo que nacieran ríos por donde iban los Incas, trayendo consigo peces. Luego de haber comido algunos peces y tomado suficiente agua, éstos vieron venir a los cañaris, a quienes salieron a hacerle frente y lograron ganarles para luego tomar el pueblo y someter a sus habitantes. Sintiendo llenos de vigor, fueron más al norte conquistando más pueblos, afianzándose en la región del norte.

Por el sacrificio, se formaron dos grandes ríos con amplios valles a sus extremos. Por Curi Huaraca, se formó el río Piura, al cual se le relaciona el valle del río Piura; y por Curi Ocma, se formó el río Chira, al cual se le relaciona el valle del río Chira, desembocando los dos al mar y uniéndose cada día más.



Fuente oral: Angélica Sosa Hernández; Chulucanas, Morropón, Piura.
Escolar: Raúl Santiago Solís Sosa, 16 años, Lima.



Tishu Ucha

Existe hasta la actualidad, un manantial: Tishu Ucha, ubicado en el paraje Milla Pata, que es una hermosa montaña al lado sur este del barrio San Pedro de Huáscar, en el distrito de Yanacancha, de la provincia de Chupaca.

Según el testimonio de mis antepasados, en el interior del Tishu Ucha, vivía una bellísima doncella que se atribuía ser dueña de las aguas cristalinas de dicho manantial.

La bella doncella, cada cierto tiempo, a la rayada del alba o en un crepúsculo atardecer, entonaba canciones que producían ecos en las montañas, los cuales, interpretados por los lilacu japicucuna, pedían una ofrenda, por lo que los pobladores se organizaron y realizaron la compra de productos como coñac, pisco, frutas y golosinas, para que los entendidos por medio de un ritual, en horas muy próximas a la medianoche, de preferencia los días martes o viernes, entregaran la ofrenda.



En cierta época, se dio una discordia entre los pobladores por el reparto del agua para la irrigación, al colmo que en peleas con agresiones físicas hubo dos muertos.

Posiblemente, a causa de dichos crímenes, la bella doncella con el eco de sus canciones con melodía nostálgica, prometió castigar a los pobladores. Ciertamente, el manantial llegó a secarse, convirtiendo su ojo en un nido de serpientes; muchos de esos reptiles, con varias cabezas, llegaron a morder a los animales y a los niños.

Los pobladores se atribularon y pasaban los días en profunda congoja, reuniéndose, noche tras noche, pidiendo misericordia a la Pachamama, pero fue estéril. Peor aún: los reptiles se multiplicaban e invadían las casas. Los pobladores, impotentes, decidieron emigrar a otros pueblos, pero el jovencito llamado Tuqui Ñahui, se negó a dejar su tierra natal, por la que, de tanto llorar, vertió abundantes lágrimas con sangre.



En ese momento, la apiadada doncella se apareció, prometiéndole el perdón para todos los pobladores.

A toda voz, Tuqui Ñahui llamó a los varones y a las mujeres de su tierra natal, dándoles a conocer la gran promesa. En un inicio, desapareció la inmensa cantidad de reptiles, y prepararon abundantes ofrendas en una noche de luna plateada, en manta de fibra de vicuña, con los entendidos a la vanguardia de Tuqui Ñahui; allí todo el pueblo en general, todas las madres y sus hijos inclinaron sus rodillas en tierra al lado de la ofrenda tendida, clamando perdón por sus actos negativos.

La hermosa doncella apareció justo por el ojo del puquial, dirigiéndose a todos los presentes:

— “Yo soy la fuente de vida de las plantas, de los animales y de toda la humanidad, vengo por venas internas de las cordilleras, desde muy lejos, mis padres son los grandes océanos y glaciares, que mucho les aman. Por ello les pido, que no ensucien el agua, que renuncien a sus ambiciones y egoísmos, que llegaron al colmo de negociarme y envenenarme en todo mi cauce; pero lo peor de todo: me negocian en las grandes urbes, se enriquecen extremadamente haciendo sufrir a sus prójimos de las clases oprimidas. Hombres y mujeres de todo el mundo, dejen de negociarme y envenenarme; sean solidarios, saben que soy un recurso gratuito, hoy les alerto que si no renuncian a sus malos actos, en algunas décadas más, mis padres, los océanos y glaciares, se convertirán en rocas saladas, siendo éste un castigo a toda la humanidad entera, que perecerá secándose de sed. Hoy es necesario firmar este pacto”.

Fue así que firmaron el pacto sobre la roca superior del manantial.

La doncella desapareció y las aguas cristalinas volvieron a salir en grandes cantidades. Los pobladores se abrazaron y lloraron con gran emoción y, regocijados, fundaron la Fiesta de la Llami-chada, dedicada a dicho manantial.

Fuente oral: León Sauri Samaniego; Distrito de Yanacancha, Chupaca, Junín
Escolar: Liliana Nataly Camayo Orihuela; 9 años; Distrito de Yanacancha, Chupaca, Junín



Toroccocha (laguna de toros)

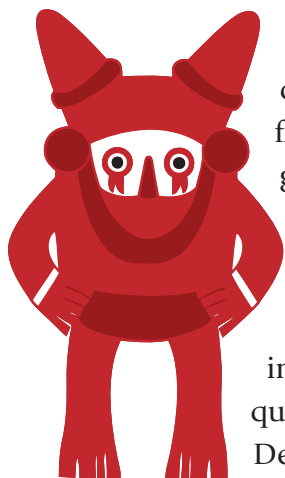
Una hermosa e inmensa laguna en plena cordillera de los Andes del Sur de Ayacucho, comprendida en la provincia de Lucanas, distrito de Puquio y anexo de Santa Cruz.

Cuenta la leyenda, que los antaños agricultores del anexo de Santa Cruz y sus caseríos Santa Rosa y Pamparque, requerían con urgencia agua para regar sus sembríos en años de sequía. La única fuente de abastecimiento de este líquido elemento eran las aguas del río San Pedro, que nace en las alturas del mencionado anexo, precisamente en la laguna de Toroccocha, donde hombres en su intento por aumentar el agua de la laguna cavando zanjas de salida, murieron arrojando sangre por la boca.

El sueño de un pongo (persona entendida en pagar a la madre tierra) reveló que dicha laguna era un encanto y que cualquier persona que se asomara a ella terminaría muerto... Pasaron muchos años, y la sequía azotaba esta parte de la región. La comunidad, forzada por la necesidad, se agrupó en cuadrillas de dos docenas y fueron a trabajar previamente haciendo su

pago a la tierra con varios pongos, pero para sorpresa de ellos, cuando apenas llevaban un atardecer, dos toros de color cenizo (uno gordo y el otro flaco), jugaban en la orilla simulando como una gran pelea. Al darse cuenta de la presencia de los hombres, corrieron a gran velocidad a la laguna y desaparecieron en ella.

De pronto, el cielo se empezó a nublar y se inició una torrencial lluvia con relámpagos y granizos que dio origen a la entrada del agua al río San Pedro. De allí, toma este nombre de Toroccocha, porque no



eran animales normales sino un encanto del Yakumama (agua), que nace en las profundidades del majestuoso Toroccocha, y que ha emprendido el respeto de todas las comunidades de esta región, como la laguna donde origina el agua y las lluvias del Ande Sur ayacuchano.

A partir de entonces, todos los agricultores y ganaderos de la zona esperan año tras año la benevolencia del Toroccocha, para que riegue con la dulce agua de su lluvia todo el manto terrenal de Puquio, Lucanas y el sur de Ayacucho.

Pero, cuando la sequía se presenta en la zona, hombres entendidos en el pago a la tierra caminan día y noche hasta la gran laguna, y luego de realizar los pagos con rituales ancestrales in situ, recogen en pequeños porongos las aguas del Toroccocha y, asegurando la tapa, transportan hacia sus lugares de origen, ubicando los porongos de agua en cerros más altos de la zona semi-destapada, aduciendo que de ahí nacerán las nubes para llover. Mientras la bravía de la laguna hace que se inicie la lluvia y les siga a los hombres por varios días y hasta semanas en tiempos de lluvia y fe, la bendición del Toroccocha regará la gran sabana terrenal andina de la zona para una buena cosecha y pastoreo de nuestros ganados.

De esta manera, el hombre andino, puquianos, cruceños y todos de esta parte de la región, rendimos homenaje al agua a través del Yakumama Raymi “Fiesta del Agua”, de la que José María Arguedas hablaría en su obra *Agua*. Porque el agua no sólo es el líquido elemento para la vida, sino sangre que mana de las profundas venas del Gran Apu (cerros), como deidad suprema para la vida; es el don de los Wamanis y la Pachamama (dios de los cerros y madre tierra) para la sobrevivencia de la humanidad y los seres vivos.

Por ello, hoy en día la Fiesta del Agua es un acontecimiento de pago y festividad.

Fuente oral: Pobladores del Anexo de Santa Cruz y Pamparque; Puquio, Lucanas, Ayacucho.
Escolar: Rebeca Ripas Tomairo; 13 años; Puquio, Lucanas, Ayacucho.
Asesor: Rufo Nicaél Bernaola Prado.

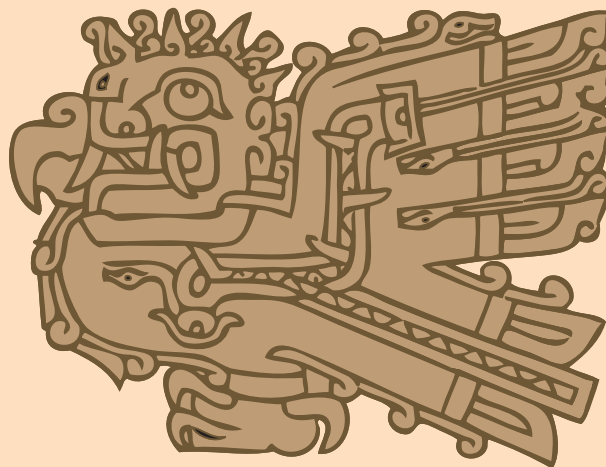


Yacu Jorguy* (mito)

Desde los tiempos inmemoriales, cuando posiblemente ya se sentía la escasez de la lluvia en mi pueblo heredero de los Yarus, particularmente en los meses de agosto y septiembre para iniciar la siembra del maíz y otros cultivos andinos, los adultos incitaban a los niños y jóvenes a recurrir a una práctica ancestral de extraer el agua subterránea con ciertos poderes mágicos de las entrañas de la caverna denominada “Mina Uchco”, ubicada en la parte baja del caserío de Rurish, a pocos metros del majestuoso río Marañón.

Para este propósito, los jóvenes se organizaban en grupos de bailarines, acompañados con instrumentos de percusión como la tinya, para poder dirigirse, en horas de la tarde, al lugar indicado de ingreso por un conducto natural muy estrecho, provisto de antorchas de paja y extraer el agua frígida que mana gota a gota de una formación pétreo con figura de Cóndor hacia un mortero natural; dicha agua es recogida al compás de la música y cánticos de jóvenes y niños, que aguardan en la entrada de la caverna diciendo: *Ay yacula yacu, yargamuy pasa jananman, tamyata apamunayquipaq, jarata murunaypaq. Ay agüita agua, salga al exterior, para que traigas la lluvia y sembrar mi maicito.*

Una vez obtenida el agua, comienza el largo viaje cuesta arriba, siempre acompañado por la música, en cuyo trayecto los encargados de llevar el agua en sus tinajas riegan gota a gota hasta llegar a una laguna cercana, ubicada en plena puna llamada “Shagsha Cocha”. Al llegar al lugar, los jóvenes vierten el agua sobrante a la laguna provocando de inmediato una reacción con tempestades eléctricas,





truenos y lluvias en toda la zona alto-andina. Al regresar al pueblo, los niños y jóvenes son recibidos por las autoridades y personas mayores, bailan de alegría mientras que el resto agradecen a los dioses tutelares o “Jircas” como “Rondona”, “Ushnu Jirca”, “Yuquish Punta”, “Huayrag Machay”, entre otros, mediante regalos de coca, cigarrillos, dulces y aguardiente por haber traído la lluvia y, con ello, el inicio de la siembra de sus terrenos de cultivo.

La misma práctica es en los pueblos asentados a la orilla del Marañón, como Chacabamba. Ellos, también, al sentir la ausencia prolongada de lluvia, se dirigen al mismo lugar a extraer el agua, siempre al compás de la música y la danza; llevan el agua regando poco a poco en los terrenos de cultivo y a las aguas torrentosas del río Marañón hasta llegar a su pueblo, en la que también al sentir la respuesta de la naturaleza, festejaban con noches interminables de jarana al estilo andino.

Ésta es una manera ancestral que, a la fecha, se viene perdiendo, porque se cree que los niños y jóvenes de este tiempo ya no lo hacen con la misma devoción y fe de antes, por eso los “Jircas” se sienten resentidos y no escuchan las súplicas, castigándoles con prolongadas sequías en épocas de siembra y excesivas lluvias en épocas de cosecha, en represalia a las constantes, quema de bosques y pajonales, extracción indiscriminada de árboles y arbustos nativos como el quinual, el quisuar, el cachquis, el shiraca, entre otros que son muy escasos y han ahuyentado a especies de animales como el zorro, perdices, palomas, gorriones, picaflores y halcones, que se encuentran en peligro de extinción. Asimismo, muchos manantiales ya se han secado y otros manan poca agua, haciendo que la vida sea más difícil.

* Recopilación de la sabiduría popular en la que *yacu jorguy* significa extraer o sacar el agua a la superficie.

Fuente oral: Exaltación Mallqui Espinoza y Evangelina Nieto Acosta; caserío de Rurish, Choras, Yarowilca, Huánuco.
Escolar: Yanely Rocío Calluapasa Mallqui, distrito de Amarilis, Huánuco.
Asesor: Elivio Mallqui Nieto.





Para mayor información:

Unidad de Comunicación Institucional
Ministerio de Vivienda, Construcción y Saneamiento
Telf. 211-7940
Email: informa@vivienda.gob.pe

